AL HABLA CON JESÚS

SEÑOR, ESCUCHA MI VOZ (Salmo 130,2)

REFLEXIONES PARA MEDITAR EN GRUPO O EN PRIVADO

Juan Manuel del Río, CSsR

"En el principio existía el Verbo,
y el Verbo estaba junto a Dios,
y el Verbo era Dios…
Y el Verbo se hizo carne
y acampó entre nosotros".
(Jn 1,1.14)

PRESENTACIÓN ORIENTATIVA

Con este título, *"Al habla con Jesús",* queda expresado el contenido de este libro. Es un libro para reflexionar, para *hablar con Jesús*. No es para leerlo de seguido. Partiendo del Evangelio, contiene puntos sencillos de reflexión; nos pueden servir para nuestra meditación personal, o en grupo.

Se trata de *dialogar con Jesús*. Es Cristo Jesús, quien nos habla desde el Evangelio. Nos habla, le escuchamos, y le hablamos. De tú a tú, de amigo a amigo.

Son sencillas, y a la vez sugerentes, reflexiones que tratan de ser, ojalá, como pistas que nos ayuden a los cristianos, religiosos y laicos, a introducirnos en un diálogo más íntimo y personal con Jesús, el Señor.

Reflexiones, por otra parte, apenas simples pinceladas, para esbozar el paisaje que cada quien hemos de trazarnos en el encuentro con Cristo Jesús. Pueden servir a nivel individual, o comunitario. Muy útiles, al mismo tiempo, para grupos de oración y reflexión, pensando, sobre todo, en grupos parroquiales, a la hora de acercarse al Evangelio.

Porque Cristo Jesús, el Señor, sigue interpelándonos hoy, como ayer. La pregunta directa que nos hace es, no sólo: *"¿Quién dice la gente que soy yo?"* (Lc 9,18-22), en general, sino: *"Y vosotros,* (tú), *¿quién decís que soy yo?"* (Lc 9,20).

A pesar de ser cristianos, ¿conocemos a Cristo Jesús, el Señor? ¿No estaremos metidos, por inercia, por costumbre, por tradición, o por lo que sea, en un cristianismo impersonal, masificado?

Al habla con Jesús, es una invitación a hacer oración, y a superar la masificación ambiente, implicándose personalmente en el diálogo y seguimiento de Cristo Jesús.

1- A dónde vas

Dijo Jesús: "Ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿A dónde vas?" (Jn 16,5)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Sí, Cristo Jesús, *"escucha mi voz"* te diré con el salmo 130. Y con la confianza y amistad de un amigo, también yo te pregunto: ¿a dónde vas? Aunque la respuesta ya la has adelantado al decir: "*Me voy a Aquel que me ha enviado"* (Jn 16,5).

Quien te envió es el Padre. El Padre bueno, Dios. El Dios único y eterno, misterio de Amor en tres Personas, misterio insondable e inabarcable para nosotros los humanos. El Dios que creó cielos y tierras, que dio vida al universo, palpitación a las estrellas, y sembró de flores los campos. El mismo que puso la sonoridad alegre en los trinos de los pajarillos, y la sonrisa angelical en los niños. El Dios que es Amor y nos creó por amor y para el amor.

Te envió para decirnos con claridad, y al costo de tu vida, que nos tenemos que amar unos a otros. Que el amor está por encima de todas las religiones que los humanos hemos fabricado a nuestra conveniencia, y donde hemos colocado los ídolos de la barbarie y la intransigencia. Pero el Padre bueno, Dios, nuestro Dios, es un Dios de amor.

En nombre del Padre, y en el tuyo propio, nos has dicho, sí, que nos amemos, Y que amemos también cuanto nos rodea, comenzando por nosotros mismos, y siguiendo por el planeta Tierra, la casa común que habitamos en la conjunción maravillosa de las distintas razas que la habitan. Que respetemos la biosfera, y las entrañas de la tierra.

Ya ves, Señor, qué modo tenemos los humanos, tan inhumano, de destruirnos. Matamos la vida humana sin piedad: abortos, guerras, venganzas, sadismo, estupidez mental.

Esquilmamos los recursos del planeta, que están puestos para nuestro bien. Estrujamos, inmisericordes, sin pensar en sus consecuencias, las entrañas de la tierra sacándole hasta la última gota de petróleo, en vez de aprovechar la sonrisa del sol que nos llega en forma de luz y calor, y se nos da gratuitamente para que progresos, sí, pero sin destruirnos ni abocarnos a un final indeseado, de incalculables consecuencias.

Qué pecado tan grande hemos cometido los humanos, Señor, al dejarnos llevar y vencer del egoísmo. Cuando nos hemos creído autosuficientes y nos hemos alejado de Dios. No viniste a implantar ninguna religión. Viniste al mundo a interesarte por la persona humana, a sanar sus dolencias, a atender sus penurias, a poner en cada ser humano una gota de esperanza, a indicarnos el camino de la autorrealización en el amor, el respeto, y la fe. A que creamos en Dios y en nosotros mismos, pues somos hijos en el Hijo.

Tú nos dijiste que Dios es nuestro Padre. Y que este Padre es un Padre bueno, que reparte el sol y la lluvia sobre buenos y malos. Porque a todos nos ama y quiere la salvación de todos.

Tu propuesta fue de humanización. Y nos hablaste de un *"cielo nuevo y una tierra nueva"* (Ap 21,1). Pero nosotros, ya ves, seguimos enredados en nuestros sinsentidos. Progresamos en cultura y en técnica. Podemos viajar por el espacio y por la electrónica, y tantas otras cosas. Pero aún seguimos sin amarnos.

Por eso, Cristo Jesús, escucha mi voz suplicante. Te pido que sea posible cuanto antes la realización de la nueva humanidad desde el cumplimiento del Mandamiento del Amor que Tú nos dejaste como testamento.

2- A quién buscáis

Jesús les preguntó de nuevo: "¿A quién buscáis?" (Jn 18,7)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Porque, a mi vez, yo te pregunto: ¿Por qué les preguntaste que, a quién buscaban? Lo sabías de sobra. Sabías que era a ti. Sólo tú les preocupabas.

Lo entiendo. En la pregunta está también la respuesta. No tratabas de escabullir el bulto, no. Tus apóstoles estaban contigo, quizá asustados y nerviosos. El discurso al final de la cena los había dejado desconcertados. Les dijiste con claridad que había un traidor entre ellos. Judas. Trataste de salvar a Judas, aunque fuera en el instante último. Hasta tuviste el detalle de darle el pan untado, símbolo de amistad. Fue un guiño final intentando salvarlo. No le debió pasar desapercibido el detalle que tuviste con él. Pero su decisión estaba tomada. El fanatismo es irracional.

El traidor, ahora, ya no estaba en el huerto de Getsemaní con el resto de los apóstoles. Aunque no tardaría en llegar, con alevosía, nocturnidad y cobardía, al frente de un pelotón de soldados, que cumplían órdenes. ¿De quién? De los de arriba, de los jefes. De quién si no.

Ellos, los apóstoles, eran gente buena, sencilla. Gente común y corriente. Porque así es el común de la gente. Ellos eran inocentes. Por eso, quisiste que a la patrulla le quedara esto claro. Y pediste que los dejaran marcharse. Te auto inculpaste. El *"culpable"* eras tú. Y quisiste enfrentarte solo al peligro, a sabiendas de lo que se te venía encima.

Sí, Cristo Jesús, el *"culpable"* eras tú. Culpable de haberte hecho hombre, por amor, para salvarnos a todos. Culpable de haber predicado el Amor, incluso a los enemigos. Culpable de haber predicado el perdón. Culpable de haber pasado por el mundo

haciendo el bien y curando toda dolencia y toda enfermedad. Culpable de haber cargado con nuestras culpas y pecados. Culpable de habernos descubierto que Dios es un Padre bueno que nos ama a todos. Culpable, en fin, de ser el Hijo de Dios. Culpable. Y no te escondiste. Querías que toda la violencia, de la más injusta justicia, cayera sobre ti. Y sobre ti cayó.

Te buscaban a ti. No opusiste resistencia. Te apresaron. Porque no eras compatible con la religión oficial. No eras compatible con hombres que hacían de la religión poder y negocio. El poder termina por esclavizar a los mismos que lo sustentan. Tú eras libre. Viniste al mundo a romper y a ayudar a romper las cadenas de esclavitud. Y la mayor esclavitud es el pecado. Y todo aquello que lleva al pecado.

Maniataron tu cuerpo, te apresaron. Sufriste torturas y vejaciones. Lo único que no pudieron apresar fue tu propia libertad. Eras libre y libre te mantuviste. Y con esa libertad pudiste decir al Padre: *"¡Padre, hágase tu voluntad!"* (Lc 22,42).

Pero, Cristo Jesús, qué fácil es ver el pecado en los demás: en Judas, en los hombres que se sirven de Dios para dominar, someter y matar. Pero en el fondo, nadie estamos exentos de una ración de traición, de poder, o ansias de poder, de egoísmo y lucro. Por eso, Señor, escucha mi voz suplicante que te dice: no nos dejes caer en la tentación y líbranos de toda esclavitud.

3- A vino nuevo, odres nuevos

Dijo Jesús: "Nadie tampoco echa vino nuevo en odres viejos, pues de lo contrario, el vino hará reventar los odres, y se pierde el vino y los odres; a vino nuevo odres nuevos". (Mc 2,22)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¡Mira que somos…! ¡Ay, Señor, cómo somos la gente! Ya ves, un día se pusieron a comparar y confrontar el perfil de dos personajes de moda. Uno de esos personajes era Juan el Bautista. El otro eras tú. Al parecer, bien diferentes uno de otro. Juan, austero, penitente, serio. Tú, en cambio, cercano a todos, de trato social agradable, atractivo, campechano, alternabas con todos, aceptabas las invitaciones a comer, sin importarte quién o cómo fuera el que te invitaba.

En definitiva, perfiles diferentes. Y la conclusión al canto: por penitente, Juan estaba endemoniado. Y tú, por comer y beber con la gente, eras un glotón y un borracho. ¡Vaya por Dios! Nunca llueve a gusto de nadie.

Pero cómo te iban a entender… La gente estaba acostumbrada a sus rezos, a su rutina religiosa, hoy diríamos a su "misa diaria", sin importar todo lo demás. Tú, en cambio, querías menos religión y más humanidad. Querías menos rezos, y más Dios en el corazón de cada persona. Quería una humanidad más humana.

Tu predicación fue siempre en la línea de que la gente entendiera que Dios es un Padre y no un tirano. Que la religión no puede esclavizar a nadie con leyes, preceptos, ayunos y masoquismos. Que lo que Dios quiere es gente feliz. Que el ayuno debe hacerse desde la gratitud y no desde el miedo. Que Dios viene a salvar, no a condenar.

¿Por qué, Señor, somos tan masoquistas? Lo había dicho Dios por medio del profeta Isaías: *"Harto estoy de holocaustos de*

carneros, y de sebo de ganado cebado; y la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me complace" (Is 1, 11). Y Samuel alertaba: *"¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, obedecer es mejor que un sacrificio, y prestar atención, mejor que la grosura de los carneros"* (1Sam 15,22).

Siendo Dios Amor, nuestra relación con Él ha de ser de amor. Esa es la verdadera religión. Donde el punto de unión es el miedo, ahí no hay ningún Dios por medio. El ayuno hecho desde el miedo no puede unir con Dios, porque el Dios del miedo no existe. Existe el Dios del Amor, el Padre, del que tú, Jesús, nos hablaste con tanto cariño. Aunque me temo que aún no hemos asumido tu doctrina. Siendo tan diáfano el Evangelio, lo hemos embarullado con leyes, preceptos y normas que no nos distinguen, muchas veces, del Antiguo Testamento.

Por eso, Cristo Jesús, fuiste tan explícito: *"A vino nuevo odres nuevos"* (Mc 2,22). Y lo nuevo es la alegría, el gozo, la esperanza, porque nos has abierto el camino del encuentro con Dios y con los hermanos en una humanidad unida por la tolerancia, la comprensión, el amor. Nos quieres felices. De ahí que, en tu lenguaje entendible para todos, emplearas tantas veces el símil del banquete. Un banquete es motivo de unión, de alegría, de confraternización. Y así, comparaste el Reino de los Cielos con un banquete de bodas.

Cristo Jesús, escucha mi voz: que todos tengamos parte en ese banquete eterno de bodas donde el Novio eres tú.

4- Ábrete

Dijo Jesús: "Éfeta", que quiere decir: "¡Ábrete!» Se abrieron sus oídos y, al instante, se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente". (Mc 7,34-35)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Comienzo por preguntarte, ¿qué es hablar correctamente? Sé que no te refieres a la prosodia, que no te refieres al modo que la gente tiene de expresarse, según el grado de cultura, educación, ambiente, etc., del que esté rodeada. Está claro que te refieres a que si una persona ha sido muda, o tartamuda, ahora pueda hablar sin dificultades en lengua, paladar, garganta, o cuerdas bucales. En este caso, la persona comenzó por poder oír, y luego hablar. Sin problemas.

Y al preguntarte sobre qué es hablar correctamente, intuyo también tu respuesta, Cristo Jesús. Hablar es comunicarse. El don del habla es maravilloso. La palabra es para comunicarse. Pero la palabra, por ser *vox ad libitum*, como nos decían en la escuela, va mucho más allá de unos simples sonidos conscientemente articulados para hacernos entender.

La palabra traspasa fronteras, razas, culturas, religiones, para llegar al corazón mismo del ser humano. El ser humano necesita estar en constante comunicación. Quien no se comunica con nadie pronto verá alterado su psiquismo. La comunicación es un modo de salir de la soledad, del aislamiento. Necesitamos estar relacionados. A esta intercomunicación, o interrelación, ayudan una enormidad los actuales avances en la electrónica. Tanto, que hasta se puede caer en la adicción.

Siendo tú, Cristo Jesús, el Verbo eterno, te hiciste Palabra también en el tiempo y para el tiempo. Te comunicaste con el ser humano para arrancarlo de su soledad y aislamiento. Para sacarlo de sí mismo y elevarlo hasta Dios, pasando por los demás seres

humanos. Y quisiste que también se comunicara con el resto de la Creación.

La comunicación nos lleva al diálogo, y el diálogo hace posible la empatía, y ésta rompe barreras y nos acerca unos a otros. Sin embargo, qué difícil es la comunicación personal, contrariamente a lo fácil que es la comunicación por tantos y maravillosos medios que pone a nuestro alcance la ciencia y la técnica.

Uno de los puntos candentes y urgentes en cuestión de comunicación señala a las mismas religiones. Las religiones, todas, están urgidas de más y mejor intercomunicación. No es posible que, pretendiendo hablar, o comunicarnos con Dios, nos olvidemos del hombre, varón o mujer. O que, peor aún, rechacemos al hombre, en cuyo caso no podemos fichar por ninguna religión, porque al mismo tiempo que rechazamos al hombre estamos rechazando a Dios. Y si en tal situación pretendemos ser gente religiosa, lo seremos por la puerta falsa del fanatismo blasfemo que, lejos de respetar y enaltecer una religión, la degrada. El fanatismo engendra violencia, y si ésta es de índole religiosa, se convierte en la peor blasfemia. La violencia no casa con gente civilizada.

Por eso, y por mucho más, Cristo Jesús, escucha mi voz, te pido. Que nuestra palabra, vehículo maravilloso de comunicación, la empleemos para anunciar tu Evangelio, para transmitir bondad, paz, amistad, respeto; para cantar alabanzas en tu honor. Y para resaltar los valores que cada persona posee. Abre, Cristo Jesús, nuestros labios y nuestra boca proclamará tus alabanzas. Que lo hagamos con el gozo y algarabía alegre con que lo hacen los pajarillos en la enramada, como un salmo de alabanza al Creador.

Y, finalmente, te pido, Cristo Jesús, que toda persona encuentre en nuestra palabra aliento, fortaleza, ánimo, comprensión, acogida, cariño y amor. Que hablemos correctamente el lenguaje de una verdadera fraternidad nacida de tu Evangelio.

5- Amad a vuestros enemigos

Dijo Jesús: "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos". (Mt 5, 43)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Te cuento, Jesús. Entiendo que los últimos y mejores años de tu vida, los años de tu vida misionera directa, los pasaste junto al lago de Genesareth. Allí había gente humilde, gente buena. Allí estaban los pescadores. De peces, claro. Pronto los ibas a convertir en *"pescadores de hombres"* (Mt 4,19). Pero no me refiero a ellos en este momento. Te hablo de otra cosa. Sabes que en las playas del lago, tu lago tan querido, no hay arena. No la hay, al menos, al estilo de las playas del mar. Son muy distintas unas y otras playas.

Pues bien, en las playas del mar he visto muchas veces a los niños jugar a construir castillos de arena. Los hacen muy bonitos. Y naturalmente no permiten que nadie los destruya. Son el producto de su imaginación, de su laboriosidad, y hasta un poco parte de su personalidad. Más de uno de esos niños posiblemente haya llegado, o llegue, a ser ingeniero, arquitecto, constructor. Talento no les falta. Y ¿por qué digo esto? Te cuento.

Cuando viniste al mundo, enviado del Padre, a instaurar el Reinado de Dios, tu gran preocupación fue la persona humana, real y concreta. No buscabas utopías, buscaste realidades. Y la primera realidad es la persona humana. Fue también tu primera preocupación. No sé si dormías mucho o poco. Me parece que más bien poco. Dice el Evangelio que pasabas muchas noches en oración. Al revés que nosotros. Nosotros empleamos la noche para dormir. Es lógico, ¿no? Y a veces, también parte del día. Y cuántas otras veces nos quedamos dormidos en la oración.

A ti te quitaba el sueño, entre otras cosas, la salud de las personas, el hambre de la gente, y el comportamiento de la misma. Querías que la gente se llevara bien. Que todos fueran felices. Pero resulta que la felicidad se evapora cuando se mete de por medio el odio, la indiferencia, las malas relaciones personales. Y no digamos si llega a meterse de por medio la violencia. Lo peor.

Pero, mira, Cristo Jesús. Vienes tú y nos dices, no sólo que hay que amar a quienes nos aman, sino también que hay que amar a nuestros enemigos. ¡Anda, pues no dices nada! Es decir, tú defiendes y proteges, valga la metáfora, ese castillo de arena que los niños construyen sobre la arena. Porque la persona es el castillo de arena que hay que proteger para que nadie lo destruya.

Sí, Cristo Jesús, amar es proteger. El que ama no destruye. Y hay tantos modos de destruir. Por ejemplo, la calumnia, la injusticia, el egoísmo. Cuántas personas destruidas por culpa del egoísmo de otros. En los tribunales se da solución a muchos problemas. Pero la solución mejor está en el perdón, que es la mejor manera de amar. Más ama el que más perdona.

Tú fuiste derecho al punto que más duele, el odio. Y llegado a ese punto nos dijiste: *"Amad a vuestros enemigos"* (Mt 5,44). Sólo así se destruye el odio. Y por si nos hacíamos los desentendidos, nos pusiste una comparación que hasta el más tonto entiende: *"Vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos"* (Mt 5,45). A nadie nos gustaría quedarnos sin sol, o sin lluvia. Pero, ¿nos merecemos el sol o la lluvia? Y sin embargo, nuestro Padre del Cielo nos da el sol y la lluvia, sin preocuparse de si somos buenos o malos.

Cristo Jesús, escucha mi voz: Ayúdanos a no destruir el castillo frágil, de arena, que es cada persona. Que sepamos respetarnos, y amar también a nuestros enemigos.

6- Amar como Él

Dijo Jesús: "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor… Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud". (Jn 15,9.11)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Tu alegría fue hacer la voluntad del Padre. Nos has trasmitido fielmente su voluntad. Y la voluntad del Padre es que nos amemos, bajo la fuerza del Espíritu Santo. Tú, con el Padre y el Espíritu Santo, sois una maravillosa unidad en el Amor. Y fiel a la misión encomendada por el Padre nos has amado hasta dar la vida por nosotros. Amarnos ha sido tu alegría.

El amor produce alegría. Y la alegría es contagiosa. La gente te veía alegre, se contagiaba de tu alegría. La gente entonces se te acercaba. En ti encontraban una paz que en nadie más la encontraban. Contigo se sentían felices. Todos se sentían felices.

Todos aspiramos a ser felices. Olvidamos a veces que la felicidad consiste en amar. Cuántas veces nos falta amor, porque no sabemos amar. Porque parcializamos el amor. Porque lo desenfocamos, igual que nos pasa, a veces, con la fotografía. Una fotografía desenfocada no sirve. Un amor desenfocado, tampoco.

Nos dijiste que tú y el Padre sois lo mismo. Por eso estabas lleno de amor. Era la causa y raíz de tu felicidad. Pero también el no haberte guardado para ti solo la felicidad. Hiciste felices a los demás. Y si les diste de comer, o les devolviste la vista, el oído, la salud en general, y hasta la misma vida, lo hiciste para fueran felices. Te complacías en ver a la gente feliz. Y reías y jugabas con los niños por lo mismo. A tu lado se sentían a gusto, confiados. No así, por lo visto, con los apóstoles, que hasta tuviste que llamarles la atención para no impidieran que los niños se te acercaran. A los niños les gusta jugar. Juegan a todas horas. Te buscaban para que

jugaras con ellos. Y tú te lo pasabas en grande jugando con ellos, viéndolos felices.

En la farmacia encontramos recetas para innumerables enfermedades. Unas se curan, otras no. En los supermercados encontramos de todo. Pero nunca hemos encontrado en las estanterías de las grandes superficies un producto llamado amor. Ni en las farmacias una medicina llamada felicidad. Amor y felicidad no son productos derivados del petróleo, tampoco se cultivan en tierra, al estilo de cualquier hortaliza.

El amor nace del corazón. Y si es amor verdadero, nace de un corazón unido a Dios. El amor viene de Dios. Y la alegría es producto del amor. Alegría y amor se transmiten por contagio. Toda persona buena nos ayuda a acercarnos a Dios.

Con qué razón nos dijiste que quienes estuviéramos *"cansados y agobiados"* (Mt 11,28), nos acercáramos a ti. Bien sabías de nuestras carencias. Bien sabías la necesidad que todos tenemos de amor. Nos enseñaste dónde encontrar amor.

¿Por qué, Cristo Jesús, hay tanta tristeza hasta en nuestras celebraciones religiosas, tanto hieratismo, tanta deformación de tu Evangelio? Lo sé. Lo dijiste con total claridad: *"Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor"* (Jn 15,10). Pero te hemos fallado. Nos dijiste: *"Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a su plenitud"* (Jn 15,11). Pero la alegría, no solamente no ha llegado a plenitud, es que, a veces no llega ni a la mitad. Somos vasijas de barro. De barro, sí; pero de barro ennoblecido en tus manos, divino Alfarero. Con el tiempo estas vasijas se han ido resquebrajando y no son capaces de guardar intacto y limpio el amor.

Por eso, Cristo Jesús, te pido que nos ayudes a arreglar nuestras rupturas, nuestras deformaciones del Evangelio, y volvamos a la alegría del Evangelio, que tú nos predicaste.

7- Así amó Dios al mundo

Dijo Jesús: "Porque así amó Dios al mundo: hasta dar su Hijo único, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna". (Jn 3, 16)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Que quiero preguntarte una cosa que me intriga. Es la siguiente: Miro a un lado y otro, repaso la historia, me adentro en la sociología, veo a la gente y me veo a mí mismo. Y llego siempre a la misma conclusión: la gente es religiosa por naturaleza. Así, por naturaleza. Es decir, la cuestión religiosa la llevamos en nuestros genes. Con lo cual, mi pregunta en cuestión la planteo así: El fenómeno religioso ¿parte de la fe en Dios, o es una cuestión mimética de comportamiento ritual? Es decir, que siendo Dios un misterio, un enigma, algo "lejano" en definitiva al hombre, varón y mujer, ¿no habrá centrado el hombre su fe más en ritos sacrales que en Dios? Con lo cual, la religión, dicho en el argot popular, sería una cuestión "de tejas para abajo".

Sólo así cabe, en mi humilde entender, el fenómeno, por desgracia tan de moda actualmente, del fanatismo religioso, llevado hasta el sin sentido del terrorismo. Fanatismo y terrorismo a todas luces criminales, tanto a nivel sociológico, político, como religioso.

¿En nombre de qué Dios, démosle el nombre de Alá, Jehová, o cualquier otro nombre, el hombre puede disponer de la vida de sus semejantes, y, además, de modo criminal? A parte que ningún nombre le cuadra a Dios. No es cuestión de nombres, que Dios no tiene nombre. Dios no es un nombre, al estilo como podría ser una marca comercial. Dios no tiene nombre, debe quedar claro. *"Soy el que soy",* nos dice Dios en el Éxodo (Ex 3,14). La misma palabra *"Dios"* es una palabra convencional para dirigirnos, con respeto, adoración y amor, a quien está por encima de todo nombre. Dios es una realidad, por encima de toda otra realidad que tú, Cristo Jesús,

nos has revelado como Padre. Ese es Dios. El Padre que nos ama. Y nos ama a todos por igual.

El fanatismo religioso corresponde a actitudes, también religiosas, de índole ritual que nada tienen que ver con la esencia religiosa y sagrada de cualquier religión. Los comportamientos religiosos y personales que no acercan a Dios no corresponden a ninguna religión.

Dios no es Dios de muertos sino de vivos. Dios es el Dios de la Vida. Cuántas observancias rituales existen que sólo sirven para tranquilizar las conciencias. O por mejor decir, para llenar el vacío de la conciencia. ¿En razón de qué? De que el ser humano es, por constitución genética, religioso. Necesita llenar el vacío que a veces siente por dentro. Y lo necesita porque es un ser relacional. Sea de esto consciente o no. Se relaciona con Dios, y se relaciona con los demás seres humanos. La diferencia estriba en que los demás no pueden llenar la necesidad y ansias que todos tenemos de transcendencia, de eternidad.

Al humanizarse Dios en ti, Cristo Jesús, nos ha divinizado a nosotros por ti. Se nos ha entregado en ti *"para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna"* (Jn 3,16). Dios se hizo Hombre en ti porque ama al mundo. Y porque nos ama a cada uno en lo personal.

Por eso te pido, Cristo Jesús, que comprendamos que debemos humanizarnos, y en consecuencia, respetarnos. Que no son los ritos mágicos, religiosos, los que nos salvan, sino sólo tú, Cristo Jesús.

8- Convertíos

Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Convertíos, porque se acerca el reino de Dios. (Mt 4,17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Para comenzar, te diré que fuiste muy valiente. Te lanzaste a predicar el Evangelio comenzando por Galilea, tierra difícil, contestataria. Muchos se rebelaban contra el proceder de las autoridades que, por muy legítimas que fueran, no dejaban de ser despóticas. Herodes era un peligro para quien levantara la voz. La religión oficial, aunada con el poder político, se convertía en opresora. Difícil, pues, la situación. Y comienzas con un rotundo: *"Convertíos"* (Mc 1,12).

¿A quién proponías el cambio, la conversión? Lo entiendo. A todos. Desde el primero, al último. Desde el rey, al último creyente. Desde los entendidos, a los más humildes. Todos necesitamos conversión.

Convertirse es dar la vuelta. Volver atrás. Esto de volver atrás sucede cuando hemos equivocado el camino. Cuando no seguimos los caminos de Dios. Resulta que Dios quiere una cosa y nosotros nos empeñamos en hacer lo contrario. De una religión liberadora, hacemos una religión de opresión. De una religión que debería ser de alabanza a Dios, hacemos una religión de ritos y liturgias, que muchas veces no pasan de ser puro exhibicionismo, muy a gusto del turismo, tan rentable.

A todos pediste conversión. A unos, por manipuladores. A otros, para que no se dejaran manipular. A todos, hoy, nos sigues pidiendo conversión, cambio. Desde la cima del mismo Vaticano, a la más humilde parroquia.

Cuando en cierta ocasión, al comienzo mismo de tu aventura misionera, algunos quisieron saber de tu vida, tú, Cristo Jesús, les respondiste directamente: *"Venid y lo veréis"* (Jn 1,39). Fue como

decirles, que no os lo cuenten, sed vosotros mismos testigos directos de mi modo de vivir y orientar mi vida. Realizad vosotros mismos la experiencia personal de actuar como actúo yo. Entonces podréis decir si vale la pena, o no, orientar la vida a cómo y a quiénes la oriento yo.

Bien sabemos que este paso, del vivir como vivimos, a la conversión, es audaz, difícil, nada cómodo, pero decisivo. Se necesita retomar las líneas maestras del cristianismo. Nos hemos masificado. Los comienzos tienen siempre la fuerza apasionante de la novedad, de la mística inicial. Comienzos que no siempre son placenteros, sino todo lo contrario. Miles de cristianos dieron su vida por seguirte, por ser fieles a tu Evangelio liberador. Y su sangre fue "semilla de nuevos cristianos". Hoy sigue habiendo mártires cristianos. Seguidores tuyos incondicionales. Pero nos hemos masificado.

Hoy, millones de personas se dicen cristianas, pero no te conocen, Cristo Jesús. No han experimentado un verdadero contacto contigo. No saben cómo viviste, ni cuáles eran tus proyectos. Cuánta gente, sin duda de buena fe, y necesitada del pan de la Palabra, no te siguen a ti. Siguen a los predicadores de turno. Telepredicadores arribistas. Pero, cuántas veces también, resultan ser falsos pastores que engordan a costa de las ovejas. *"Asalariados, como bien claro lo dijiste, a los que no les importan las ovejas"* (Jn 10,13).

Lo tuyo, Cristo Jesús, fue anunciar el Reino de Dios, no a base de sermones, sino de hechos, *"curando las enfermedades y dolencias del pueblo"* (Mt 4,23). Lo tuyo no fue inculcar una religión, sino enseñarnos que Dios es un Dios profundamente humano, que se preocupa por sus hijos.

Cristo Jesús, escucha mi voz: ayúdanos a entender la necesidad de la conversión para poder entrar en el Reino de Dios.

9- Cuando recéis

Dijo Jesús: "Cuando recéis no uséis muchas palabras como los paganos: ellos creen que por mucho hablar les harán caso". (Mt 6,7)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

No sé si estoy en lo cierto, pero tengo la impresión de que son los niños quienes más y mejor rezan. Sin saberlo, ni pretenderlo. Se pasan el día *"pidiendo":* mami, dame esto, mami, dame aquello, mami, cómprame lo de más allá.

Y es que, según entiendo, orar es "pedir". Tus discípulos, a diferencia de los de Juan el Bautista, no sabían rezar. Te piden que les enseñes. Con pedirte que les enseñaras a rezar, ya estaban iniciando una oración. Cierto que ellos entendían por oración otra cosa. Se referían a la actitud y relación espiritual que hemos de tomar ante Dios. Cosas, pues, del espíritu.

Pero tú no te quedaste sólo con el espíritu, sino que englobaste la totalidad de la persona, cuerpo y alma. Y tranquilizándolos, sí, pero al mismo tiempo catequizándolos, y abriéndoles la inteligencia, les enseñas la oración del *"Padre nuestro"* (Lc 11,2-4). Y resulta que el Padre nuestro es una oración de petición: danos. O sea, como hacen los niños: mami, dame…

Efectivamente, en el Padre nuestro alabamos a Dios, por supuesto, pero también expresamos una serie de deseos. Deseos que no se refieren únicamente a la parte espiritual del ser humano.

Una vez más, aprovechas la oportunidad que te brindan los apóstoles para hacer hincapié también en la necesidad que todos tenemos de las cosas materiales. No podemos espiritualizar tanto a la persona que nos olvidemos de la parte material. No somos ángeles. Somos espíritu y materia.

Ahora bien, el *"Padre nuestro"* no consiste en sólo peticiones, que también. Nos pide un posicionamiento. Nos pide estar

convencidos. ¿De qué? Primero de que Dios es Padre: *"Padre nuestro"*. De todos y de cada uno, sin importar la religión, raza, etc, a la que pertenezcamos. No es, por tanto, una mera fórmula. Una fórmula que, para colmo, queda muy bonita. Se trata de una realidad más bonita aún: que Dios es nuestro Padre. Al que hay que amar, adorar, alabar, y dejarse amar por él.

Y lo mismo que el niño entra en confianza con su madre, así nosotros entramos en confianza con nuestro Padre Dios. Y le pedimos. Y a cambio, también le damos. ¿Qué le damos? Le damos la promesa de que vamos a respetar y santificar su nombre. Que no vamos a utilizar su nombre para justificar nuestras mentiras, odios y venganzas. La promesa de que acogemos su Reino. Reino que viene para todos, sin distinción de nada.

En consecuencia, que tu Evangelio, Cristo Jesús, impregne todo el tejido social de esta sociedad desquiciada desde el momento en que, en vez de cumplir tu voluntad hemos hecho la nuestra.

Dios quiere, como tantas veces nos lo has dicho, Cristo Jesús, que todos seamos felices, que nadie pase hambre, que haya pan para todos. Sólo así podremos vivir con dignidad. Sólo así podremos rezar el Padre nuestro, de verdad.

Nos enseñas también a reconciliarnos, que seamos capaces de perdonarnos. Que no se trata de tranquilizar la conciencia pasando de vez en cuando por el confesonario. Que los pecados, antes que en el confesonario, se perdonan en la sinceridad de una reconciliación personal, cara a cara. En ese cara a cara, donde nos reconciliamos con el hermano, es también donde encontramos la auténtica alegría del perdón recibido directamente del hermano ofendido.

Cristo Jesús, danos la fuerza y humildad para pedir perdón, que es la mejor forma de amar. Más ama el que más perdona. Y así podamos rezar con sinceridad el Padrenuestro.

10- Cuántos panes tenéis

Jesús les dijo: "¿Cuántos panes tenéis? Id a ver". Cuando lo averiguaron le dijeron: "Cinco y dos peces". (Mac 6,38).

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¡Qué cosas pasan en la vida! ¡Cuánta gente te seguía, y qué poca comida llevaban! Eran pobres. Vivían al día. Y a duras penas. Qué podían llevar. ¡Pobre gente! Cinco panes y dos peces. No deja de ser un símbolo. Mucha gente y poca comida. Al haber poca comida, la gente pasa hambre. Es de cajón. Pero, ¿será verdad que hay poca comida? Que la gente pasa hambre, es evidente. No hay duda. Mucha gente pasa hambre.

Mi reflexión, Cristo Jesús, es ésta: Si preguntamos a ciertos políticos, nos dicen que no hay comida suficiente en el mundo para tanta gente. Si la misma pregunta se la formulamos a los sociólogos, nos dirán que sobra comida. ¿En qué quedamos? ¿A quién creer? La duda queda flotando en el ambiente. Si flota en el ambiente se esfuma. A ras de tierra, la realidad es otra. Basta mirar el mapa del hambre, de un lado. Del otro, vemos el mapa de la población humana. Resultado: hay comida para todos, y más. Entonces, ¿por qué hay hambre? Respuesta: mala distribución de la riqueza.

Esa es la clave: mala distribución. Es entonces cuando se forma la espiral del hambre. Espiral que, igual que en un tornado, engulle a la gente. Ante esta situación, ¿nos quedaremos de brazos cruzados?

Cristo Jesús: tú nos diste una posible, y muy buena clave de solución. Puesto que no te gusta que la gente lo pase mal, y quieres que todos seamos felices, lanzaste una pregunta. Pero antes, diste una orden: *"Dadles vosotros de comer"* (Mc 6,37). Esa orden era para los apóstoles, y en ellos para todo el resto de la humanidad. El susto, mayúsculo: "¡Cómo! ¡No tenemos!". A continuación la

pregunta: *"¿Cuántos panes tenéis?"* (Mc 6,38). Y la respuesta fácil de cualquier político mediocre no se hizo esperar: *"Cinco y dos peces"* (Mc 6,38).

Me hubiera gustado ver tu cara de enfado en esos momentos. Enfado contra tanta desigualdad y tanta injusticia. *"Traedlos",* dijiste. Y se hizo el milagro. Todos comieron, hasta llenarse. Lo pasaron muy bien, hubo fiesta en el ambiente. Hasta quisieron proclamarte rey. Y tú disfrutaste viendo a la gente feliz.

Demostraste que cuando se quiere se puede. Se quiso y se pudo. Y la gente comió.

Cuando leemos este pasaje del Evangelio, varias veces repetido, creo que caemos en un despiste generalizado. Decimos: ¡Milagro…! ¡Qué milagro…! Y contemplando el "milagro", nos quedamos con cara de tontos, flotando como en una nube, arrobados en místico fervor.

Sin embargo, me parece que nuestra mirada no debería ir hacia el supuesto milagro, sino hacia quien tuvo agallas suficientes para desprenderse de lo poco que tenía y ponerlo al servicio de la comunidad. Al menos yo, así lo interpreto. Y espero no estar equivocado. Bastó que alguien diera el primer paso de generosidad para que los demás hicieran lo mismo. Que también lo bueno se contagia. Y de pronto todos se contagiaron de altruista generosidad. Todos pusieron en común lo poco que llevaban. Y hubo comida para todos. Y de postre, la gran lección para todos los hombres y mujeres que a lo largo del tiempo tienen la responsabilidad de llevar la economía de los países.

Hay comida para todos, vaya que si hay. Es cuestión de una buena distribución. Es cuestión de no robar. Es cuestión de romper con los egoísmos y ambiciones personalistas, que tanto daño producen. Es cuestión de humanismo y humanidad.

Cristo Jesús, porque tú fuiste profundamente humano, ayúdanos a ser nosotros también humanos, y el hambre desaparecerá.

11- Cumplimiento de la ley

Dijo Jesús: "No vayáis a pensar que he venido a abolir la Ley y los Profetas. Yo no he venido para abolir, sino para dar cumplimiento". (Mt 5,17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Cuando una religión, cualquier religión, se reduce o se contenta con normas, leyes, dogmas, no deja de ser religión. Conserva todo el andamiaje, la estructura, de una religión. Y quien está metido en ese andamiaje, y cumple todo lo preceptuado, es sin duda una persona religiosa. Y a buen seguro que dicha persona tiene una serie enorme de valores, y por consiguiente, es buna gente. Pero una religión así ¿a qué, o a dónde conduce?

Lo había dicho el profeta Oseas: *"Misericordia quiero y no sacrificios"* (Os 6,6). Es decir, el profeta apunta y lanza la flecha más allá del andamiaje y estructura de la religión. Él se refería a la religión judía, naturalmente. Pero su axioma vale para toda cualquier otra religión.

De ahí que, cuando tú, Cristo Jesús, dices que no has venido a abolir la Ley y los Profetas, entiendo que nos estás diciendo que es necesario el andamiaje, la estructura. Pero que no es suficiente. Que hay que ir más allá. Que la religión no puede contentarse en una serie de leyes y normas. Si así fuera, la religión sería una fábrica de hacer esclavos. Tú nos dices que hay que rellenar el armazón que da consistencia a la religión.

¿Cómo llenar, embellecer, y dar consistencia, vida y sentido al armazón? Nos lo dices con toda claridad: estableciendo una buena relación con los demás. Lo enunciaste así: *"Todo lo que quisierais que los demás hicieran por vosotros, hacedlo vosotros por ellos"* (Mt 7,12). Para nosotros queremos siempre lo mejor, como es, por ejemplo, que se nos respete, que se nos trate con bondad, que no se nos esclavice, pues entendemos que la libertad es un don sagrado, queremos que haya justicia. En fin, una serie interminable

de cosas buenas. Cabalmente, todas esas buenas son las que tú quieres. Porque todo eso bueno es lo propio y medular de la religión. De ahí que tanto insistieras en la misericordia.

Queda muy claro que no viniste a abolir, sino a que se pusiera en práctica lo fundamental. Las leyes son buenas en cuanto nos espolean hacia metas superiores de perfección. Pero la ley nunca es una meta. Si una religión consistiera en el cumplimiento de unas leyes, o se contentara con la simple estructura religiosa, tendríamos monumentos arqueológicos, pero sin vida. Y la religión no es arqueología. Es vida. Vida en Dios y para Dios. Vida con y para los demás. *"Sed santos como vuestro Padre celestial es santo"* (Mt 5,48).

Lo fundamental es la santidad. Fue la llamada constante de los profetas a lo largo y ancho del Antiguo Testamento. Fue tu llamada apremiante. Y como ejemplo y meta a conseguir nos pusiste nada menos que al Padre Celestial. Incluso nos dijiste que el camino para llegar a Dios pasa por los demás.

Es fundamental, por consiguiente, nuestra relación con los demás. Y esa relación es relación de amor. *"Amaos como yo os he amado"* (Jn 15,9).

Sólo desde el amor tiene sentido, valor y verdad, una religión. Y el amor no es sumisión, sino la verdadera libertad. Por eso justificaste plenamente a los profetas, porque predicaron la libertad, desde su propia libertad, a sabiendas que se jugaban el tipo.

Pero en cuestión de libertad, nadie más libre que tú, Cristo Jesús. Sabías cuál iba a ser tu final, y nunca te echaste atrás. Eso sí, a pleno pulmón gritaste que nadie te quitaba la vida, sino que tú la entregabas libre y generosamente. (Jn 10,18).

Fue así cómo diste cumplimiento a lo que antes no se había cumplido. Gracias, Cristo Jesús.

12- Curación

Jesús le dice: "Vete, que tu hijo está curado". (Jn 4, 50)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Lo más grande y maravilloso que uno siente cuando se acerca a ti es que nos amas. Nos amas con pasión. Nos amas a tiempo completo. Y nos amas sin esperar nada a cambio.

En el capítulo 4 de san Juan se nos dice algo muy importante. Acababas de regresar de Judea a Galilea. Y lo primero que haces al llegar a Cafarnaúm es librar de la muerte a un pobre niño que estaba a punto de morir. Lo curas. Se trata del hijo de un funcionario real. Es decir, alguien al servicio del rey. El rey era nada menos que Herodes Antipas, ¡vaya pieza!, el mismo que había asesinado a Juan el Bautista. Pero tú, Cristo Jesús, no tienes acepción de personas. Buscas hacer el bien sin mirar a quién.

¡Pobre chaval! Todavía niño, y se moría. Hay que ponerse en la piel del padre. ¿Tendría más hijos? ¿Sería hijo único? ¡Pobre padre! El hijo se le está muriendo. Y acude a ti. Lo hace con la desesperación de lo inevitable y con la fe de la esperanza que hace que nos agarremos a un clavo ardiendo. Ha oído hablar de ti. Quizá te conoce personalmente. Sea como sea, tiene fe. Y tú, que cuando se trata de hacer el bien no te haces de rogar, lo curas de inmediato. A control remoto. *"Vete tranquilo, que tu hijo está curado". "El hombre creyó en la palabra de Jesús"* (Jn 4,43-54).

Según regresaba a su casa, los criados le salen al encuentro. Seguro que dando gritos eufóricos de emoción y alegría. ¡El niño está curado! El padre pregunta sobre qué hora era cuando la curación. *"Hoy a la una lo dejó la fiebre"* (Jn 4,52). Podemos imaginar la alegría del padre. Y su corazón agradecido. Como agradecidos quedaron sin duda aquellos novios a los que sacaste de un serio apuro al convertir el agua en vino, en aquella aldea, Caná

de Galilea. Fue tu primer "signo". Pero ahora, en este pasaje, se nos dice que esta curación fue tu segundo "signo".

Toda la Biblia está llena de signos, de señales. Y los signos nos remiten a realidades más hondas que no siempre somos capaces de captar. También tu vida está llena de signos, de señales. ¿Por qué y para qué? Para que creamos, *y creyendo tengamos vida*. (Jn 20,31). Maravilloso: para que tengamos Vida.

¡Ay que ver! ¡Cómo amabas la vida! Y precisamente, porque la amabas fuiste capaz de dar tu vida terrena para que nosotros pudiéramos tener Vida eterna.

Tú fuiste el signo de Dios. Identificado con el Padre Dios quisiste que también nosotros nos identificáramos con Dios. Dios es la Vida, y nos metiste en la Vida.

¡Qué hermosa es la vida! Este pasaje nos habla de vida. No quieres la muerte. Ni quieres el dolor de un padre viendo morir a su hijo. Quieres la vida, la alegría, la felicidad de la gente.

Este pasaje, no obstante, Cristo Jesús, me lleva a un reflexión dolorosa. Me refiero a la contra-vida. Siendo tan hermosa la vida ¿por qué nos empeñamos en destruirla? Despiadadamente, hoy se mata por millares a seres inocentes por el aborto criminal. Pecado de lesa humanidad. Y encontramos gente que en el colmo del cinismo defiende el derecho a matar, gente que grita a favor del aborto. ¿Qué les han hecho esas criaturas inocentes? ¿Acaso no tienen derecho a nacer, a gozar de la vida? ¿A ver la luz del sol que nos alumbra, o contemplar la belleza de las flores?

En vez de gritar contra el pecado, se grita contra la vida. También esto es un signo, terriblemente negativo, de que nuestra sociedad está enferma. Seriamente enferma. ¿Qué nos pasa que tenemos tal pérdida de valores humanos, cívicos, morales y espirituales? ¿Por qué nos deshumanizamos de este modo?

Cristo Jesús, ayúdanos a poner unas gotas de ternura y humanismo y ser capaces de defender la vida.

13- Dar la vida en soledad

Jesús le contesto: "¿Tú darás la vida por mí? ¡De veras te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces!" (Jn 13,38)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

De modo dolorosamente personal tocaste el tema de la soledad en este pasaje del Evangelio. Nos habías hablado del Pastor que apacienta a sus ovejas, el Pastor que cuida y reúne a sus ovejas. De pronto, tú, el Pastor, el Buen Pastor, te quedas solo. Te prodigaste en amistad. Tus gestos fueron siempre de amistad. Y de pronto, ves cómo quienes más agradecidos deberían estar por haber gozado de tu amistad, te traicionan.

Bien es verdad que la palabra *traición* se aplica sólo a uno de los apóstoles, Judas Iscariote. Traidor en toda regla. La ambición del dinero lo llevó a la peor de las vilezas, la traición. Judas no buscaba poder. ¿Dónde, cuándo y quién, se lo iba a dar? Quien está en el poder tiene que dar la cara, no pasa desapercibido. En cambio, quien se enriquece ilícitamente puede pasar desapercibido.

En el caso de Judas, en la traición planeada contra ti se traicionó a sí mismo. ¿Contaba con un juez que no nos deja a sol ni a sombra como es la propia conciencia? No. Sin duda que no contaba con la voz de la conciencia. De su propia conciencia. Voz que no hay quien la pueda acallar. No llegó a ver tu muerte en el Calvario. Fruto de los remordimientos se quitó del medio.

Hubo otra traición. La de Pedro. Pero fue traición en tono menor. No fue la traición por la traición. Fue el miedo. Fueron los nervios. Estaba nervioso, como lo estuvieron los demás, que terminaron por huir y esconderse a saber dónde. Pedro y Juan tuvieron más entereza y se acercaron al lugar donde te habían conducido. Parece que de Juan no sospecharon que era discípulo tuyo. De Pedro, sí. Enseguida. Nuevo en aquel escenario. Si se hubieras quedado alejado de la hoguera donde se calentaban los

soldados, antes se hubiera delatado. En la hoguera, tardaron algo más en descubrirle. Su habla galilea le denunciaba. Y en cuanto se metieron con él, los nervios terminaron por estropearlo todo. Muerto de miedo, optó por la salida de emergencia: la mentira. Te negó. Aunque en descargo del bueno de Pedro, habrá que decir que te negó con la boca, nunca con el corazón. Pedro era un buenazo. Es el que sacaba las castañas del fuego cuando había algún problema en el grupo.

A todos tomó de sorpresa, Cristo Jesús, que te apresaran. Esto no se lo esperaban, salvo el traidor. De pronto se sintieron huérfanos, en la más cruel orfandad. No te conocían bien. De hecho, algunos andaban despistados, porque incluso después de la Resurrección le preguntan: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6). No habían entendido bien que tu Reino no es de este mundo. Si sus miras eras terrenales, se comprende el descontrol y nerviosismo que se apodera de ellos. Extasiados y entusiasmados al ver las curaciones y milagros que realizabas andaban como en una nube. No estaban preparados para la prueba. No estaban vigilantes. Y sucumbieron. El éxito popular es efímero. Tú hablaste de otro Reino, bien distinto a los reinos de la tierra. Los apóstoles, en cambio, se habían establecido en el áureo *"iqué bien se está aquí!"* (Lc 9,33).

A partir de la Resurrección abrieron bien los ojos. A partir de la Resurrección es como también nosotros entendemos tu Reino. Reino de justicia, de paz, de amor, de verdad, de salvación.

Cristo Jesús: gracias porque al asumir tu profunda soledad, has asumido también la nuestra. Ayúdanos a comprender que después de la Pasión, máxima expresión de soledad y abandono, aguarda la Resurrección. Haznos dignos de resucitar contigo, superada toda soledad.

14- De qué conversáis

Jesús les dijo: "¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? (Lc 24,17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Fue el mismo día de la Resurrección. Sorpresas, alborotos, sobresaltos. Todo. Y en el ambiente, la gran noticia. La exclusiva de los siglos sempiternos: ¡Ha resucitado!

¡Válgame Dios…! Es el notición del día. Han sido las mujeres las primeras en dar la voz de alerta. Se han movilizado a todo correr Pedro y Juan. Se han producido diversos encuentros con el Resucitado. Y ellos que se van. ¿A dónde? A su aldea. A su rutina diaria. ¿Tanto apremiaban las labores que tuvieran que realizar?

Pero tú, Cristo Jesús, que hablaste del pastor que busca a la oveja perdida, descarriada, viste que aquí había, no una, sino dos ovejas con un despiste mayúsculo. Nada, que a pesar de la noticia, por cierto, la más esperada, la más gozosa, ellos que se van. Y tú, que no pierdes detalle, que sabes el lado flaco de cada uno de nosotros, corres tras ellos. Pare terciar en la conversación, preguntas: *"¿De qué habláis?"* (Lc 24,17). Menos mal que, por lo menos, iban hablando del tema de más acuciante realidad: lo que había acontecido en Jerusalén esos días. La pregunta era intencionada. Querías meter cuchara en la conversación. Más, querías monopolizar la conversación. Era urgente volverlos al redil.

Te liaste entonces al hombro la túnica de la paciencia y con infinito tacto y el más hábil dominio de la persuasión los fuiste catequizando. Sin salirte del tema, todo lo contrario, fuiste directo al grano: tu propia Resurrección. Más, les hiciste una catequesis exhaustiva, "comenzando por los profetas y Moisés". El acto final de esta catequesis puso el broche de oro al llegar a la aldea, Emaús. *"Quédate con nosotros, que ya es tarde y está anocheciendo"* (Lc

24,29). Qué quedaste, sí, Pero sólo un instante, para celebrar una Eucaristía radiante. Bendijiste el pan, se les abrieron los ojos. Y Tú desapareciste, dejándolos llenos de luz. Habían recobrado la esperanza. Habían vuelto a la realidad. Habían dejado de ser los discípulos de la desesperanza. Los habías reincorporado al rebaño.

También éstos, los de Emaús, eran de los que creían que ibas a arreglar el mundo con cuatro recetas sacadas de la chistera al estilo de los políticos de turno. De este modo, su falsa esperanza se dio de bruces con el fracaso. Eso sucede cuando la esperanza no es verdadera, o no está bien cimentada. Menos mal que estabas ojo avizor, Cristo Jesús.

El camino de Emaús es todo un símbolo. Es el camino de la desesperanza, de la gente frustrada en sus expectativas. Pero también es el camino del Encuentro. Del encuentro contigo, Cristo Jesús. También del encuentro con los demás. Camino que desemboca en la Eucaristía. Camino de ida y vuelta. Porque la Eucaristía es sacramento de encuentro. Es sacramento de evangelización. No es para quedarse flotando en una nube. *"Volvieron a Jerusalén"* (Lc 24,33). Allí estaban los demás. Allí estaba la comunidad.

Camino también donde nos encontramos a diario con tantos y tantos hermanos. Cada quien lleva a cuestas su problemática personal. Cada quien habla de su día a día. Hablamos. Y cada quien necesita, necesitamos, de una voz amiga que nos explique, que nos oriente, que nos abra a una realidad transcendente.

Cristo Jesús, ayúdanos a ver la auténtica realidad, por encima de nuestros diarios avatares. Que nuestras eucaristías, nuestras comuniones, no sean actos piadosos de mística individualidad, sino encuentro en la fe y en la esperanza contigo y con los hermanos. Que sepamos invitarte a quedarte con nosotros porque atardece.

15- Destruid este templo

Jesús les respondió: "Destruid este Templo, y en tres días Yo lo volveré a levantar". (Jn 2,19)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Tengo la impresión de que los seres humanos hemos metido a Dios en los templos. De que lo hemos encerrado en los templos. Dios, que no cabe en el Universo, cabe en un templo. Vale. Lógicamente, este modo de expresarme es una simple caricatura. Soy consciente. Expresado sea pues con todo respeto.

Sin embargo, cuando uno se adentra en el maravilloso mundo que nos presenta la Biblia, una de las cosas que, al menos a mí, más llaman la atención es encontrarse con la figura de Abraham. Dios le dice que se ponga en movimiento: *"Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré"* (Gn 12,1).

Abraham, en ese momento todavía se llamaba Abrán, era sin duda un hombre bueno, piadoso, religioso. La vida le sonreía. ¿Qué necesidad tenía de complicarse la vida, de convertirse en nómada? Con lo bien que estaba en su casa. Obedeciendo a Dios se pone en camino. Es decir, se convierte en nómada. Deja el sedentarismo de la ciudad, el confort de la ciudad, y comienza una vida trashumante. Sigue la voz de Dios.

Es evidente que no va solo. Dios va con él. Y esto es lo maravilloso y significativo. Porque equivale a decir que también Dios se hace nómada. Que no se queda en el templo esperando que la gente llegue a adorarlo. Dios sale a los caminos todos del mundo para hacerse compañero de viaje de todos los humanos.

Tú lo dijiste, Cristo Jesús, hablando con la samaritana. Ella preguntaba que dónde hay que adorar a Dios, si en su tierra natal de Samaría, como habían hecho sus antepasados, o en Jerusalén,

como afirmaban los judíos. Esto le creaba a ella confusión. Pero una cosa queda clara en su pregunta: Dios queda localizado. A ella no le queda claro, de momento, si es en el monte Garizim, el "Monte de las bendiciones" en su samaritana tierra, o si es en Jerusalén. Por eso pregunta. Pide que le aclares.

Tu respuesta, Cristo Jesús, no deja lugar a dudas. Ni en un sitio ni en otro hay que adorar, sino que: *"Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad"* (Jn 4,23). Empleaste la palabra *"Padre",* no el genérico *"Dios".* A Dios lo personalizaste en: *"Padre".* ¿Por qué? Muy sencillo. Dios, empleado de modo genérico, se diluye. En cambio, el término Padre es personal, y nos implica a nosotros en esa paternidad de Dios, puesto que somos sus hijos.

Le fue más fácil a la samaritana comprender esto que a los sabiondos teólogos del templo de Jerusalén. Y en un interesantísimo juego de palabras empleaste el término cuerpo en sentido real y en sentido metafórico. Les dijiste, aunque no llegaran a comprenderlo, que el templo material no es tan importante como ellos se pensaban. Que vale más el templo que somos cada uno. Y les hablaste del templo de tu propio cuerpo, que pronto iba a ser destruido por la muerte, y reconstruido por la resurrección. *"Destruid este Templo, y en tres días Yo lo volveré a levantar".* (Jn 2,19).

Bien están los templos para el culto. Son necesarios. Tú mismo acudías al templo, lo mismo que a las sinagogas, para orar. Nos diste ejemplo. Pero nos pides transcender la materialidad del culto, no quedarnos sólo en hermosas liturgias. Y nos pides el respeto al templo, tanto el personal como el de los demás. La razón: *"Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él"* (Jn 14,23). Somos, pues, templos de Dios. Templos nómadas, habitados por un Dios Padre que también se hace nómada con nosotros.

16- Dios actúa

Dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". (Jn 5,17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¡Qué hermosa catequesis presenta el Génesis en sus once primeros capítulos! Nos habla de la Creación. Nos habla de un paraíso idílico. Nos plantea el tema de la libertad y la responsabilidad personal. Nos habla de la caída del hombre, el pecado, y su herencia de muerte. Y lo hace con imágenes sugerentes, casi infantiles, en apariencia, y sin embargo de una enorme profundidad reflexiva a nivel filosófico y teológico.

Quiero fijarme en el tema de la Creación. Hay una metáfora sublime. Dios creó el mundo en seis días. Pero como si se hubiera cansado, al séptimo descansó. *"Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho"* (Gn 2,2). Dios, el Alfarero divino.

La Biblia dice que Dios hizo el mundo. No dice cómo lo hizo. Tampoco la ciencia sabe cómo comenzó el mundo. Sí nos dice la Biblia que el mundo no se hizo por sí mismo. Que hay una Inteligencia infinita anterior y por encima de él. Se llega también a otra conclusión en el hecho de la Creación. Y es que Dios echa a andar el mundo, por así decir, pero quien tiene que llevar las riendas de la Creación es el hombre. Dios ha dotado al hombre, varón y mujer, de suficiente inteligencia para saber llevar el mundo adelante. Sin olvidar que el mismo hombre es el responsable de lo que pueda acontecer en todo aquello que depende de él. Por eso Dios dotó al hombre de inteligencia, libertad, y voluntad.

La Libertad. El don más grande después de la vida misma. Y tan peligrosa. Por la libertad podemos ser santos o diablos. Crear estructuras para que todos puedan ser felices, o abocar el mundo a

una catástrofe universal. Es el poder del hombre, lugarteniente de Dios.

"Dios actúa". Y tú también "*actúas con él"*, afirmaste en el Evangelio, Cristo Jesús. Incluso, te fijas y aludes a un determinado comportamiento establecido por los teólogos y dirigentes de la religión en tu tiempo en cuanto al descanso sabático. Habían tabulado y cosificado, por así decir, el descanso. La gran metáfora del descanso de Dios al séptimo día lo habían tarifado en minucias preceptivas. De tal manera que no se podía hacer absolutamente nada en sábado. Y tú les adviertes que Dios sigue trabajando. En consecuencia, que se dejen de pamplinas. Que *"El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado"* (Mc 2,27-28).

Y es que, un día señalado para glorificar a Dios, como era el sábado, lo habían convertido en un día oprimente, pues había que estar más atento a no quebrantar minucias que a la glorificación de Dios. A Dios se glorifica no sólo con la adoración, también haciendo el bien, curando a los que sufren. Haciendo el bien. Esa es la clave. El bien está por encima de toda ley.

A nivel psicológico y práctico, el descanso semanal, sábado para los judíos, domingo para los cristianos, tiene una dimensión racional y humana muy a tener en cuenta. El cuerpo no es una máquina. Necesita sus horas de descanso, de ocio. Que por otra parte, tiene una derivación importantísima. El día de descanso hay más tiempo para la familia, para dedicarse a otras actividades que no sean las de la rutina diaria. Aquí podemos aplicar también aquello de que *"el Padre sigue actuando"* (Jn 5,17). Y el hombre sigue actuando, podemos añadir.

Cristo Jesús, que nuestro actuar sea glorificar al Padre, santificando el día de fiesta, creyendo en tu Evangelio, que está por encima de los preceptos humanos.

17- Dos mandamientos en uno

Jesús le contestó: "El primer mandamiento de todos es: 'Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas'. Pero hay un segundo: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. Ningún mandamiento es más importante que éstos". (Mt 12, 29-31)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Entre las personas que se acercaba a ti para preguntarte algo, para exponerte sus dudas, las había también bienintencionadas. Y digo *también*, porque con frecuencia el Evangelio nos habla de intervenciones por parte de fariseos y escribas que no llevaban ninguna buena intención. Trataban únicamente de ponerte zancadillas. Hubo también gente de buena fe. Pensemos en Nicodemo que, como todo aquel que se tome la vida en serio, se plantea el problema de su salvación. *"¿Qué tengo que hacer para salvarme?",* es lo que en definitiva pregunta Nicodemo (Jn 3) (Ver también: Hch 16, 22-34). Problema serio el de la salvación.

En el caso del letrado que te pregunta sobre el orden en importancia de los mandamientos, también se ve buena fe. Había tantos mandamientos que hasta los profesionales del derecho tenían dificultades a la hora de hacer una escala de valores. *"¿Qué mandamiento es el primero de todos?"* (Mc 12,28). Va al grano. La pregunta es directa. Tú, por tu parte, Cristo Jesús, te remontas, con calma, a los viejos tiempos. Es decir, a las raíces. Quedarte en el presente no hubiera aclarado las dudas del interlocutor, y la discusión se podría alargar sin llegar a ninguna conclusión clara.

¿Por qué te fuiste a los viejos tiempos, a las raíces? Para dejar las cosas claras. Al principio estaba todo claro. Por medio de Moisés, Dios había promulgado los diez Mandamientos. Ley universal. Que, por lo demás, son de ley natural. Pero con el correr del tiempo, los *sabios y entendidos*, permítaseme la ironía, habían aumentado hasta completar 613 mandamientos. Habían crecido como la espuma. En

tal situación, ¿quién podía estar al día? Y lo que es más importante ¿quién podía cumplirlos?

Tú respondiste con el *'Shemá, Israel': "Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas".* ¡Ése es el primero, y fundamental! Pero de inmediato, sin solución de continuidad, añades: *"Pero hay un segundo: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. Ningún mandamiento es más importante que éstos".* (Mc 12,29-31).

No son dos. Es un solo mandamiento, partido igual que una naranja, en dos: El amor a Dios y el amor al prójimo van unidos. Inseparablemente unidos. ¿Por qué nosotros los separamos? ¿Por qué vamos al culto, a misa, por ejemplo, si estamos seriamente enemistados con el hermano? Lo dejaste bien claro cuando dijiste: *"Si cuando vas a presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano"* (Mt 5,23-24).

El amor está por encima y antes que la religión: *"Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos"* (Os. 6,6). Así está escrito en el profeta Oseas. Y todavía es más fuerte el relato de *Isaías*: *"Apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien".* (Ver: Is 1,10-20).

Se nos dice, "sin santidad nadie verá a Dios". Ahora bien, la santidad está en el amor. Que *obras son amores y no buenas razones*, como dice el refranero. El amor a Dios pasa por el amor al prójimo. Religión que no asuma como prioridad el amor, tan fundamental en el Evangelio, no es verdadera religión.

18- Echad la red

Jesús les dijo: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". (Jn 21,6)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¿Quién jugaba con quién? ¿Eran los peces alrededor de la barca? ¿Era una broma que querías gastar a los discípulos? ¿Se habían vuelto inteligentes aquel día los peces? Un cardumen de peces suele moverse de aquí para allá de modo sincronizado. Pero es que llevaban toda la noche con las redes echadas y no habían pescado nada.

Una vez más, sorprendes a los discípulos por partida doble. Primero porque te apareces en la orilla, tal cual. ¿O no tan tal cual? Esta aparición junto al lago ocurre después de la Resurrección. Y en principio no están tan seguros de que eras tú. Algo habías cambiado. Que sí, que no, al fin se convencen de que sí, de que eras tú. ¡Vaya! Les costó reconocerte.

En segundo lugar, no deja de ser sorprendente que habiendo pasado toda la noche bregando no hayan capturado ni un pez. Ni para el desayuno. Y llegas tú, y, oh ironías de la vida, les dices que echen la red a la derecha. Y qué más daba si la barca no era tan grande que digamos. Mas tú llevabas la idea de hacerles comprender muchas cosas. Por ejemplo, reconocerte en tu nueva realidad de resucitado. Estabas en otra dimensión en cuanto a ellos, y sin embargo, cercano siempre. Presente siempre. Pero debían ejercitarse en la fe. Al mismo tiempo que ellos debían seguir en sus faenas diarias normales. Necesitaban ganarse el pan de cada día. Para ello, necesitaban trabajar.

En cuanto a los peces. No importa si el cardumen estaba a un lado u otro. Se trataba de una lección de fe y de perseverancia que querías dar a los discípulos. Las cosas no se consiguen sin esfuerzo, sin trabajo. Ser bueno no es cuestión de un día. Ni de un fervor

pasajero. Salimos de un retiro espiritual, y salimos llenos de entusiasmo y buenos propósitos. ¿Cuánto nos dura? Poco o nada. La razón es que, sin darnos casi cuenta, ponemos nuestra confianza en nuestras propias fuerzas. Nos olvidamos de ti. Y así nos luce el pelo. Así nos va.

"Echad la red a la derecha y encontraréis" (Jn 21,6). Y entre la incertidumbre de si eras o no eras tú, la echaron. Mientras tanto, el más avispado de los discípulos, Juan, grita: *"Es el Señor".* Y Pedro, que más vale tarde que nunca, al oír que eras tú, se lanza al agua. Pedro, todo corazón, intrépido, valiente, gana la orilla a nado. Quiere abrazarte. Y en ese abrazo, agradecerte. Te había traicionado al negarte, aunque él nunca quiso traicionarte o negarte. Las circunstancias, el miedo que paraliza los sentidos, le llevó a negarte. Pero él te amaba. Tú lo sabías. Y tu mirada al pasar cerca de él momentos después de haberte negado, fue de comprensión, de ternura, de perdón. Y Pedro se sintió perdonado. Y lloró. Sus lágrimas eras de arrepentimiento, pero también de agradecimiento.

Y cuando todos han llegado a la orilla arrastrando la red repleta de peces, les invitas a desayunar. Les habías preparado el fuego. Asaron los peces necesarios. Y fue sin duda el desayuno más sabroso de su vida. Fue en tu compañía.

Aquel fue un encuentro en la fe. Y es que, los caminos de Dios pasan por la fe. Los caminos de los hombres llevan otra deriva. En ese momento, a buen seguro que comenzaron a entender aquello de *"os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19). Tarea nada fácil. Toda la noche habían estado pescando. Pero faltabas tú. Y si tú no estás, no hay pesca que valga.

Por eso, Cristo Jesús, te pido que se nos meta bien en la cabeza la labor que nos encomiendas. La pesca, la evangelización, no es fácil. Y no es fácil porque no es cosa de hombres. Sin ti no podemos nada. Que sepamos descubrirte a la orilla del lago para que la pesca sea éxito asegurado.

19- El divorcio

Jesús les contestó: "Estáis equivocados por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles del Cielo". (Mc 12, 24-25)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

A la greña saduceos y fariseos. Clase media y piadosa, de ahí el nombre, los fariseos. Clase alta, los saduceos. Ambos gremios no se llevaban bien. Para colmo, los saduceos eran una constante mortificación de índole religiosa para los fariseos. Los saduceos no aceptaban la *resurrección de los muertos* (Mt 12,18). Es difícil creer que una persona sea religiosa, esté adherida a una religión, y no crea en la resurrección, es decir, no crea en otra vida después de la presente. Si no hay otra vida, apaga y vámonos, que diría San Pablo. Textualmente dice: *"Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación y vana vuestra fe"* (1Cor. 15,14).

Con todo respeto, pero me parece que andaban un poco, o un mucho, despistados los saduceos. No se sabe cómo se llevaban con sus respectivas parejas. Si funcionaba bien o mal su matrimonio. El caso es que fue tema de debate con los fariseos. Y entonces no se les ocurre otra cosa, Cristo Jesús, que acudir a ti. Te ponen de árbitro en su contienda. Quieren dejar fuera de combate a los fariseos y de paso también a ti. Y va y te cuentan una historia peregrina, basándose, en versión libre, en un pasaje del Deuteronomio (Dt 25, 3-10). Se trataba de la ley del levirato. Es decir, si muere el hermano mayor, el siguiente debe casarse con la viuda. Y así sucesivamente, si los hermanos van muriendo. El hijo, en caso de venir al mundo, pertenecerá legalmente, que no biológicamente, al primero de los hermanos. Se trata de este modo de mantener el patrimonio familiar.

Pero los saduceos cambian el chip, y aplican el caso a la resurrección. Una aplicación por peteneras: *"Había siete hermanos,*

el primero se casó y murió sin hijos, y el segundo y el tercero…" (Mc 12,20s). En plan jocoso, irónico, preguntan que de quién será mujer la infortunada viuda. Les respondiste: *"Estáis equivocados, porque no entendéis las Escrituras ni el poder de Dios"* (Mc 12,24). Fue un modo suave de llamarlos ignorantes. ¡No entendéis las Escrituras! Y eso que venían al debate con citas bíblicas. Les dices que en el cielo seremos como ángeles. Pero vas más allá. Y los conduces a Moisés para que entiendan que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

Y metidos ya en harina, y tal como lo recoge san Mateo, no que te contentas con hablarles de la resurrección. Me figuro que se fueron como habían venido. Su actitud no era de gente que pregunta porque quiere saber, sino de gente que viene en plan de guasa. Pero tú fuiste aún más lejos. Que seguramente ahí les dolía el callo. Y les dijiste abiertamente que no se puede uno divorciar así como así. Que el matrimonio es cosa santa. Que no se puede jugar con él.

Qué fácil resulta dejar de lado lo que no nos gusta, o que habiéndonos gustado, nos hemos aburrido. Lo tiramos, ¡y ya! Nos casamos, nos descasamos, ¡y ya! Tú les dijiste que ¡nanay! Como nos decían de chicos: con las cosas de comer no se juega. Aquí hay que decir, con el matrimonio no se juega. Está en juego la dignidad de la persona. De las dos personas que forman la pareja.

La institución del matrimonio, base de la familia y de la sociedad, tiene una referencia muy directa a Dios. Lo mismo que Dios, siendo Uno es Trinidad, así el matrimonio. Unidad en la pareja, trinidad en la fecundidad del amor. Porque el matrimonio es cuestión de amor. De ahí el respeto, de los esposos entre sí, de los padres a los hijos y viceversa.

Cristo Jesús: tú eres el Dios de la Vida. El matrimonio es la fuente de la vida humana. Que sepamos amar y respetar la vida.

20- El grano de trigo

Dijo Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto". (Jn 12, 24)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

La vida es un proceso ininterrumpido. La vida genera vida. Pero lo mismo que sucede, pongamos el ejemplo de un árbol, que para que salgan nuevas hojas han de caer las anteriores, así ocurre con todos los seres. Fijándonos en el ser humano. Por estar dotado de racionalidad, se supone que es el ser más consciente de que nace, vive y muere. Hay alegría en la transmisión de la vida. Y aunque a nadie le agrada llegar al término final de la misma, el saber que la realidad de la muerte es parte natural de la vida, hace que se asuma esta realidad con naturalidad.

Para que lo entendiéramos nos pusiste, Cristo Jesús, el ejemplo del trigo. Un granito de trigo que se siembra en tierra, aparentemente muere. En realidad no muere, se transforma en nueva vida. De esa aparente muerte brota la espiga. De la espiga, la harina. De la harina el pan. Y del pan comido en fraternidad una humanidad que estrecha lazos de amistad.

A la amistad le ha precedido un proceso, por más que nos haya podido pasar desapercibido. La cosas no nacen por generación espontánea. Ni siquiera el amor. También el amor tiene unos precedentes. Sin un Dios Creador no existiríamos. Y ese Dios Creador es un Dios Bueno. Esto parece una obviedad. Pero conviene tenerlo en cuenta, porque un Dios malo es intrínsecamente imposible. No sería un Dios de Vida, sino de muerte sempiterna. Y la muerte sempiterna no existe. Sería la nada. Y la nada no existe. Por más elucubraciones mentales que podamos hacer con el término *nada*.

La realidad del grano de trigo la aplicaste metafóricamente y en primer lugar a ti mismo. Pero también a nosotros. Con ello

aludías, por supuesto, a tu muerte, Cristo Jesús. Pero para ser más exactos, aludías sobre todo a tu glorificación. *"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto"* (Jn 12,24). Al mismo tiempo nos estabas diciendo que no podemos encerrarnos en nosotros mismos. Quien se encierra en sí mismo es un egoísta. El egoísmo no genera vida.

Caer en tierra, lejos de ser un signo de muerte es un signo de vida, de generosidad, de regeneración. El grano de trigo está destinado a ser pan que alimente, a ser parte del banquete gozoso de la vida. Ser parte de una fraternidad universal. Nada de eso se conseguiría si el grano de trigo se quedara en la vitrina de un museo para ser admirado. En los museos, y dependiendo de la clase de museo que sea, hay, por ejemplo, arqueología. Pero nunca vida. La vida no se conserva en museos

La vida es para dar fruto. Habrá, tal vez, quien no entienda la transcendencia de la vida. Habrá quien la persiga o la niegue. Habrá quien esté en contra de la vida. En tal caso, estos tales se convierten automáticamente en piezas de museo. El museo de los horrores.

Naturalmente que es natural sentir miedo ante la muerte. Más que nada, porque no la conocemos, porque es un enigma, algo de lo que no tenemos experiencia. Tú mismo, Cristo Jesús, sentiste miedo ante la muerte. También para ti era un enigma, a pesar de ser el Hijo amado del Padre: *"Si es posible pase de mí este cáliz"* (Lc 22,42). Es el grito de la naturaleza, precisamente porque llevando en su entraña misma la vida, quiere seguir viviendo. Sólo que ahí la naturaleza no ha caído en la cuenta, podríamos decir, de que para seguir viviendo hay que morir. Un morir que no es de muerte, sino para producir más vida. El enigma afecta a toda la naturaleza.

Cristo Jesús, fuiste grano de trigo y pan de Eucaristía. Aliméntanos siempre de tu Pan para que tengamos Vida eterna.

21- El hijo del carpintero

Jesús les dijo: "Un profeta sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio". (Mc 6,4)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Uno de los oficios más hermosos y admirables, y que siempre me llamó la atención poderosamente, ha sido el de la carpintería. Ver cómo de un tronco abrupto van saliendo tablas finas, y cómo de esas tablas los ebanistas van fabricando muebles preciosos, no deja de ser fascinante.

Todo cambia, porque evoluciona. Es la ley del devenir. Hoy hay máquinas espectaculares, que facilitan, y a veces sustituyen, la labor del hombre. En tu tiempo, en cambio, Cristo Jesús, todo era más artesanal, más rústico, más primitivo. Tanto, que un oficio tan noble como el ser carpintero, parece que no se valoraba mucho. Por lo menos así lo vemos cuando al hablar de ti decían, casi despectivamente, *"¿no es éste el hijo del carpintero?"* (Mt 13,55). Como si ser carpintero no fuera un trabajo digno, y el carpintero en sí mismo no mereciera todo el respeto del mundo, aunque se tratara de una persona sin estudios, cosa que no sabemos si se aplicaba a san José. Y como si la carpintería no fuera en sí misma algo importante. Lo mismo vale decir para tantos otros oficios. Todo oficio conlleva en sí mismo una dignidad.

Pero a ti te señalan, Cristo Jesús, en realidad por envidia. Ven los milagros que haces, ven que tienes un ascendiente notable ante la gente, ven que tú has prosperado y ellos no, te ven distinto, y sienten envidia. Así de sencillo. Esta envidia la disimularán y camuflarán en mil fatuos argumentos. Que si no has tenido estudios, que si eres de familia humilde. ¿Acaso ellos eran de familia de abolengo? Ellos sí que eran ignorantes. Desconocían que tú venías en línea genealógica directa de David. Cosa, por lo demás, de la que nunca hiciste alarde. ¿De dónde venían ellos?

No hay cosa peor que hacer acepción de personas. Mientras se valora a unas, se denigra a otras. Toda persona, por el hecho de serlo, tiene una dignidad. Cuántas veces se valora a una persona en razón de su apellido, su forma de vestir, o su cuenta bancaria. Y no en cuanto persona. Está claro que a tu familia no la valoraban, tu modo de actuar era mirado con sospecha. Y no hay duda de que la actitud de tus paisanos te dolía. ¿Cómo no te iba a doler? ¿Cómo no te iba a doler que despreciaran a tu madre y tus hermanos? ¿O tu modo de actuar? ¿No estabas haciendo la voluntad del Padre? Te dolía. No podía ser de otro modo. Y con amargura les dices, a esa pandilla de incrédulos: *"No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa"* (Mc 6,4).

Señala el Evangelio que no pudiste hacer allí ningún milagro, salvo curar algunos enfermos. Ellos se lo perdieron. La incredulidad no va con el Evangelio.

De fondo, cabe fijarse en otro detalle que no carece de importancia. Luchar contra corriente, qué difícil resulta. Por lo mismo, es más cómodo dejarse llevar de la corriente. Quien se pone a la moda no llama la atención. Quien no se somete a la tiranía de la moda es señalado como un bicho raro. Con qué facilidad nos sometemos a la tiranía de la moda. Siendo así que, si hay algo que anule la personalidad es precisamente la moda, que nos convierte en rebaño, es decir, gente sin criterio propio.

Una persona que no se acomoda al sentir de los demás pronto cae en desgracia, o en descrédito. En cambio, con cuanta facilidad triunfan los mediocres, y los ambiciosos. Donde mejor se ve esto es en la política. De este modo, muchos talentos se pierden o se ignoran, con lo que esto conlleva de freno a un avance más rápido de la cultura.

Cristo Jesús, que sepamos valorar a las personas en cuanto tales, pues cada persona es hija de Dios.

22- El pan de los hijos

Jesús le dijo: Deja que se sacien primero los hijos. No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos. (Mc 7,27)

Seños Jesús, escucha mi voz:

Qué lejos se llega con la humildad, cuánto se consigue con esa virtud tan escasa. Da la impresión que el ser humano nació para triunfar. Y puede que sea cierto. Pero ¿por qué medios? ¿Por el de la ambición? No. ¿Por el de trepar y conseguir metas a toda costa? No. Ciertamente, no. Sin embargo, la práctica habitual es tratar de ser el primero sin mirar a nuestro alrededor.

Cuando se va conduciendo el coche por una autopista, o por una simple carretera, necesitamos mirar no sólo al frente, también a los lados, y desde luego, por el espejo retrovisor. No vamos solos. No somos los dueños del espacio y la distancia. Compartimos la pista con muchos otros, en las mismas condiciones que nosotros. No se trata de llegar a la meta sembrando el trayecto de accidentes.

La virtud de la prudencia está emparentada con la humildad. El buen conductor no es el que va provocando accidentes, sino el que no es causa de ninguno. Tampoco la humildad es virtud de idiotas, sino de personas que saben estar donde deben estar. Es de esta forma como las personas logran realizarse en cuanto personas. La ambición, las ansias de poder, suelen terminar en descalabros, y con la conciencia malparada.

Me viene a la mente todo esto, Cristo Jesús, a propósito del encabezado de esta reflexión. Estabas alojado en una casa. Era por la región de Tiro. Querías pasar desapercibido. ¿Pasar desapercibido tú? Lo tenías difícil. Pronto supo la gente que estabas allí. Una mujer que tenía una hija enferma *"poseída por un espíritu impuro"* (Mc 7,25), el desconocimiento real de las enfermedades hacía que las etiquetaran con distintos nombres, acude a ti. ¿Cómo no se va a preocupar una madre por la salud de los hijos? Tú, judío. Ella,

pagana, de Siria. Te pide, te suplica que cures a su hija. Con deliberada intención pedagógica marcas diferencias. Para comenzar, le dices una frase, que hoy nos puede sonar fuerte, pero que en el contexto de la época debía sonar de manera diferente: Deja que se sacien primero los hijos. *"No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos"* (Mc 7,27).

Era como decirle que tu campo de acción estaba en tu propia tierra. Que en Siria estabas fuera de lugar. La mujer te cogió la vuelta. Sabía que el bien no tiene patria, no tiene fronteras. Sabía que tú te dedicabas a hacer el bien, y te contesta: *"Señor, pero también los perros comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos"* (Mc 7,28). No niega el orden de los factores, pero sabe que también ella entra en la esfera del bien. Que el bien que tú haces también le alcanza a ella.

Los hombres marcamos fronteras. Las fronteras son siempre artificiales. Para la humildad no hay fronteras. Y con inmensa humildad te suplica ella. Y seguro que tú, también con inmensa ternura, miraste a esa pobre madre para de inmediato decirle: *"Anda, vete, que por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija"* (Mc 7,29).

¡Ay que ver, cuánto puede la petición, o plegaria, de una madre! Humildad y bondad iban juntas en aquella petición.

Sabías perfectamente, Cristo Jesús, lo que ella te iba a pedir antes que te lo pidiera. Y sabías lo que ibas a hacer. Pero me queda la impresión de que acortaste el tiempo de estar con aquella mujer porque su actitud te desarmó. Y la curación se produjo. ¡Cómo no se iba a producir!

Esto nos da también una pista de por qué, cuando acudimos a tu Madre, la Virgen María, pidiéndole que interceda por nosotros, se nos concede lo que pedimos. ¡Cómo no se nos va a conceder si es tu Madre quien te suplica! Y a una madre no se le niega nada.

23- El perdón

Jesús le dice: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete". (Mt 18, 21-22)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Repetidamente se oye en el ambiente una frase: *"Yo perdono pero no olvido"*. No deja de ser un modo hipócrita de decir que no se perdona. Naturalmente, las cosas no se olvidan así como así. A poca memoria que tengamos, recordamos un sinfín de cosas. Mas cuando se emplea ese, *pero no olvido*, con un, *yo perdono,* por delante, no hay nada que hacer. No hay perdón. Se trata sólo de una tregua: *"Ya me la pagarás".* No es la memoria natural de las cosas que quedan archivadas en algún rincón del cerebro. Se trata de la memoria vengativa.

Y qué difícil resulta superar el "yo perdono pero no olvido". De algún modo corresponde en parte al menos a ese instinto thanático, o de muerte, que llevamos. Es el polo opuesto al instinto de vida.

Viene esto al caso al recordar el pasaje evangélico cuando Pedro, sintiéndose generoso, y demostrando que lo era, según él, te pregunta, Cristo Jesús, que cuantas veces hay que perdonar. *"Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?"* (Mt 18,21).

Su generosidad inicial quedó chafada de golpe al responderle tú: *"No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"* (Mt 18,22). Con lo que a él, y con él a todos nosotros, nos decías que hay que perdonar ¡siempre! Nos guste o no nos guste. ¡Siempre! Y es que, el perdón está en la base del amor. Si no hay perdón no hay amor. Y al revés. Si nos sentimos ofendidos y no somos capaces de perdonar, pronto se nos cuela el rencor, la intransigencia. Nos volvemos intolerantes. Puede llegar un momento en que no nos aguantemos a nosotros mismos. Porque perdemos la paz interior. Porque el resquemor nos corroe. Porque nuestras

relaciones con los demás se debilitan. De ahí al radicalismo y al fanatismo hay un paso.

Tu galilea tierra, Cristo Jesús, tenía mucho de fanatismo. Tierra difícil, de luchas y contiendas, de fanatismos religiosos, de opresiones sufridas por causa de los invasores, había producido gente que hoy llamaríamos *nacionalista*. Los nacionalismos producen intransigencia. Pero la intransigencia hace que veamos las cosas sólo desde un lado. Nada más. El nacionalismo es el árbol que nos impide ver el bosque. De ese modo, la culpa la tienen siempre los demás. Nosotros somos los buenos. ¡Qué casualidad! Es como se le pregunta a alguien que va armado con una pistola: ¿por qué llevas pistola? La respuesta, indefectiblemente, es: Para defenderme. Pero si nadie te ataca, ¿de quién te vas a defender? Deja la pistola y sanseacabó. Si nadie hace uso de las armas nadie morirá.

La intolerancia termina por meterse en todas las capas de la sociedad. Y no sólo civil. También en lo religioso. También en la religiones. Todas las religiones pasan por épocas de intransigencia y de fanatismos. Muchas guerras han tenido un componente religioso de fondo. Una pena. Pero ahí está la historia para constatarlo.

El perdón no corresponde a un momento de fervor, o de misticismo. Los misticismos son peligrosos. Todo lo que se sale de lo normal conviene analizarlo con lupa. El perdón corresponde a una actitud personal, a un convencimiento personal. Tengo que perdonar por el perdón en sí mismo. Sin condiciones. Es como se hace posible la paz. Y desde un punto de vista cristiano, el perdón hay que realizarlo desde la fe en Cristo.

Cristo Jesús, tú, que supiste disculparnos ante el Padre: *"Perdónalos porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34), ayúdanos a perdonar de verdad y para que también nosotros seamos perdonados.

24- El sábado se hizo para el hombre

Les dijo: "El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado". (Mc 2,27)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Hay una tendencia en el ser humano que consiste en querer dominar a los demás. El método más fácil de dominar es implantar leyes. Las leyes son la anti-razón, cuando son impuestas para dominar. Van amparadas por el castigo si no se cumplen. Quien las impone indica debilidad. Al ser humano se le domina, no por la fuerza de la ley, sino de la razón. La razón descubre la evidencia. Y la evidencia saca a luz la verdad. La verdad, diáfanamente manifestada, no ofende a nadie.

En cambio, cuando lejos de dominar por la razón, que coloca a los contendientes en el mismo plano, y no humilla, se impone el dominio de la ley, automáticamente aparecen dos planos: el que impone la ley se coloca por encima de los demás. Y éstos por debajo. Dos planos, pues, desiguales y prontos a entrar en fricción. La ley es una fuerza bruta sancionada por el castigo. La razón, por el contrario, no humilla. Es el mejor modo de entenderse y evitar fricciones al mostrar la realidad tal cual es, ante lo cual, nada hay que objetar.

La verdad no humilla, pone a todos en igualdad de circunstancias, y así, ante la evidencia, no hay vencedores ni vencidos. Pero el ser humano, en su afán de dominio sobre los demás, va estableciendo leyes. A veces, tantas que amargan la vida. Cuantas más leyes más injusticias.

Ante esta situación de injusticia, tú saliste al paso, Cristo Jesús, para decir con total claridad y firmeza: *"El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado"* (Mc 2,27). No se puede tener sometido al hombre a base de leyes que, lejos de

ayudarle a realizarse como persona en libertad, le pone barreras opresoras a todos los niveles.

En este caso, se trata de leyes que atañen a la religión. Porque lo curioso es que el ser humano, por agnóstico o ateo que diga ser, siempre está enfrentado al tema religioso. Lo que indica que la cuestión religiosa incumbe a todos por igual. Que no deja a sol ni a sombra a nadie. Y por lo mismo, suele ser tema de enfrentamientos y debates. Nadie es indiferente al tema religioso, comenzando por los agnósticos y ateos, que de serlo pasarían del tema.

Cuánta gente hay que se aleja de Dios, o así piensan, por las leyes, o por el despotismo de los que mandan. En realidad no se alejan de Dios, sino que ésta es la sensación que les queda cuando ven debilitarse su fe. Se entra en un estado de crisis, con un resquemor de fondo, del que luego resulta difícil salir.

No estabas dispuesto a tolerar esto. No estabas dispuesto a que los discípulos entraran en crisis por culpa de las leyes, y dejaste bien sentado, Cristo Jesús, que el hombre está por encima de las leyes. Incluso citaste un caso que todos conocían: *"¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre? Entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes presentados que sólo pueden comer los sacerdotes y les dio también a sus compañeros?"* (Mc 2,25-26).

Maravillosa lección la que nos has dado, Cristo Jesús, con este pasaje. Has antepuesto lo profano, si es que es válido este término, a lo sagrado. ¡Lo sagrado! ¿Y qué más sagrado que el ser humano? ¡Qué herejía cometemos cuando llamamos sagrados a objetos, piedras, templos…, que no digo que no lo sean, y dejamos al ser humano relegado a inferior categoría. Lo auténticamente sagrado es el ser humano. Cuando lo "sagrado", en el orden de las cosas materiales, deja de estar al servicio del hombre, deja de ser sagrado.

25- Enviado del Padre

Dijo Jesús: "Yo no he venido por mi cuenta; sino enviado por el que es veraz: a ese vosotros no le conocéis. (Jn 7,28)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Fuiste fiel cumplidor de las tradiciones y costumbres de tu pueblo. Buen israelita. La Carta a los Hebreos dice que fuiste *"probado en todo como nosotros, excepto en el pecado"* (Hbr 4,15). Profundamente humano, y al mismo tiempo divino. Enviado por el Padre viniste a salvarnos. Te encarnaste con todas las consecuencias. No eras un espejismo. Acudías al templo en las festividades religiosas igual que los demás. Pero no te faltaron problemas. De tal manera que llega un momento en que no podías andar en público, No querías andar por Judea *"porque los judíos trataban de matarlo"* dirá san Juan (Jn 7,1). Pero recorrías la Galilea. Y subes al templo *"clandestinamente",* en la fiesta judía de los Campamentos. ¿Por qué te tenían entre ceja y ceja? ¿Por qué trataban de matarte?

Afrontaste el riesgo, a sabiendas de que corrías peligro. Fuiste más fuerte que el miedo. Te fuiste derechito al templo. Y no sólo eso, es que además te pusiste a hablar en público, a voz en grito, que te escucharan bien, que todos se enteraran de tu mensaje. Estaba candente el tema del Mesías. Había corrido sin duda la voz de que el Mesías eras tú. Que sí, que no. Había confusión al respecto. Viendo la libertad con que hablabas y que nadie te echaba mano, la gente comentaba: *"¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías?"* (Jn 7,26). Pero no es posible: *"Sabemos de dónde viene éste, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene"* (Jn 7,27).

Sí, claro, sabían que eras de Nazaret. Todo lo demás lo ignoraban. Y gritaste: *"A mí me conocéis y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz: a ése vosotros no le conocéis; yo lo conozco porque procedo de él y él me ha enviado"* (Jn 7,28-29).

Imposible que cayeran en la cuenta. Imposible que entendieran. Tan superficialmente te conocían, que no te conocían.

Esto mismo nos pasa a tanta gente en la actualidad. Creemos, o decimos, que te conocemos, y no es verdad. Nos quedamos en la periferia. Nuestra fe no pasa más allá de la epidermis. Basta observar lo que ocurre en muchos templos, sobre todo si hay alguna imagen religiosa "famosa". La gente entra, van derechos a la imagen. Rezan. Se santiguan y se van. Pero ni una mirada al sagrario, ni una genuflexión o inclinación ante el Santísimo. Nada. Fe en las imágenes. Olvido del Cristo vivo y real. ¿Es eso fe?

Cristo Jesús, no sólo fuiste muy valiente para actuar con tal aplomo y libertad. Te sentiste libre de verdad. Y con esa libertad les hablaste del Padre. Les hablaste de Dios. Y se lo soltaste a la cara que no lo conocían. No conocían a Dios. Con lo cual, todo el boato, toda la parafernalia religiosa caía por tierra.

Entonces como hoy, y hoy como entonces, resulta peligroso hablar de Dios. Es natural. Si ponemos a Dios en el centro de nuestra vida, como debe ser, por fuerza tendremos que tirar por la borda tanto lastre como arrastramos. Tendremos que hacer otra jerarquía de valores. Tendremos que construir otro tipo de sociedad donde nadie se sienta discriminado, donde todos puedan vivir razonablemente bien. Pero eso trae consigo cambiar muchas cosas. Trae consigo que los traficantes con el bien y la dignidad de las personas tengan que echar marcha atrás.

Ése es el problema, echar marcha atrás. Con lo cual, es más rentable "distraer" a la gente. Y acudir al "circo y pan" de la manera más descaradamente profana mientras se va minando la fe verdadera a cambio de sucedáneos religiosos. Mucha fiesta patronal, por ejemplo, con fundamento aparente en el aspecto religioso. Pero de religión poco, o nada.

Cristo Jesús, ayúdanos a ser valientes, a testimoniar sin miedo nuestra fe, a construir unas relaciones vivas entre todos, incluso con quienes tienen otras opciones religiosas. Porque a Dios hay que dar culto en espíritu y verdad.

26- Está cerca el Reino de Dios

Dijo Jesús: "El tiempo se ha cumplido, y se acerca el reino de Dios. Arrepentíos y creed en el Evangelio". (Mc 1,15)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Seguirte no es un privilegio, es una necesidad. Sólo tú eres la Verdad. Sin ti ¿qué sería de nosotros, dónde iríamos, a quién acudiríamos? Necesitamos de ti. Ahora bien, la llamada parte de ti. Y lo mismo nos llamas a la hora tercia que a la hora undécima. A toda hora estás listo para llamarnos. Estemos donde estemos.

A los apóstoles Pedro y Andrés los llamaste estando ellos pescando en el lago. Los invitaste a seguirte. Los invitaste. Conviene recalcarlo. Tú nunca obligas. Respetas al máximo la libertad personal. Les dijiste por qué querías que te siguieran. *"Os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17). Buscabas formar un grupo para la misión a que los destinabas. Habrían de ser *doce*, todo un símbolo representativo de las *doce tribus de Israel*. Se llamarían *apóstoles*, porque pensabas *enviarlos* a esparcir la semilla del Evangelio por el mundo entero. Oyeron tu voz. Dejaron redes y todo lo que tenían. Te siguieron. Luego viste a Santiago y Juan. Lo mismo. Te siguieron. Ese es el seguimiento.

Fue curioso. Tú venías de Judea. Habían arrestado a Juan. Las cosas no pintaban bien. Herodes era un peligro latente. Y te marchaste a Galilea *"para proclamar el Evangelio de Dios"* (Mc 1,14). Y la primera proclamación que hiciste fue una llamada en toda regla a la conversión: *"El tiempo se ha cumplido, y se acerca el reino de Dios. Arrepentíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15).

Los llamaste y ellos te siguieron. Al hecho de seguirte lo denominamos como *seguimiento*. Seguimiento que es universal. Todos somos llamados, todos tenemos que seguirte. Sólo así encontraremos la salvación. Necesitamos seguirte. En tu llamada no hay acepción de personas. Sólo que con el correr del tiempo hemos

caído en el despiste de pensar que el seguimiento es sólo para algunas determinadas personas. Y en esas personas, hemos señalado sobre todo a personas que se retiran a un convento o entran en la vida sacerdotal.

A este despiste primero sigue un segundo despiste. Cuando hablamos de *sacerdotes* estamos pensando en aquellas personas que han recibido el sacramento del Orden sacerdotal. Mejor sería llamarlos simplemente *curas*, pues son los que tienen el *cuidado espiritual* de un determinado número de feligreses a ellos asignados, por ejemplo en una parroquia. En cambio, *sacerdotes* somos todos los bautizados, pues por el bautismo participamos del único Sacerdocio que es el tuyo, Cristo Jesús.

Es verdad que pones una condición para seguirte: "Convertíos". Que es dejarlo todo, comenzando por el pecado. El pecado no encaja en tu seguimiento. Ni las ambiciones personales. Ni los medros sociales, como pueden ser el prestigio y la fama. No se puede buscar un status social en tu seguimiento. Cuando san Pablo decía, *"Si alguno aspira al episcopado desea una buena tarea"* (1Tm 3,1) lo decía porque ser obispo era un servicio a la comunidad. No un medio de ascender socialmente. Por eso añade las cualidades que debe tener el obispo: *"Que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, sensato, ordenado, hospitalario, hábil para enseñar, no dado al vino ni amigo de reyertas, sino comprensivo: que no sea agresivo ni amigo del dinero…"* (1Tm 3,2ss). Los tiempos han cambiado. No todo ha ido en la línea marcada por san Pablo.

De otro lado, la razón del seguimiento es que *"está cerca el Reino de Dios"* (Mc 1,15). Y una vez más nos indicas, Cristo Jesús, que Dios ama a los hombres, a todos, incluso a los pecadores. Y habría que añadir, más a los pecadores. Dios quiere la salvación de todos, comenzando por los más necesitados. Por eso la invitación a la conversión.

27- Esta generación perversa

Jesús comenzó a decir: "Esta generación es una generación malvada; pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal de Jonás". (Lc 11,29)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

El libro de Jonás, en el Antiguo Testamento, es un libro breve. Contiene un precioso relato parabólico. Es un libro didáctico, de ficción, donde no falta el humor. Una especie de novela, podríamos decir, con una finalidad didáctica. Se lee de un tirón, por su brevedad. Y se lee con gusto, porque es como un cuento inverosímil, que mueve la imaginación del lector. Quien lo haya escrito denota un dominio excelente no sólo del bien escribir, también de un conocimiento profundo de la psicología humana. En la ficción cobra relieve el pasaje cuando el cetáceo se traga a Jonás. Este permanece tres días, con sus respectivas noches, viajando en el vientre de la ballena. Y allí, en el vientre del gran pez, compone un salmo. *"Invoqué al Señor en mi desgracia y me escuchó; desde lo hondo del abismo pedí auxilio y escuchaste mi llamada…"* (Jon 2,2). Así continúa este salmo de súplica, bellísimo, cuajado de bellas imágenes.

Pero más allá del ropaje literario que lo envuelve, este libro lo que en el fondo hace es presentar a Dios como el Dios de la misericordia. Dios es un Dios compasivo y misericordioso. Hay más. Jonás ha sido destinado por Dios a predicar en Nínive. Nínive es una ciudad símbolo de opresión contra Israel. La misión encomendada a Jonás tiene éxito. Los ninivitas escuchan el mensaje de Dios transmitido por medio del profeta. Se convierten.

Este relato parabólico tiene también otra intencionalidad. Decirnos que Dios es el Dios de todos. Nadie tiene la exclusiva de Dios. Quizá los israelitas pudieron haber tenido esta idea. El libro de Jonás contradice esta idea. Nos dice que el mundo no se divide en dos: Israel de un lado, y del otro los demás pueblos. No. Dios no

establece división entre los pueblos, entre sus hijos. Dios es el Dios de todos y para todos.

Dios ama a todos los hombres. También a los pecadores. A todos nos invita a la conversión. Vio que los ninivitas se convertían y tuvo piedad de ellos. Esta es la moraleja, esta es la conclusión. Esta es una buena nueva. Es cierto que en este mundo el trigo y la cizaña están revueltos. Pero nadie puede atribuirse ser trigo limpio. Por eso Dios nos llama a la conversión.

Cristo Jesús, te dolía ver la incredulidad y terquedad de la gente. Te dolía sobre todo ver que muchos se te acercaban no para sacar provecho de lo que decías o hacías. Buscaban, por el contrario, entretenimiento, diversión. Seguramente observaban las curaciones como si fueran un show. Buscaban, exigían, signos. ¿Para qué?, si no creían.

Eso te dolía. Y les dijiste con enfado: *"Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás"* (Lc 11,29). Tomaste la hermosa parábola de Jonás en el vientre del cetáceo, para aplicártela a ti mismo, en alusión tu muerte cercana y redentora. Ése era tu verdadero signo: dar la vida por amor. Ellos buscaban milagros, tú dabas amor.

Estaba difícil que lo entendieran. Y estaba difícil porque era gente religiosa. La gente más difícil de convencer. Creían en los milagros, como tanta gente hoy. Pero ¿dónde estaba la vida honrada, la bondad, la misericordia, la caridad, la fe…? Esta es la cuestión.

En definitiva, la señal es que se conviertan. Que nos convirtamos. Como hicieron los ninivitas. Allí era un simple profeta el enviado por Dios. Aquí eres tú, el Hijo eterno de Dios, quien es enviado para salvarnos.

Cristo Jesús, que no busquemos milagros, que no busquemos lo espectacular, que busquemos la sencillez del día a día, donde tú actúas con tanto amor.

28- Fe en Dios y modo de orar

Jesús les respondió: "Tened fe en Dios. Os aseguro que quien diga a este monte: "Quítate y arrójate al mar" y no vacile en su corazón sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis". (Mc 11, 22-24)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Hay una cuestión que me ronda la mente. Habías sido aclamado por la multitud. En cuanto la gente te veía acudía a ti. Esto ocurría fuera de Jerusalén. A continuación entraste en la ciudad, y no en plan de turista. Te fuiste derecho al templo. Como buen judío, fuiste al templo a orar. Dice el Evangelio (Ver: Mc 11,11) que lo estuviste observando todo. Ojo al detalle, lo estuviste observando todo. Era tarde y te marchaste a pasar la noche en Betania, acompañado de los doce. Vale. Al día siguiente, al salir de Betania sentiste hambre. Una de dos, o no habías desayunado, o aquí hay otra intencionalidad de fondo. Viste una higuera y a ella te dirigiste, pensando sin duda calmar el gusanillo del hambre. Pero la higuera no tenía frutos. El Evangelio puntualiza que *"no era tiempo de higos"* (Mc 11,13). Entonces maldijiste la higuera. ¡Pobre higuera! *"Que nunca jamás coma nadie fruto de ti"* (Mc 11,14).

Veamos este curioso episodio. El día anterior estuviste observando lo que acontecía dentro del templo. Ahora vuelves de nuevo y armas la marimorena, hablando en términos castizos. Con un monumental enfado comienzas a echar a los traficantes, cambista de moneda, vendedores de palomas… (Mc 11,15). ¡Ay, madre, la que debió armarse! Y lo sorprendente es que nadie te echó mano. Allí estaba la guardia. Ni se movió. Nadie osó impedir el desaguisado que estabas armando.

Como conclusión, les gritaste: *"Habéis convertido la Casa de mi Padre en una cueva de bandidos"* (Mc 11). Ahora es cuando podemos entender por qué observaste lo que pasaba en el templo,

de un lado. Y del otro, lo del hambre. Hay aquí una gran lección expresada en términos simbólicos: El templo estaba hecho unos zorros. Con el *"hambre"* estabas indicando que mientras el templo abundaba en riqueza y ostentación, la gente, fuera, pasaba hambre. Y la higuera, símbolo del templo, sólo tenía hojas. Es decir, la religión estaba vacía, sin frutos. La maldición no era en realidad a un árbol que, cumpliendo con los ciclos de la naturaleza, sólo da frutos cuando es el tiempo de darlos. La maldición iba contra una religiosidad vacía, convertida en negocio.

Al día siguiente de este violento episodio, y al pasar de nuevo junto a la higuera, los apóstoles vieron que estaba seca. Fehaciente símbolo de que una religión sin frutos está seca. A continuación dijiste a los apóstoles: *"Tened fe en Dios. Os aseguro que quien diga a este monte: 'Quítate y arrójate al mar' y no vacile en su corazón sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis" (Mc 11, 22-24).*

Pediste fe en Dios, y en la oración. No pediste fe en el templo, ni en la religión. Cristo Jesús, nos dijiste que lo único importante es Dios. En tu lenguaje, lleno de simbología, el monte donde se ubicaba el templo era arrojado al mar.

Cabe preguntarse: ¿no se cumplieron tus palabras con creces cuando vemos que el templo fue destruido por Tito el año 70? Arrojado en el mar es una metáfora. La realidad es que el templo no existe. Y para colmo, el lugar que ocupaba, lo ocupa ahora otra religión.

Y en cuanto a la oración. La vinculaste al perdón. No consiste en desgranar padrenuestros ni avemarías. Ni en arrobos extáticos. Así de claro lo dijiste: *"Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas"* (Mc 11,25). O sea, oración en espíritu y verdad.

29- Gritarán las piedras

Jesús respondió: "Os aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras". (Lc 19,40)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Tus discípulos eran ya multitud. Cuando el líder de un grupo, de una corporación, de un partido, triunfa, sus seguidores lo aclaman, gritan, celebran su triunfo. Pasa siempre. Tus discípulos eran multitud. Estás entrando en Jerusalén. Es una entrada triunfal, en olor de multitudes. La masa ingente de discípulos está feliz. Arman un alboroto mayúsculo con sus vivas, gritos, exclamaciones. De tal manera que los fariseos te dicen que los hagas callar. Pero tú estás de acuerdo con el clamor de los discípulos, y respondes: *"Os aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras"* (Lc 19,40).

Eres consciente de que tu final se acerca. Y también de lo cambiante que es la gente. ¡Con qué facilidad cambiamos de bando, de actitud, de opinión! Somos como la veleta. Lo sabes perfectamente. Y consciente de esto, permites que se desarrollen los hechos tal como vienen. Primero, la apoteosis del triunfo. Y luego, a los pocos días, el fracaso más estrepitoso. De todo eso eres consciente, Cristo Jesús. Y dejas que las cosas se desarrollen tal como están sucediendo. De tal manera, que comenzando por los discípulos y siguiendo por la masa del pueblo, es la gran lección que quieres darles. La lección de lo incongruentes que somos. De lo cambiantes que somos. Hoy gritamos vivas, y mañana pedimos tu muerte. Son las paradojas del ser humano.

Por lo demás, me atrevería a hacer también otras dos lecturas a esta entrada triunfal en Jerusalén. No quieres que callen. *"Si ellos callan, las piedras gritarán"*. La primera. Si por un lado hay un vivo contraste entre el domingo de ramos y el viernes santo, de otro, y haciendo un paréntesis del viernes santo, podríamos juntar la entrada triunfal del domingo de ramos con la apoteosis final de la

resurrección. De este modo tendríamos para nuestra reflexión, lo que es la buena, pero masificada, fe de la gente sencilla. A diferencia de la fe personificada, a partir de la resurrección.

La fe masificada va en sintonía con los sentimientos y fervores populares. Lo popular se contagia. Su duración es efímera. La fe personalizada es otra cosa muy distinta. Si estamos en medio de un río, tenemos dos opciones: o dejarnos llevar por la corriente, o luchar contra corriente. Lo popular, lo fácil, es dejarse llevar por la corriente. Falta personalidad y responsabilidad personal. Ir contra corriente significa poner toda la carne en el asador. Jugarlo todo a una sola carta.

Optar por ti, Cristo Jesús, significa ir contra corriente. En primer lugar, contra corriente de uno mismo. De las tendencias negativas y pecaminosas que llevamos en nosotros mismos. Contra corriente de los demás cuando en el horizonte de las masas no son los intereses de Dios los que priman. Contra corriente de un pueblo que, en general, no busca primero a Dios. *"Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia"* (Mt 6,33).

La segunda lectura. Dejando que la gente, al acompañarte, participe de una euforia contagiosa que, si fuéramos a preguntar uno a uno de dónde proviene tal vez no supieran dar razón de la misma, estás como diciéndoles indirectamente que se afanen por triunfar en la vida. Pero no masivamente, ni a costa de los demás. Sino con el esfuerzo personal. Con el trabajo personal. Que la vida es hermosa y hay que saber vivirla. Vivirla en el gozo de estar en sintonía con Dios. No desperdiciar este tesoro tan grande como es el don de la vida que Dios nos ha dado, viviendo al margen de Dios.

No triunfa el que más grita, sino el que más hace, poniendo su vida al servicio de los demás, que es lo que tú hiciste, Cristo Jesús.

30- Guardar la palabra

Jesús le respondió: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él". (Jn 14,23)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

El amor a Dios pasa por el amor a los demás. No podemos amar a Dios si no amamos a los demás. Así de claro lo dejaste establecido. Ahora bien ¿quién ama a Dios? También lo dejaste claro: *"Quien guarda mis mandamientos, ése me ama"* (Jn 14,21).

Lo mismo que hay un sacramento, centro y cohesión de la comunidad, que es la Eucaristía, hay un mandamiento base imprescindible del cristianismo, sin el cual es imposible ser cristiano. Es el mandamiento del Amor. Al cristiano de verdad se le conoce por el amor. Ni rezos, ni procesiones de semana santa, ni obras altruistas. Sólo el amor es la clave de identificación de un cristiano.

Humanamente hablando, estuviste poco tiempo entre nosotros, Cristo Jesús. Hiciste todo el bien que pudiste. Nos trasmitiste el Evangelio de Dios. Catequizaste a los apóstoles. Pero tu vida se truncó en plena juventud. ¿No sería por eso que nos dijiste?: *"Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho"* (Jn 14,25-26).

Nuestra memoria es frágil. Somos fácilmente olvidadizos. Somos impresionables. Emotivos y emocionables. Como en un chaparrón de verano, nos empapamos en un momento, pero enseguida nos secamos por el calor del sol. Por un momento nos emocionamos ante un acontecimiento religioso, pongamos por caso, y al rato ni nos acordamos de tal acontecimiento.

Para refrescar nuestra memoria cristiana nos prometiste enviarnos al Espíritu Santo. Será él quien nos enseñe y recuerde todo lo que tú nos enseñaste.

Cumplir tu palabra es amarte a ti. Y es amar al prójimo. Lo que significa que sólo después de cumplir tu palabra podemos hablar de amor.

Mas cuántas veces ocurre que no solamente no cumplimos tu palabra, es que ni siquiera es tu palabra la que proclamamos. Cuántas veces hay que intercambiamos nuestra palabra por la tuya. En vez de proclamar tu palabra proclamamos la nuestra. Metemos gato por liebre. De esta manera no somos creíbles.

No somos creíbles, y encima caemos en el error de decir que el cristianismo está en crisis. No señor, no. No es el cristianismo el que está en crisis. Somos nosotros. Nosotros, que nos hemos apropiado de lo que no nos pertenece. Que hemos proclamado la palabra de Dios como si fuera la nuestra. Que hemos lucrado a base de la palabra de Dios.

Donde está la Palabra de Dios sobra la nuestra. Debemos guardar la Palabra de Dios, no la nuestra. Sin mezclas ni aditivos conservantes. En su exquisita pureza.

Por lo cual, necesitamos también una buena dosis de sinceridad, y de autenticidad. Hemos manipulado demasiado el precioso don de la Palabra. Hemos sacado brillo a la nuestra y la hemos presentado como si fuera una joya de gran valor, cuando en realidad no pasa de ser simple bisutería.

Cristo Jesús, quiero pedirte que sepamos valorar tu Palabra, y que sepamos acudir al Espíritu Santo, cuando andemos faltos de memoria cristiana en cuestión de amor. Que no nos dejemos arrebatar el don sagrado del Amor por personas que, bajo apariencia cristiana, lo tergiversan, lo denigran, lo difuminan, hasta hacerlo irreconocible.

31- Haced lo que digan

Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen". (Mt 23, 1-3)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Quiero expresar un pensamiento reincidente en mis reflexiones. Es el siguiente: Dios ha creado todo. Vale. Ha creado al hombre, varón y mujer. Vale. Pero al hombre lo ha hecho semejante a él. Esto resulta sublime, que el hombre, la criatura, esté situado a tal altura de dignidad. Se parece a Dios. Maravilloso.

Pero el hombre no supo estar a la altura de la dignidad que Dios le concedió. Pecó. Se apartó de Dios. Y una vez apartado de Dios, el hombre trata de sintonizar con Dios. Es como alguien que quiere escuchar la radio. La enciende. Sintoniza. Pero no aparece la emisora buscada. Se ha movido el dial, se ha desintonizado. No se oye el programa deseado. Hay que mover el dial hasta dar con la emisora deseada.

El hombre perdió la frecuencia de trasmisión que le unía con el Creador desde que se apartó de Dios por el pecado. Desde entonces trata de sintonizar con el Creador. No lo logra. Se pasa el día buscando. El instrumento para conectar con Dios es la religión. Vale.

Y ahí tenemos al hombre, con afán religioso, es decir, alguien que desde una determinada religión busca a Dios. Toda religión es una búsqueda continua de Dios. El esfuerzo de un imposible. Porque el hombre, que fue quien inventó las religiones, en plural, las inventa como el recurso último y titánico de encontrar lo más preciado que ha perdido. Perdió a Dios. Y Dios no aparece. Y así surge una y otras, muchas, religiones. El fin es el mismo: buscar. Aquí entran en juego razas, culturas, sensibilidades. De ahí las diferentes religiones.

Pero por más que el hombre ha tratado de encontrar a Dios, no lo ha conseguido. Es verdad que las religiones tienen un componente de humildad, de adoración al Dios desconocido. Pero el culto que el hombre trata de dar a Dios, a quien no conoce, surge muchas veces desde el mecanismo psicológico que es el miedo. El hombre busca por miedo. Porque en el fondo el hombre tiene miedo. Miedo cerval a lo desconocido. Miedo al más allá.

En definitiva, el hombre busca a Dios y no lo encuentra. Pero curiosamente, también Dios busca al hombre. Y mira por dónde, Dios sí encuentra al hombre perdido. Y lo encuentra por medio de Cristo. Cristo es el punto de encuentro con Dios.

Cristo Jesús, una vez establecida una religión, comienza un proceso de revestimiento de la misma. Y lo primero es promulgar normas, leyes, culto, sacrificios. Una parafernalia en suma para atraer y amalgamar la presencia de los adeptos.

De esa manera, no de extrañar lo que nos dices de tu propia religión, en cuanto judío, sin olvidar que eres el Hijo de Dios al mismo tiempo: *"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen"* (Mt 23, 1-3).

Esto significa que hay una deformación de la religión. En vez de ser el cauce adecuado para rendir culto al Creador, que por supuesto lo es, se han ido infiltrando obligaciones y cargas que terminan por ser insoportables. Y se establecen títulos, jerarquías, y gremios separados unos de otros. De un lado la jerarquía, de otro lado el pueblo.

Pero tú hablaste de una comunidad unida en el amor. Tú hablaste de un rebaño bajo un solo pastor. Por eso haces la separación entre lo que dicen, que es bueno, y lo que hacen, que es harina de otro costal.

32- Hipócritas

Jesús les contestó: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. "Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres" (Mc 7,6).

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¡Hipócritas! Así, sin pelos en la lengua. Así se lo soltaste. La diatriba contra los fariseos fue fuerte. Sólo que los fariseos son de ayer y de hoy. Nadie podemos, al respecto, tirar la primera piedra. En mayor o menor medida, en cada uno de nosotros subyace un fariseo, y no en el sentido positivo, sino negativo, de la palabra. Fariseo *"hasidim"* (devotos), es el sentido positivo. En sentido negativo, y en nuestras latitudes, puede significar alguien que actúa con doblez. Actuar con doblez es el colmo de la desfachatez. Eso es la hipocresía.

Venía a cuento esto por una cuestión que no pasaba de ser un tema de higiene. Los fariseos critican a tus apóstoles porque no se lavan las manos antes de comer. Pero el asunto va más allá de un comportamiento social, o de educación. Naturalmente que todos tenemos derecho a que las personas se presenten aseadas, limpias. No es agradable a tratar con una persona sucia, desaseada, mal educada. Ellos, no obstante, aprovechan una cosa nimia, como el no lavarse las manos antes de comer, para referirse de fondo a determinados comportamientos religiosos.

En el libro del Levítico, del Antiguo Testamento, se dice: *"El Señor se dirigió a Moisés y Aarón, y les dijo: Decid a los israelitas que, de todos los animales que viven en tierra, pueden comer los que sean rumiantes y tengan pezuñas partidas; pero no deben comer los siguientes animales, aunque sean rumiantes o tengan pezuñas partidas…"* (Lev 11, 1s). Y va señalando una serie de animales puros e impuros, es decir, que se pueden o no, comer.

La Biblia señala tres tipos de animales: *terrestres:* todos los que se mueven o arrastran por el suelo; *volátiles:* todos los que tienen alas, incluidos los insectos voladores; *acuáticos:* todos los que nadan en el agua, cetáceos incluidos.

No deja de sorprender que habiendo creado Dios todas las cosas, y después de decir que todo era bueno, ahora el Levítico haga excepciones. ¿A qué se debe? Es cuestión cultural. Siendo la Biblia un libro religioso, pero no científico, es natural que se acomode a la cultura de los distintos períodos de la historia. Por otro lado, no tenían los conocimientos en medicina que se tienen hoy. Entonces, si ven que un animal hace daño si se come, y desconociendo por qué hace daño, prohíben su consumo y punto. Desconocían, por ejemplo, la triquinosis, enfermedad causada por el consumo de carne que contiene quistes o parásitos que pueden encontrarse en la carne de animales como el cerdo, el oso, y otros, que pueden causar graves enfermedades. El remedio era la prohibición de comerlos, y pasaban a ser animales impuros.

Pero todo eso eran preceptos humanos. Y lo que tú les dices, Cristo Jesús, es que no se trata de quedarse en preceptos. Que no se trata de ser observantes de ritos religiosos, y luego ser, por ejemplo, explotadores de los demás, usurpadores, aprovechados, injustos.

Cuando esto ocurre, el culto está vacío. Todo es rutina. Apariencia. Y Dios no está ahí. De modo que se puede estar practicando una religión sin Dios de fondo.

Bien está, la higiene corporal, como lavarse las manos antes de comer, pero se necesita y es más necesaria la higiene del espíritu. No se puede jugar con las cosas de Dios.

Cristo Jesús, ayúdanos a acercarnos a lo sagrado con un corazón limpio y una mente bien intencionada, para no hacer de lo religioso algo apetecible a nuestros gustos e imaginaciones, pero ajeno a lo que Dios nos pide, justicia y santidad de vida.

33- Hoy se cumple esta escritura

Comenzó, pues, a decirles: "Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy". (Lc 4,21)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Habías vuelto del desierto. Allí habían tenido lugar las tentaciones. Estás de nuevo en Galilea. Tu fama se extendió por toda la comarca, como dice el Evangelio (Lc 4.14). Te dedicas a predicar, a enseñar, en las sinagogas. La gente te recibía encantada. Todos lo alababan, prosigue el Evangelio. Y por fin, en este recorrido llegas a Nazaret, tu pueblo. El sábado vas a la sinagoga, *"como era su costumbre los sábados"* (Lc 4,16), remarca el evangelista san Lucas. Significa que eras fiel cumplidor de los preceptos religiosos.

Fiel cumplidor de los preceptos religiosos. Esto nos hace pensar cómo, según pasa el tiempo, y a medida que la gente goza de más y mejor economía y bienes materiales, nos alejados de cumplir con nuestros deberes religiosos. Dicho de otra manera, ¡ay que ver!, cómo nos acercamos a Dios cuando nos va mal, y cómo nos alejamos de él cuando la vida nos sonríe. ¡Qué egoístas somos! ¡Y qué vacíos de espíritu! Porque eso de acudir a Dios sólo en las penurias, indica que a Dios lo tenemos como recurso de emergencia. De ese modo, Dios no puede estar satisfecho de nosotros. El culto que le damos es entonces un culto vacío, porque es un culto desde el egoísmo y la conveniencia.

Nos diste ejemplo, Cristo Jesús, de cómo debemos actuar en todo, comenzando por nuestros deberes para con Dios. Y allí, en la sinagoga, te señalaron a ti para hacer la lectura. Fue un detalle que tuvieron para contigo. Era darte, también y al mismo tiempo, la bienvenida. Y quién sabe si, de paso, solucionar el problema de la falta de lectores. Porque mucha gente no sabía leer. En cuanto a ti mismo, muchos se extrañaban al ver lo mucho que sabías. *"Se*

admiraban de las palabras que salían de su boca" (Lc 4,22). Otros entraron en sospecha: *"¿No es este el hijo de José?"* (Lc 4,22). Era clara alusión, en su desconocimiento, de que no tuviste estudios. ¡Qué mal te conocían! ¡Y qué mal seguimos valorándote muchos! Total, aquella reunión terminó en trifulca. Eso que todo había comenzado muy bien.

Efectivamente, todo había comenzado muy bien. Veamos. Te entregaron el rollo del profeta Isaías. Vale. Y leíste el pasaje: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido"* (Lc 4,18). Este pasaje te lo aplicaste a ti mismo, ¡y con qué razón! Porque tú habías venido *a evangelizar a los pobres, a proclamar la libertad a los cautivos, a devolver la vista los ciegos*, como proseguía el pasaje de Isaías.

Pero somos tan cambiantes, y tan metepatas, dicho sea vulgarmente… Te diste cuenta que mientras unos te expresaban aprobación, otros no solamente dudaban, es que se pasaron a la oposición, como suele ocurrir en la política. Tanto, que les dijiste: *"Sin duda me diréis aquel refrán: médico cúrate a ti mismo"* (Lc 4,23). La cosa fue a mayores. Terminaron por ponerse todos furiosos. Te echaron de la sinagoga. Y no sólo eso, es que además quisieron despeñarte por un barranco. Aunque tú, valiente y pundonoroso, te abriste paso y seguiste tu camino.

Todo había comenzado tan bien, tan bonito. Y todo terminó en un desastre. Pero el mensaje liberador quedó para siempre grabado en los corazones de la gente de bien. Y en evidencia ante la historia quedaron también las actitudes de la gente mala, retorcida, que no son capaces de ver más allá de sus propias narices. ¡Cuánto daño hacen las posturas intransigentes, la falta de diálogo, y los apriorismos! Cuando hay posturas tomadas con antelación al acontecer de los hechos es imposible seguir adelante.

Cristo Jesús, ayúdanos a romper nuestras intransigencias, que sólo hacen evidenciar nuestro detestable egoísmo.

34-Id al mundo entero

Jesús les dijo: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la Creación". (Mc 16,15)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Solemos tener un concepto de Dios como un Dios un tanto lejano. En ti, Cristo Jesús, se nos hace fácil y cercana tu humanidad, mientras que la divinidad la relegamos a una cierta lejanía. Pero si hay un momento y situación de cercanía de tu divinidad es precisamente tras la resurrección. Te vemos ir y venir por el lago, desayunar, comer, alternar con los discípulos como antes de tu muerte. ¡Qué cercano y humano te muestras tras la resurrección, como si no hubiera pasado nada!

Eso nos indica que Dios no es un Dios lejano, sino bien cercano. Que está en nosotros mismos. No hemos de mirar, pues, a la lejanía para encontrar a Dios, sino a nosotros mismos.

Y bien, este Dios cercano, encarnado en ti, nos dice por boca tuya: *"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la Creación".* (Mc 16,15). ¿Por qué esta tarea y mandato? Tú has cumplido la misión que el Padre te ha encomendado. Has proclamado la Buena Nueva. Has sembrado la semilla del Evangelio en una parcela pequeña como es la tierra que hoy llamamos Tierra Santa. Pero es preciso que esa semilla sea llevada y sembrada en el mundo entero. Para eso has elegido a unos pocos jornaleros a tiempo completo. Son los apóstoles. Así los llamas, porque son *enviados*.

Aquellos humildes pescadores del lago de Galilea pasan a ser también sembradores. En sus manos llevan la semilla del Evangelio. Son sembradores, y al mismo tiempo siguen siendo pescadores. Ahora pescadores de hombres.

Esa tarea no es exclusiva de ellos o para ellos. Es tarea de todo cristiano, de todo bautizado. Es la consecuencia de la Resurrección. Aquel que pendía en la cruz como si fuera un réprobo, abandonado y vilipendiado por todos, ha sido ahora exaltado a la gloria de Dios.

En la cruz, Cristo Jesús, sentiste la más profunda soledad y el más absoluto abandono. Piensas que hasta el Padre te ha abandonado. Es decir, quisiste pasar por la experiencia que nosotros tenemos muchas veces, como es el pensar que Dios está lejos, allá en la estratosfera. Y no. Dios no está lejos. Dios está en la cruz, identificado contigo, agonizando en la misma cruz contigo. Dios no puede morir, pero sí agonizar. En ti, Cristo Jesús, no muere la divinidad. Muere la parte humana. Y Dios, que no puede morir, sí puede agonizar, es decir, asumir el dolor de todos los crucificados del mundo. Puede asumir el dolor de toda la humanidad. Ese dolor redentor aposentado en tu Corazón de Redentor de toda la Humanidad. Dolor que se transforma en Vida.

El Evangelio es Vida. Nos mandas pues a propagar la Vida. Vida que es como un nuevo, esplendoroso, radiante amanecer. Al alba, cuando el nuevo día se levanta, tú te levantas del sepulcro. Y te paseas por el jardín, ¡oh glorioso jardín del Huerto de los Olivos! Y te apareces a María Magdalena.

¿No trae este *jardín* reminiscencias de otro jardín? Claro que sí. El primer jardín, llamémosle paraíso terrenal, fue destruido, asolado, arrasado, por el pecado. Eva nunca más pudo pasear por él.

Este otro jardín pasa a ser metáfora en el tiempo. María Magdalena, más allá de la realidad personal, pasa también a ser metáfora en el tiempo. Quiere decir, se ha rehecho el jardín, vuelve la vida, hay un nuevo amanecer para la humanidad. Y tú, Cristo Jesús, pasas a ser el nuevo Adán, que no tiene que esconderse de Dios, y que nos dice: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la Creación". (Mc 16,15)

35- Interés egoísta

Jesús les respondió: "Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes hasta saciaros" (Jn 6,26)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Que a veces te buscamos por intereses un tanto egoístas, no cabe la menor duda. Se cumple el viejo adagio: quien pide es porque necesita. A nivel cristiano todos estamos necesitados. Por lo mismo, necesitamos acudir a ti. El problema radica en cuanto a la intencionalidad que nos mueve al acudir a ti. ¿Acudimos sólo para pedir? Es lo habitual. Error por nuestra parte. Pedimos y volvemos a pedir. Pero ¿cuándo nos acercamos para agradecer?

También habrá que analizar por qué tanta prisa en pedir. Se supone que al médico no vamos por cualquier tosecilla que nos entra, o que nos sale. Sal médico se va cuando hay una enfermedad seria.

En cierta ocasión oí decir a alguien que sólo *los imposibles* hay que dejárselos a Dios, pero que *los posibles* debemos solucionarlos nosotros mismos. Gran verdad. Todo se lo dejamos a Dios. ¿Y cuándo nos ponemos nosotros manos a la obra?

Si acudimos a ti, Cristo Jesús, ha de ser, en primer lugar, por ti mismo. Sólo más tarde, y cuando vemos que por nosotros mismos no podemos resolver las cosas, es cuando debemos acudir a ti. Lo dijiste con mucho amor: *"Venid a mí los que estás cansados y agobiados y yo os aliviaré"* (Mt 11,28). ¡Hombre!, técnicamente, digámoslo así, siempre estamos cansados, agobiados. Pero también perezosos. Muchas otras veces miramos más a nuestro egoísmo que a la ecuanimidad, a la hora de ir a ti. Además, parece que vamos sólo de visita, sin decisión de quedarnos contigo, de hacerte compañía, de aprender de ti a valorar la vida, a valorar a los demás, a tratar de enmendar nuestros errores y mejorar nuestro comportamiento cristiano, a cumplir tu mandamiento de que nos

amemos más unos a otros. Nuestro egoísmo queda, pues, al descubierto, a la intemperie.

Esta reflexión viene a cuento del pasaje del Evangelio. Habías dado de comer a una ingente muchedumbre. Saciada el hambre se marcharon a sus casas. A los apóstoles les dijiste que se fueran en la barca. Tú te quedaste solo, en oración. La gente advirtió que teníais una sola barca, y que tú no te habías ido con los apóstoles en la barca. Pero tampoco estabas allí, es decir, en el lugar de concentración de la gente, donde había sido la multiplicación de los panes. ¿Dónde se habrá metido? Optaron por irse a Cafarnaúm.

Te encuentran y te preguntan: *"Maestro, ¿cuándo has venido aquí?"* (Jn 6,25). Les respondes: *"Me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros"* (Jn 6,26).

No te duelen prendas. Es un claro reproche que les haces. Te buscan por egoísmo. Te buscamos por egoísmo. Es decir, no te buscamos por ti, por ser tú quién eres, sino que te buscamos interesadamente. Te duele nuestro egoísmo y nos lo echas en cara.

Y a continuación, tu recomendación. Tu lección práctica para nuestro diario vivir: *"Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que perdura, el que os dará el Hijo del Hombre"* (Jn 6,27).

¿Cuál es ese alimento que perdura, y que tú nos das? Eres tú mismo, Cristo Jesús. Te nos das en Pan de Vida en la Eucaristía. Te nos das en tu Palabra. Te nos das en tanta gente que, con el ejemplo de su vida, son un estímulo para seguirte. De tantas maneras te nos das. Y nosotros despistados.

Y añades más. Nos indicas qué es lo que el Padre Dios quiere de nosotros: *"La obra que Dios quiere es esta: que creáis en el que él ha enviado"* (Jn 6,29).

La fe, por consiguiente, es el mejor camino, Cristo Jesús, para ir a ti. A ti, que eres el Enviado del Padre. Cristo Jesús, ayúdanos a ir a ti, y que te sigamos sin condiciones.

36- La medida que uséis

Dijo Jesús: "Con la medida con que midáis, se os medirá a vosotros" (Mc 4,24)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Andamos a veces tan preocupados por causar buena imagen que nos olvidamos de nuestra escueta realidad. Aparentamos una cosa y somos otra. Somos lo que somos. Y nada más. Queremos aparentar una cosa y nos olvidamos de ser lo que somos. Y es que, una cosa es parecer y otra ser. Cualquier maquillaje resulta ser siempre postizo, pasajero.

Hay mucho maquillaje en la vida en general. Maquillaje en los negocios. Maquillaje en las relaciones sociales. Maquillaje también en nuestra vida como cristianos. Pretendemos que nos tengan por buenos, pero al final siempre aparece descarnada la realidad.

Tu lenguaje, Cristo Jesús, fue siempre llano. En el sentido clásico de: al pan, pan, y al vino, vino. Y en el sentido semántico. Ibas con la verdad por delante. Utilizabas palabras, comparaciones, ejemplos, parábolas, que todo el mundo entendía. Sabías que mucha de aquella gente que te seguía con entusiasmo y fervor era gente sin mayor cultura. Muchos analfabetos. Tu lenguaje se acomodaba perfectamente al entendimiento del pueblo. Así, por ejemplo, hablabas del candil. Es lo que había para alumbrar una estancia. Y preguntabas: *"¿Se trae el candil para ponerlo debajo del celemín o debajo del lecho? ¿No es para ponerlo sobre el candelero?"* (Mc 4,21).

Nos imaginamos la respuesta de la gente. Como si los estuviéramos oyendo, en voz alta respondían: ¡Para ponerlo sobre el candelero…! Y en un diálogo sencillo, pero muy vivo, donde todos podían hablar, preguntar, salir de dudas, la gente quedaba colgada de tu figura, de tu palabra.

La luz no se puede esconder. Más, la luz no se debe esconder. Y aquí luz, en el sentido figurado, es la verdad. Porque todo llega a saberse. Sin necesidad de acudir a la policía. Sin necesidad de ir haciendo averiguaciones. La verdad termina por abrirse paso.

De la gente querías que fueran sinceros. Nada de dobleces. La verdad por delante. Y de este modo, con palabras sencillas, les ibas enseñando las grandes verdades. En este caso, la conclusión del diálogo fue: *"La medida que uséis la usarán con vosotros, y con creces"* (Mc 4,24).

Nos gusta que nos traten bien. ¿Tratamos igualmente bien a los demás? La ventaja de hacer el bien es que repercute, como un bumerang, sobre nosotros mismos. Siempre recibimos más de lo que damos. Por ejemplo en el apostolado. Por un poco de bien que tratamos de hacer, recibimos cien veces más, en bondad, agradecimiento, testimonio de vida cristiana. Es el efecto luz. La luz se expande. La verdad llega muy lejos.

Tú querías, Cristo Jesús, que tus discípulos vivieran de tal modo que no tuvieran nada que ocultar. Si algo te molestaba de verdad era la hipocresía. La hipocresía es llevar una doble vida. Aparentar una cosa siendo otra.

A la hora de hacer un examen serio de conciencia, y sabiendo que no podemos huir de la misma, porque nos dice las cosas de modo diáfano, con taquígrafo y luces, no nos queda más remedio que aceptar nuestra dosis de hipocresía.

Callamos las cosas, unas veces por vergüenza, otras para no quedar mal ante los demás. ¿Pero es que acaso podemos escaparnos de ti, o de nosotros mismos? ¿Podemos huir de nuestra conciencia?

Cristo Jesús, ayúdanos a no olvidar que: *"Con la medida con que midáis, se os medirá a vosotros"* (Mc 4,24). Que sepamos andar siempre en la luz de la verdad.

37- La niña está dormida

Les dijo Jesús: "¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto; está dormida". (Mc 5,39)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

El Evangelio testifica los muchos enfrentamientos que tuviste con los fariseos. Anclados en el pasado, no era eso lo más negativo en ellos, sino el haber hecho de la religión un modus vivendi, donde Dios quedaba muy opacado. Rechazaban abiertamente la Buena Nueva que tú presentabas. La intransigencia nos vuelve cerriles.

En cambio, no aparece ningún enfrentamiento con las mujeres. En ellas había otra sensibilidad. Eran más intuitivas. Algo veían en ti que los fariseos eran incapaces de ver. Tu mensaje de salvación les llegaba al corazón. Como es el caso de la samaritana. De María Magdalena. De Marta y María. Y tantas otras. *"Poco después, Jesús comenzó un recorrido por las ciudades y aldeas cercanas, predicando y anunciando la Buena Noticia acerca del reino de Dios. Llevó consigo a sus doce discípulos, junto con algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades. Entre ellas estaban María Magdalena, de quien él había expulsado siete demonios; Juana, la esposa de Cusa, administrador de Herodes; Susana; y muchas otras que contribuían con sus propios recursos al sostén de Jesús y sus discípulos"* (Lc 8, 1-3).

Veían y experimentaban tus milagros. Se veían liberadas, valoradas en su dignidad de personas. Y muchas de ellas te seguían a la par de los apóstoles, como queda registrado.

Cuando, como en aquella ocasión, curaste a una niña (Mc 5), al llegar a la casa y decir que no estaba muerta, sino dormida, la gente lo tomó a broma. Se burlaron de ti. Tú, impasible.

Se trataba de la hija del jefe de la sinagoga. Una niña apenas. No sabemos qué enfermedad tenía. Sólo que la dieron por muerta.

Según ibas hacia la casa del jefe de la sinagoga hiciste otras curaciones. Al padre de la niña, desconsolado como no podía ser de otro modo, le pediste sólo una cosa: te tuviera fe. El buen hombre se fió de tu palabra.

Al llegar a la casa, ya habían comenzado el funeral. Plañideras, según la costumbre, alboroto, lloros. Mandaste salir a todos. Entraste a la casa con los padres de la niña y tres de tus apóstoles predilectos, Pedro, Santiago y Juan.

"Talitha Kum", que significa: Contigo hablo, niña, levántate" (Mc 5,41). ¡Y vaya que si se levantó! Estaba curada.

Ojo al detalle, una niña todavía, sí, pero mujer en ciernes. Porque si alguien ha defendido a la mujer, de todo tiempo, raza y cultura, has sido tú, Cristo Jesús.

Jesús es siempre fuente de vida. Fuente de esperanza. ¿Por qué tanta discriminación contra la mujer, entonces y hoy?

Necesitamos revisar los parámetros mentales de una sociedad machista, clasista, acomodada en principios culturales y religiosos que poco o nada tienen que ver con el plan de Dios.

Cierto es que no todas las mujeres saben salvaguardar su dignidad como personas, y se dejan manipular como objeto de reclamo publicitario con fuerte carga erótica.

Y cierto es que muchos varones las explotan porque lo que buscan es hacer negocio. Cuestión de divisas y de dinero mal habido.

¿No habrá llegado la hora de tomar más en serio tus enseñanzas, Cristo Jesús, con respecto a la dignidad de las mujeres y de los varones?

Cristo Jesús, te pedimos que lo mismo que sabemos valorar a nuestras madres y hermanas, sepamos valorar a toda mujer, sin importar cultura, raza o religión.

38- La paz viene de Cristo

Dijo Jesús: "La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo". (Jn 14,27)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Hay una alegría que podríamos llamar laica. Y hay una alegría que nace desde dentro, desde la conciencia en paz. La alegría laica, exterior, es superficial y pasajera. Vacía. La alegría que nace desde dentro es auténtica, duradera. Sana.

Y lo mismo sucede con la paz. La externa, tiene mucho de artificial. La que nace del corazón, es verdadera.

Es fácil hacer, y constatar, esta división. En el ser humano hay mucho de artificio. Podemos usar máscaras, disfraces, con suma facilidad. La ley del disimulo parece inherente al ser humano. No obstante, lo que es artificial, los maquillajes, desaparecen tarde o temprano. Más temprano que tarde. Lo que es auténtico, permanece.

Cuando comenzaste a anunciar a los apóstoles que ibas a marcharte, que ibas a pasar por la pasión muerte y resurrección, posiblemente no entendieron lo que les estabas diciendo. Te veían invencible. La muerte en cruz ni la soñaban. Pero tú, Cristo Jesús, con este anuncio de despedida, les dejabas también, como rica herencia, tu paz.

Tuviste mucho cuidado de distinguir entre paz y paz. Entre la paz laica, exterior, fútil. Y la auténtica paz. Abiertamente les dijiste: *"La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo"* (Jn 14,27). "Mi paz". A diferencia de la paz mundana. El mundo da baratijas, quincalla. Lo cual es lógico, porque nadie puede dar lo que no tiene. El mundo no tiene paz, y sí mucha guerra, mucha enemistad, mucha desconfianza. Y mucha frustración.

La verdadera paz nace donde hay amor. La fuente del amor verdadero está en ti. Por eso pudiste decirles en verdad a los apóstoles que les dabas tu paz. La paz se convierte de este modo, lo mismo que el amor y la unidad, en uno de los principios fundantes del cristianismo.

Cuando fallamos en algo tan fundamental como es la paz, no tenemos más remedio que reconciliarnos cuanto antes. De no ser así, mal podremos llamarnos cristianos. Tendríamos una careta, de apariencia cristiana, pero careta al fin y al cabo.

Cuando la paz consiste en un equilibrio de fuerzas, que a su vez consiste en guardar lo que se ha dado en llamar el *orden establecido*, en cuanto el fiel de la balanza se desvía todo se viene abajo.

Ahora bien, y usando la palabra *mundo* en el sentido que tú la usaste en tu despedida, Cristo Jesús, el mundo no es algo ajeno a nadie, sea de la raza, cultura, o creencia que sea. También las religiones, toda religión, están impregnadas de mundo, en lo que éste tiene de negativo. Quieras que no, en toda organización hay poder. Toda religión tiene por fuerza una estructura de poder, y el poder tiene como vecino de enfrente la violencia.

Todo esto es fácil de entender. Habiendo visto, valorado y distinguido entre paz y paz, y si queremos tratar de ser cristianos coherentes, no nos queda más remedio que acudir a quien es de verdad el Príncipe de la Paz, Cristo.

Además, el cristiano no sólo recibe la paz, está a su vez obligado a transmitirla a los demás. Será la mejor evidencia de que Cristo está en medio de nosotros.

Cristo Jesús, sabiendo que tú no nos fallas, te pedimos que nosotros tampoco te fallemos. Que sepamos estar a tu lado, recibir tu paz y poder transmitirla a los demás, conscientes de tu palabra: *"Mi paz os doy".*

39- La puerta de entrada

Jesús dijo: "Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto". (Jn 10,9)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

La gente, en este caso los fariseos, no siempre entendió bien tus palabras. Según tu modo de hacerte entender con la máxima facilidad, les pusiste un símil, una parábola. Les hablaste de un aprisco de ovejas. Decías que hay que entrar por la puerta. Es el modo de saber que se trata del pastor de las ovejas. Porque los ladrones rehúyen la puerta. Entran saltando la tapia, por donde nadie los vea entrar. Son ladrones. Huyen de las miradas ajenas que los pueden delatar.

Para que no hubiera dudas en cuanto a lo que estabas explicando, y puesto que los fariseos daban señales de no seguirte el hilo del tema, de no entender, les dijiste abiertamente: *"Yo soy la puerta"* (Jn 10,9).

Debieron poner cara de sorpresa mayúscula. ¿Que éste es la puerta? ¿De un aprisco o corral de ovejas? ¿Qué nos está diciendo?

Seguían sin entender. Por eso añadiste: *"Todos los que han venido antes que yo son ladrones y bandidos, pero las ovejas no los escucharon"* (Jn 10,8).

Ante tanta claridad, no era normal que siguieran sin entender. ¡Vaya que sí entendieron! A buen seguro que no debieron quedar muy satisfechos con tus palabras, Cristo Jesús. Bien a las claras estabas cuestionando la religión. Y no por la religión en cuanto tal, sino por el giro que ésta había dado.

Quienes debían ser los guardianes de la pureza e integridad de la religión habían terminado por convertirse en ladrones y bandidos. La acusación era fuerte y valiente al mismo tiempo.

Pero no era cuestión de lanzar la piedra y esconder la mano. No era cuestión de denunciar el delito. Se trataba también de aportar soluciones. Así lo hiciste. La solución que presentaste fue la única que, a todas luces, era válida y verdadera. Válida y viable. Aceptaran ellos, los fariseos, o no aceptaran, no cabía otra solución. Les dijiste: *"Yo soy la puerta. Quien entra por mí, se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos"* (Jn 10,9).

Con esta alegoría dejabas entrever en el fondo más cosas, como es el tema de la libertad. Nadie está obligado, nadie puede ser cristiano por decreto. Cada quién responde de su libre albedrío.

Indicabas también que *"encontrará pastos",* es decir, la salvación. Sólo tú, Cristo Jesús, eres quien puede salvarnos. Por nosotros mismo es imposible alcanzar la salvación.

No hay desperdicio en el Evangelio. Todo está concatenado. Según vamos leyendo tu mensaje de salvación vemos el hilo interno que une cada hecho y cada palabra tuya. Si aquí nos hablas del rebaño, y de quién es el verdadero Pastor, y nos hablas de que tú eres al mismo tiempo la puerta para entrar en esa comunidad de salvación que es la Iglesia, en otro momento nos dirás también que tú eres *"el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6), añadiendo: *"Nadie va al Padre sino por mí"* (ídem).

Aquella conversación, y explicación al mismo tiempo con los fariseos, la concluiste con una frase que, además de ser la solución, estaba plena de esperanza: *"El ladrón no entra sino para robar y matar, y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante"* (Jn 10,10).

Cristo Jesús, tú eres el Dios de la Vida. Quieres que participemos de tu Vida, que tengamos la Vida. Ayúdanos a trabajar con ahínco en la necesaria tarea por conseguir que todos los hombres y mujeres del mundo participemos de tu Vida, que es también la nuestra.

40- La vid y los sarmientos

Dijo Jesús: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto". (Jn 15, 1-2)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Esta vez tu charla iba dirigida directamente a tus discípulos. Como era habitual en ti, también a ellos les hablaste en parábolas. Amabas la naturaleza. Disfrutabas paseando por el campo, viendo los sembrados, las viñas. Observabas la belleza de los lirios. Te encantaba el colorido multicolor de las flores. Y te encantaba probar los frutos de los árboles.

Hablando de frutos, es lo que pedías a tus discípulos, que dieran fruto. Y para que entendieran bien, les dijiste: *"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto"* (Jn 15, 1-2).

Acostumbrados como estaban a escuchar de tus labios hablarles del Padre, testigos como eran de ver que pasabas muchas noches en oración con el Padre, a buen seguro que les cayó bien que compararas al Padre con un viñador. Más, que dijeras que el Padre era el viñador. Y sin duda que se llenarían de satisfacción cuando te oyeron decir: *"Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado"* (Jn 15,3). ¡Cómo disfrutaban con tus palabras y con tu presencia! En ti encontraban seguridad, amistad sincera, alguien con quien poder sincerarse, abrir el corazón.

Pero la charla no tenía como finalidad pasar un rato entretenidos. No se trataba simplemente de una tertulia de amigos. De amigos, sí. Pero se trataba de algo más. Tú ibas más allá. Así que les dijiste: *"Permaneced en mí y yo en vosotros"* (Jn 15,4).

¿Había peligro de que el grupo se disolviera? No. ¿Llegaron a pensar esto mismo ellos? Seguramente que tampoco. De modo que añadiste: *"Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí"* (Jn 15,4).

Aludías a la unidad. Permanecer unidos, en las buenas y en las malas. El símil era perfecto. Sarmiento que se separa, que se desgaja de la cepa, se seca. No da fruto. Cristiano sin Cristo, no da fruto. Es un sarmiento seco.

Dar fruto no significa tener éxito. Dar fruto es permanecer, como el sarmiento a la cepa, unido a Cristo. Cuántos grupos surgen de tiempo en tiempo con la etiqueta de cristianos que nada tienen que ver con Cristo.

Tampoco se es cristiano por saberse la Biblia de memoria. La biblia está al alcance de todos. Cualquiera puede tener una biblia y citar pasajes como se pueden citar pasajes de cualquier otro libro, y no pasa nada. Puedo citar pasajes de cualquier libro, de literatura, filosofía, o de lo que sea, y no por eso soy literato o filósofo.

Es necesario que nos planteemos una cuestión muy en serio, como es la siguiente: ¿Estamos dando fruto los cristianos? Si no damos fruto es claro entonces que no somos cristianos. Y en el caso de sí estemos dando frutos, cabe también preguntarse: ¿Qué clase de frutos?

No es ociosa la pregunta. Puede que nuestros frutos no sean buenos, o lo buenos que deberían ser. O que sean como las uvas agraces. Ni buenas al paladar ni buenas para hacer vino.

Entre los frutos buenos están: tratar de construir una sociedad mejor, donde haya armonía, paz, buenas relaciones sociales, ausencia de violencia, respeto a los demás. Y Dios en medio de todos.

41- Llevó la cruz por nosotros

Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". (Lc 9,23)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

En el mundo que nos toca vivir nos encontramos con que todo tiene cara y cruz, como solemos decir de una moneda. Cara y cruz. Hay salud, y hay enfermedad. Hay vida, y hay muerte. Hay placer, y hay sufrimiento. Y así sucesivamente. Como por instinto, tratamos de huir de las enfermedades, evitar el mal. Y no obstante, a veces provocamos el mal. Quizá en un momento que nos coge con el pie cambiado, como suele decirse. Cuando nos damos cuenta de que nos hemos pasado ya es tarde. El mal ya está hecho. De modo que, unas veces el mal lo provocamos nosotros mismos. Otras, el mal viene sin llamarlo ni esperarlo.

Tú mismo, Cristo Jesús, pediste a gritos escapar de la muerte. No era una muerte natural, es cierto. Se trataba de una muerte violenta. A todas luces injusta. En la carta a los Hebreos está escrito: *"Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial"* (Heb. 5,7). ¡A gritos y con lágrimas!

¡Cómo no recordar la noche de Getsemaní! San Lucas lo cuenta así: *"En medio de la angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre"* (Lc. 22,44). Y sin embargo, y a pesar de tu angustia mortal, dijiste al Padre: *"Hágase tu voluntad"* (Mt. 25,39).

¿Quería el Padre tu muerte? ¿No escuchó tus gritos? ¿Puede un padre no compadecerse del sufrimiento de un hijo?

El Evangelio es muy realista cuando describe los hechos. No los oculta. Refleja fidedignamente tu angustia. Y es que, por muy

Dios que fueras, eras también Hombre. Y la angustia, el terror de morir ajusticiado, te dio pánico. La muerte sobrecoge. Y más cuando se es consciente de que a uno le arrebatan la vida, injustamente, y en plena juventud. ¡Cómo no ibas a gritar! Pero al mismo tiempo te sometiste a la voluntad del Padre. ¿Por qué?

Es claro que Dios no quiere el sufrimiento de sus hijos. Dios es un Dios bueno. Entonces, ¿cómo hemos de entender lo que dice la carta a los Romanos de Dios *"entregara a su Hijo a la muerte"?* textualmente dice: *"El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?"* (Rom 8,32).

La respuesta a estas inquietantes preguntas, de si el Padre quiso tu muerte, Cristo Jesús, es que no. Dios no quiso tu muerte. ¿Qué es entonces lo que quiso? Dios te quiso al frente de todos los que sufren por culpa de quienes son causa del sufrimiento ajeno. Tú habías optado por los pobres, por los parias del mundo. Habías denunciado las injusticias, los abusos. Abusos que suelen venir desde quienes ostentan el poder, de mando, político, económico. No aguantabas que mientras unos tenían tanto, otros no tuvieran nada. A la vista estaba el emporio del templo nacional en Jerusalén, del que no quedó, tal como lo vaticinaste, piedra sobre piedra.

Nadie ha constituido a unos por encima de los demás. La ostentación, la riqueza mal habida, es una grave ofensa a la humanidad. Diste la cara y te la partieron. Te colgaron de la cruz. Entonces, y hoy. A fin de cuentas nadie estamos ajenos al devenir de los hechos.

No es, pues, que el Padre quisiera tu muerte. La quisimos los hombres. Te sometiste a la voluntad del Padre porque sabías que el Padre no tenía culpa. La culpa era nuestra. Y a pesar de todo el horror que la muerte te producía, la aceptaste. Y la aceptaste para enseñarnos algo que es fundamental: la solidaridad. No los sacrificios. Ni de animales, ni humanos. La Carta a los Hebreos dice: *"No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios"* (Heb 13,16).

42- Los Bienaventurados

"Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan a vosotros y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5, 11-12).

Cristo Jesús, escucha mi voz:

La Biblia recoge, en el Antiguo Testamento, los Mandamientos de la Ley de Dios. Y, por supuesto, en el Nuevo, las Bienaventuranzas. Cuando nos referimos a éstas, las citamos en femenino, y plural: *Las Bienaventuranzas*. Y es correcto.

Las Bienaventuranzas fueron como tu carta programática. Hay una diferencia entre los Mandamientos promulgados por Moisés, y las Bienaventuranzas que tú nos predicaste. Mientras *los Mandamientos* son de ley natural, es decir, están impresos en la misma Naturaleza, las Bienaventuranzas, por el contrario, son de ley positiva. Es decir, algo que no viene marcado por la Naturaleza sino que se propone, pero van más allá. Superan a los Mandamientos.

Fuiste desgranando las Bienaventuranzas, una a una. Son nueve. La novena dice: *"Bienaventurados seréis vosotros cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros"* (Mt 5, 11-12).

Quizá, más que hablar de Bienaventuranzas, que suena como impersonal, habría que hablar de Bienaventurados. Los Bienaventurados. Es más personal. No se queda en el aire, sino que aterriza. De hecho, están pronunciadas en masculino: *Bienaventurados*. Ahora bien, todas, las nueve Bienaventuranzas, qué importa si las enunciamos en femenino o en masculino, tienen un denominador común: La *felicidad*. Veamos.

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,3). Aquí no hablas de la gente que lo pasa bien, que al no carecer de nada son, supuestamente, felices. Ricos, poderosos, gente religiosa. No. Dices pobres de espíritu. ¿Dónde ves ahí la felicidad? Pues la ves desde la *sensibilidad*. Quien carece de todo, y es consciente de que sólo a Dios puede acudir, porque sólo Dios es lo que le queda, tiene más sensibilidad para captar la realidad. El pobre, y por tanto, no precisamente en sentido material, sino de espíritu, ve la vida como la veías tú.

Cristo Jesús, tú veías la realidad desde los que sufren y lloran; desde los que se afanan por construir un mundo de justicia y de paz; desde los que tienen corazón de niño, es decir, sin malicia, y son limpios de corazón; desde los que son perseguidos por ser buena gente, y por lo mismo, son humillados o masacrados; desde son constructores de paz.

Todo eso hace que se tenga el espíritu más afinado, más sensible. Es como el director de una sinfónica, que sabe perfectamente cuándo el primer violinista ha desafinado, ha dado una nota que no era. O como cuando en un coro parroquial, pongamos por caso, alguien comienza a bajarse. Es porque le falta oído, suele decirse. Ocurre también cuando nos dejamos llevar por la inercia. La inercia, el no auto-exigirnos, nos hace insensiblemente vagos. Suele aplicarse al canto, si una persona se desentona, se baja en la melodía, de ella se dice: tiene oído vago.

El oído vago no va con el espíritu. El pobre de espíritu es el que da la nota exacta, sin desafinarse. Esto se aplica a todas las Bienaventuranzas, comenzando por la primera. Hay que tener muy afinado el espíritu en el diapasón de Dios. Sólo así, dando la nota exacta de Dios, seremos pobres de espíritu, y nuestras lágrimas no son simples lamentaciones. Seremos gente pacífica, y nuestra hambre no será sólo del pan material, sino también del Pan de Dios. Sólo así seremos misericordiosos y limpios de corazón, constructores de una paz que los ahítos de todo no pueden dar. Sólo así alcanzaremos la alegría de haber optado por ti, Cristo Jesús.

43- Los impuestos

Jesús, dándose cuenta de su hipocresía, les dijo: "¿Por qué me tentáis? Traedme un denario, que lo vea" (Mc 12, 15).

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Si un gobierno quiere arruinar a un pueblo, la manera más sencilla para lograrlo es que lo machaque a impuestos. Exactamente eso es lo que hizo Herodes. Si, por el contrario, hubiera repartido mucho dinero al pueblo, el pueblo mueve el dinero de modo casi autómata. Comienza a comprar cosas, las tiendas a su vez tienen que abastecerse. Para eso deben acudir a los productores. Mientras tanto se han construido fábricas, van surgiendo nuevas empresas. En una palabra, la maquinaria, el engranaje industrial se mueve a tope. Y el pueblo no pasa miserias.

Riqueza genera riqueza, y pobreza genera pobreza. Los malos gobernantes generan pobreza. Si para colmo se enriquecen a base de robar a los pobres, apaga y vámonos.

En tu tiempo, Cristo Jesús, los poderosos atormentaban al pueblo a base de impuestos. La riqueza hace amigos de conveniencia. Herodes y el César, se hicieron amigos. Los dos tenían mucho que ganar. Y vaya que si ganaban a base de impuestos.

Y como siempre, donde hay una gota de miel allí acuden las moscas. Había mucho dinero en torno a Herodes, y en torno a él se juntaban los parásitos aprovechados, que por eso son parásitos. De esta riqueza salía beneficiado el templo y sus guardianes, sacerdotes, fariseos, y otros.

La pregunta que te hacen los fariseos y los partidarios de Herodes, estaba hecha con mala uva. *"Maestro, sabemos que eres sincero…"* (Mc 12,14). Malo. Ya el comienzo es sibilino. La adulación. El pasar la mano por el lomo, como decimos

vulgarmente. No hay peor cosa. De entrada, pues, quieren ganarse tu confianza y atención. Concluyen donde querían aterrizar: *"¿Es lícito pagar el impuesto al César o no? ¿Pagamos o no pagamos?"* (Mc 12,12).

La trampa estaba tendida. Si dices que *sí*, es lo mismo que estar de acuerdo con los estafadores y explotadores fiscales. Si dices que *no*, ¡buena la hubieras armado!, te hubieran tachado de inmediato de subversivo.

Una vez más los dejaste con un palmo de narices. Pides una moneda. Sabes perfectamente que la moneda que corre es romana. Los romanos, como dominadores, habían impuesto su moneda y sus leyes. Y la consecuente esclavitud. *"¿De quién es esta cara y esta inscripción?"* (Mc 12,16). Responden: *"Del César"* (Mc 12,16). ¡Ah, vaya! ¡Conque del César! Muy bien, pues si es de él: *"Devolved al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"* (Mc 12,17).

¡Vamos, eso es un k.o en el primer asalto! No supieron qué más decir. *"Y se quedaron admirados"* (Mc 12,17). Con tu respuesta les estabas diciendo claramente, lo captaran o no, que el César te importaba un comino. Que cogiera lo suyo y se fuera por donde había venido. Y al mismo tiempo les dijiste que no tomaran a Dios por un títere. Con Dios no se juega. No se puede estar adorando a Dios y al mismo tiempo explotando a los pobres y humildes. Una religión así no tiene sentido.

No se puede explotar al extranjero, ni dejarse explotar por él. El extranjero ahí era el César, un extranjero explotador, que no explotado. De otro lado, urgía restablecer la honra y el honor debido a Dios.

A Dios se le quita el honor que le es debido cuando explotamos al pobre, al necesitado, cuando en vez de crear fuentes de trabajo, nos guardamos el dinero debajo del colchón, siguiendo el símil que se empleaba hace muchos años. Por eso, Cristo Jesús, ayúdanos a dar a cada quien lo que le corresponde.

44- Maestro bueno

Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios". (Mc 10,18)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

A veces hay expectativas, surgen esperanzas, que luego terminan por defraudar. Es el caso de aquel, parece que se trataba de un joven. Te sale al encuentro. Tiene un corazón de oro, a juzgar por el desarrollo de la conversación. Hay respeto en él. Te dice: *"Maestro bueno, ¿qué haré para heredad la vida eterna?"* (Mc 10,17). Le has escuchado atentamente. Hasta le has mirado con bondad y gratitud. Con cariño, en una palabra. Le respondes: *"¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios" (Mc 10,18).*

Aludes a Dios sin aludirte a ti mismo. No lo hubiera entendido. Nadie lo hubiera entendido. En ti sólo veían la humanidad. Aludes a Dios como si fuera ajeno a ti. Pero ese es otro tema. Viendo que habla con humildad y sinceridad, respondes a su pregunta con la misma llaneza con él ha preguntado. Además, es una buena pregunta. Una pregunta que en el fondo todos nos la hacemos: ¿Me salvaré o me condenaré? Nos importa, y mucho, nuestra salvación.

"Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre" (Mc 10,19). Simplemente le recuerdas los mandamientos. Cumplirlos es suficiente para salvarse. Él, a su vez, responde con una respuesta testimonial que sin duda a más de uno dejaría descolocado. *"Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud"* (Mc 10,20). Ojalá que todos pudiéramos responder lo mismo.

Te quedaste mirándole con cariño. Y con ese cariño, le invitas a dar un paso adelante. Un paso difícil, ciertamente, pero importante y trascendente. *"Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego*

ven y sígueme" (Mc 10,21). Dáselo a los pobres. Sígueme. Aquí la hemos liado. *"A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico"* (Mc 10,22). En superlativo. No simplemente rico. Era *muy* rico. Se fue. No regresó. Nunca más hemos sabido de él. ¡Qué habrá sido de su vida!

Qué pena. Pusiste mucha esperanza en él. Era bueno. Cumplía los Mandamientos. Tenía buen corazón. Le hiciste la invitación mejor que podías hacerle: seguirte. Pero te defraudó. Salió a relucir el tema del dinero y ahí terminó todo.

¿Qué tendrá el dinero, que a tanta gente pervierte? Una cosas está clara: quien pone su confianza en el dinero, no puede seguirte, no es digno de ti.

¿Dónde está nuestro corazón? ¿Está con Dios o con el dinero? No basta, pues, con creer en Dios, con cumplir los Mandamientos, con ser bueno. Hay que ser muy bueno, que se traduce en algo tan sencillo como *seguir a Jesús*.

El dinero atrae, fascina, seduce. Como si el dinero tuviera propiedades mágicas. Pensamos en el dinero como si con él pudiéramos comprar la felicidad. Con el dinero podemos comprar, o conseguir, poder, fama, negocios. Todo. Todo menos la felicidad. Todo menos a Dios. A Dios no lo compramos con dinero.

Ya nos lo recordó Job: *"Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá"* (Job 1,21). Nada nos vamos a llevar al otro barrio. Y tú mismo, Cristo Jesús, nos lo has recordado con absoluta claridad: *"¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?"* (Mc 8,36).

Otra aplicación podemos sacar de este pasaje: No es con el dinero cómo vamos a evangelizar, ni salvar al mundo. *"No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias…"* (Lc 10,4). Nos basta tu Palabra. Nos bastas tú, Cristo Jesús.

Ayúdanos, Cristo Jesús, a desprendernos de tanto lastre.

45- Misión cumplida

Dijo Jesús: "Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra". (Jn 17, 4-6)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Las víctimas no terminan en fracaso. La muerte no es su final. Las víctimas de este mundo terminan en Vida. En la Vida. Las víctimas, al final, triunfan. Terminan en Dios.

A los ojos del mundo han fracasado. Pero no ante Dios. Por eso, bien pudiste decir: "*Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar"* (Jn 17,4). ¿Por qué pudiste hacer tal afirmación? Porque ibas a ser glorificado. E ibas a ser glorificado porque la Víctima por excelencia eras tú.

Habías asumido el dolor del mundo. El dolor de las víctimas, de todas las víctimas, de este mundo. Tú eras la Víctima verdadera, síntesis y culminación de todas las demás.

Sabías que había llegado tu *Hora*. Tuya y de todos tus hermanos, hombres y mujeres, que sufren. Pero, curiosamente, tu *Hora* no era la muerte, tan próxima.

Cuando una persona está para morir, solemos decir: ha llegado su hora. No era éste tu caso. No se trataba de la hora de tu muerte, sino la de tu *Triunfo* , la de tu glorificación. Triunfo sobre el pecado y la misma muerte.

Era la *Hora* de tu glorificación. Porque tú, Cristo Jesús, eres el primogénito de la Vida. El primogénito de los que triunfan sobre todas las injusticias del mundo. Primogénito de los que mueren y de los que resucitan.

Tu glorificación no fue cuestión de un éxito pasajero, temporal, sino la culminación de una misión bien realizada. La que el Padre te encomendó. El Padre te mandó al mundo para salvarnos. Hiciste bien la labor. Con razón puedes decirle: *"Padre, te he glorificado sobre la tierra"* (Jn 17,4). Misión cumplida.

Efectivamente, misión cumplida. Es justo, pues, que le digas al Padre: *"Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti"* (Jn 17,1). Es cierto que no sabemos si este discurso que recoge san Juan, lo pronunciaste tal cual, o si, por el contrario, se trata de una plegaria teológica que sintetiza toda una cristología. Cabalmente, la que manejaba la comunidad de los discípulos de tu apóstol predilecto, el evangelista san Juan.

Cualquiera sea la interpretación que pueda darse a este pasaje, eras muy consciente de que no estabas solo. Eras el primero. Y el que representaba a otros muchos hermanos. Todos hijos del mismo Padre Dios. Tú el Unigénito de Dios. De acuerdo. Pero junto a ti, un sinfín de hijos adoptivos, y muy queridos también del Padre.

Lo sabes, y de esta forma le dices al Padre: *"Tuyos eran, tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra"* (Jn 17,6). Han sido fieles, han perseverado. No se han desviado, sino que *"han guardado tu palabra".* Justo es, pues, que ellos estén contigo, porque son parte de ti. Y en tu oración sacerdotal ruegas por ellos.

Haces una distinción precisa. Señalas a los que son y a los que no son. Separas los que te han seguido, de los que no han querido saber nada contigo: *"Te ruego por ellos, no te ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos".* (Jn 17,9).

Ese mundo no es el cosmos, el universo, ni tan siquiera esa mínima parte del mundo, el pequeño país donde trascurrió tu vida terrenal. Se trata del mundo del pecado. *"En ellos he sido glorificado"* (Jn 17,10). También en ellos y con ellos eres glorificado.

Cristo Jesús, danos la gracia de ser glorificados en ti.

46- Mundanidad contra Cristiandad

Dijo Jesús: "Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Su fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo". (Jn 15, 18-19)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

La lógica del mundo no es tu lógica. Los afanes del mundo no son tus afanes. El lenguaje del mundo es agresivo, tu lenguaje es de amor. El mundo busca conquistar bienes materiales, honra, prestigio, poder. Tú ofreces una cruz. El mundo y tú, Cristo Jesús, sois las antípodas. ¿Por qué?

Les dijiste a los apóstoles, y en ellos a todos nosotros, que la señal de identificación como seguidores tuyos era el amor. Entendieron muy bien el mensaje, y se esforzaron por llevarlo a la práctica. La gente quedaba admirada. Eran un ejemplo a seguir. ¿Qué hacían? *"Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado"* (Hch 2,42-43).

No podía ser de otro modo. Les habías prometido enviarles el Espíritu Santo: *"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos"* (Hch 1,8). Y con la asistencia del Espíritu Santo fueron testigos fidedignos del Evangelio.

Sólo el amor puede transformar el mundo. Nunca la violencia. Pero amor y odio, guerra y paz, fe e increencia, trigo y cizaña, crecen juntos. Lo habías dicho en la preciosa parábola del trigo y la cizaña. Cuando los jornaleros ven que en la finca ha crecido cizaña a la par del trigo, dicen al amo que la van a arrancar. El amo contesta que no. Porque hay peligro de arrancar, sin querer, también el trigo. Calma, que todo tiene su momento. *"Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los*

segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; y el trigo guardadlo en mi granero" (Mt 13,30).

Hay un antagonismo total entre el bien y el mal. El mundo tiene y es por lo que se guía, el llamado *orden establecido*. En ese orden establecido, o sistemático, entran en juego muchos intereses creados, como la economía, la política, la cultura laica y antirreligiosa. Es natural entonces que este orden de cosas no concuerde, e incluso choque frontalmente, contra otro modo de ver las cosas y de actuar. El bien molesta al mal. ¿Por qué? Porque el bien se convierte, automáticamente, en conciencia delatora del mal. Honradez y maldad se contradicen. El agua y el aceite no se mezclan, son incompatibles.

Así las cosas, era natural que pronto comenzaran las persecuciones a los cristianos. Por el hecho de serlo, se constituían, aun sin pretenderlo, en conciencia acusadora contra una sociedad descreída. Los cristianos trataban de vivir como tú, Cristo Jesús, les habías indicado. Por lo mismo, son considerados antisistema, peligro social. Cuando es todo lo contrario.

La moral y la ética cristianas son un peligro para el *orden establecido*. Y sin embargo, si nos esforzáramos todos por seguir la ley de Dios, y vivir el Evangelio de Jesús, ¿estaría el mundo como está? ¿Habría esta violencia, despiadada y satánica, como la vemos a diario?

Es cierto que un mundo ideal no existe. El bien aséptico no existe. La naturaleza humana está dañada interiormente casi desde sus comienzos. Es cierto. Pero de ahí a los extremos de violencia desatada, hay un abismo. Y lo peor, que hemos perdido hasta el mínimo de sensibilidad que se requiere en un ser humano.

Cristo Jesús, ayúdanos a tener un poco más de sensibilidad y humanidad. Que no nos dejemos arrastrar por el pecado satánico de la violencia. Que donde hay odio, pongamos amor.

47- Nacer de nuevo

Jesús le respondió: "Te aseguro: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios". (Jn 3,3)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Uno de los pasajes más hermosos del Evangelio es la entrevista que mantuviste con Nicodemo. Hombre culto, preparado, religioso, de nobles y buenos sentimientos, tenía el mismo problema que toda persona que tenga dos dedos de frente. Le preocupaba, ¡y a quién no!, su salvación.

No se sabe si en cuanto a su vida espiritual sufría de algún escrúpulo. Pero que tenía sensibilidad espiritual, no hay duda. Y como buen judío, creyente y practicante, quiere saber con exactitud qué medios debe poner y practicar para asegurar la salvación.

Era hombre preparado. Pero se dio cuenta de que, en cuestiones del espíritu, tú le dabas vuelta y media. Y acude a ti, Cristo Jesús. Ha visto los signos que haces y se ha convencido de que el único que puede dar respuesta a sus inquietudes eres tú. En un primer momento queda sorprendido y descolocado ante tu respuesta. Le dices que tiene que volver a nacer. *"El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios"* (Jn 3,3).

Sigue descolocado, y pregunta: *"¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?* (Jn 3,4).

Nacer de nuevo significa ser una persona distinta. Sin quedarse en deseos de tipo nostálgico, como cuando decimos: *si yo volviera a nacer…* ¡Pues nace, a tiempo estás!

¡Qué buenos seríamos si volviéramos a nacer! Eso pensamos. Eso decimos. Sin darnos cuenta de que esos deseos insatisfechos sí pueden ser satisfechos. ¿Cómo? Pues poniéndonos en la piel de

Nicodemo. Actuar como actuó él. Acudir a ti, Cristo Jesús, como acudió él. Es cuestión de voluntad, de decisión. Y de fe.

Tú le invitaste a cambiar. ¿Y qué iba a cambiar, si era hombre bueno? Pero no basta ser bueno. Hasta nos podemos acostumbrar a ser buenos. Hay gente que pensando en cambiar, y para cambiar, lo que hacen es cambiar de religión. Católicos que para cambiar se pasan a las sectas. Error.

Tú, Cristo Jesús, no invitaste a Nicodemo a dejar su religión, sus creencias, o su cultura judía. Nada de eso. Le invitaste a ser hombre de *espíritu*. Cuántas veces nos atrincheramos en la periferia, en lo externo de las cosas. La primera de esas cosas puede ser, y muchas veces lo es, la misma religión. Cumplidores de ritos, ceremonias y devociones, nos quedamos en una religión popular que no penetra más allá de la piel. No llega al espíritu y por eso no cambiamos.

Incluso puede ocurrir que nunca nos hayamos hecho la pregunta que se planteó Nicodemo: ¿qué hace para salvarme? Porque es claro que con los cuatro rezos rutinarios no basta.

Sólo un hombre, varón o mujer, de espíritu, es libre. Igual que el viento, que va donde quiere. Es el símil que empleas con Nicodemo: *"No te extrañes de que te haya dicho que hay que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va"* (Jn 3,7-8).

Ser libre es lo contrario de ser esclavo. Podemos ser esclavos de muchas cosas, tanto de orden material como espiritual: bienes materiales, o pasiones que van en contra del espíritu. A veces podemos pensar que con hacer lo que nos da la gana somos libres. Nada más lejos de la libertad.

La libertad brota del espíritu. Y del espíritu, tal como quieres tú, Cristo Jesús, nace todo lo que proviene de Dios, comenzando por el amor y la misericordia. Por eso hay que volver a nacer.

48- No matarás

Jesús dijo a sus discípulos: "Os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antepasados: 'No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal'". (Mt 5,20)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Está inscrito en la conciencia universal de la humanidad y en la de cada uno en particular: no matarás. Pero la muerte violenta entró en el mundo desde el asesinato perpetrado por Caín contra su hermano Abel.

"Caín dijo a su hermano Abel: vamos al campo. Y cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató" (Gén 4,8). Así, a sangre fría. Caín mató a su hermano Abel. Fue la muerte símbolo, y puerta a su vez, de todas las muertes violentas que se producen en el mundo.

Cristo Jesús, condenaste ésta y todas las muertes violentas. De hecho, estaban condenadas por el quinto mandamiento de la Ley de Dios. Tú fuiste muy explícito, y fuiste aún más lejos: *"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano, será procesado"* (Mt 5,21-22).

No condenabas sólo la muerte violenta. Condenabas también la enemistad entre hermanos. Y en ti la palabra hermano tenía un sentido muy amplio. No sólo el hermano carnal, también el prójimo en general. Porque todos somos hermanos. Dios es el mismo para todos. Padre de todos.

Y tanto énfasis dabas condenando todo tipo de violencia que, en realidad, nos estás diciendo, una vez más, que para llegar a Dios primero hemos de acudir a nuestro hermano. En paz y armonía. Nuestra relación con Dios pasa primero por el hermano.

Esto nos lleva a un serio examen de conciencia. A una pregunta que urge dar respuesta: ¿Qué queda de todo esto que nos dices en el Evangelio, Cristo Jesús, en nuestra sociedad actual, comenzando por la cristiana? Pregunta que congela la sangre. Porque muchos de los que matan son cristianos. Hay muertes en guerra. Hay muertes de las mal llamadas muerte de género. Muchos hogares destruidos por la violencia. Machista y feminista. Hay muertes, a miles, sobre criaturas indefensas cuando están todavía gestándose en el seno materno.

Hemos caído en el sin sentido de compatibilizar la fe con nuestras violencias, resentimientos, intolerancia y muerte violenta. Comulgamos entonces con ruedas de molino.

Nos recuerdas que cuando tenemos algo pendiente con nuestros hermanos, si en ese momento se nos ocurre ir a presentar una ofrenda ante el altar, valdría también traducir hoy por el ir a misa, y sabemos que tenemos una seria enemistad con alguien, vayamos primero a reconciliarnos. Y entonces sí, entonces podremos ir a misa, y a procesiones y rezos. No antes.

"Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda" (Mt 5,23-24).

No dices si el hermano me ha ofendido, sino si él tiene quejas. Lo que significa que el ofensor soy yo, nosotros. De otro modo, aquel no tendría quejas contra mí.

En el Antiguo Testamento hay palabras muy fuertes. Por ejemplo, en Oseas se dice: *"Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos"* (Os 6,6). En Proverbios: *"El señor detesta el sacrificio del malvado"* (Prov 15,8).

Tú, Cristo Jesús, que nos dijiste que nos amáramos, y que estuviéramos unidos, no puedes estar donde hay odio, violencia y muerte. Líbranos, pues, te pedimos, de estas plagas.

49- No peques más

Jesús le dijo: "Vete, y en adelante no peques más". (Jn 8,11)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Una cosa es el pecado y otra es el delito. No todo pecado es delito. Pecado es todo quebrantamiento de la ley de Dios. El delito lo marcan, sobre el quebrantamiento de determinadas leyes, los tribunales.

En el pasaje que presenta el evangelio de san Juan, donde una mujer ha sido sorprendida en adulterio, te la traen para ver qué sentencia le das tú. Quieren, en primer lugar, y sobre todo, probarte. Quieren indagar sobre tus conocimientos de las normas marcadas en el Antiguo Testamento. Y quieren saber tu decisión. En realidad han juntado dos cosas: la sentencia que, amparados en la Biblia, de hecho y de antemano, ya han dado a la mujer. La otra cosa, es ponerte una trampa.

Vamos por partes. Te dicen que ha sido sorprendida en adulterio. No es improbable. Pero cabe también la duda, porque esas cosas suelen acontecer muy en secreto. Pero en fin. Además, tampoco aparece el marido ofendido, que por lo mismo, debería ser el primer acusador, por ofendido. Ni el que con ella ha pecado.

Pero bueno, dejemos las cosas estar como las relata el Evangelio. *"Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú ¿qué dices?"* (Jn 8,4-5).

A continuación añade el Evangelio: *"Le preguntaron esto para comprometerlo y poder acusarlo"* (Jn 8,6). Es decir, lo que menos les importaba era el caso, o el pecado, de la mujer adúltera. Ellos llevaba segundas intenciones: probarte, Cristo Jesús.

No les importaba el pecado de la mujer. Pecado del que ellos mismos, los acusadores, no estaban libres a tenor de lo que sigue a continuación en el Evangelio.

Te inclinaste, te pusiste a garabatear algo en el suelo, sin hacerles el menor caso. Crecía su nerviosismo. Insisten. Entonces te levantas y con pasmosa serenidad, y como si estuvieras de acuerdo en apedrearla, les invitas a hacer el saque de honor, que consiste en lanzar la primera piedra. Todo un honor. ¡Veamos a quién corresponde tal honor!

Es entonces cuando pronuncias la sentencia más famosa de todos los tiempos. ¡Ahí va el saque de honor!: *"El que esté sin pecado, que arroje la primera piedra"* (Jn 8,7). Ni la primera ni la última. ¡Qué frustración! No hubo saque de honor. *"Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último"* (Jn 8,9). Fueron por lana y salieron trasquilados.

Esta página del Evangelio es como un espejo. Refleja toda la hipocresía que tenemos y usamos los humanos. ¡Qué buenos somos para ver el pecado en los demás, y no verlo en nosotros!

La pobre mujer, ese día volvió a nacer. Por ellos hace tiempo que estaría criando malvas. Pero tú, Cristo Jesús, no la condenaste. Con lo cual, además de tu misericordia, podemos sacar otras conclusiones. El libro del Levítico, ya que ellos vienen con el cuento de que si Moisés mandó o dejó de mandar apedrear a las adúlteras, dice: *"Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera"* (Lev 20,10). Igualmente el Deuteronomio dice: *"Si sorprenden a uno acostado con una mujer casada, los dos deben morir: el que se acostó con ella y la mujer"* (Dt 22,22).

¿Dónde estaba el adúltero? Si tan *in fraganti* la habían pescado, dónde estaba él? ¿Se trata de una parodia que han montado para burlarse de ti? Pues se han pillado los dedos.

Cristo Jesús, sálvanos de la hipocresía y de todo pecado.

50- No temáis, que soy yo

Jesús les habló, diciéndoles: "¡Animo!, que soy yo, no temáis". (Mc 6,50)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Les habías dado de comer. No fue en un restaurante de lujo. No había que de ir de corbata. Como en un picnic, fue al aire libre. Sin etiquetas. En la más franca camaradería. Además, por como lo presenta el evangelio, debió ser plato único: pan y pescado. Pero tan sabroso debió estar que comieron hasta hartarse. Y aún sobró.

Una vez comidos, los despediste. Hasta otro día. Que además de oír sermones, hay que ocuparse en la faena del campo, o en los deberes familiares. Los despediste. A todos, incluidos los apóstoles. Tú te quedaste a orar, a meditar. A solas. Necesitabas recogimiento, concentración.

Pero qué ocurrencias tienes, Cristo Jesús, para ir a medianoche al encuentro de tus apóstoles. Y encima, caminando sobre el lago.

¡Cómo no se iban a asustar! Ver a medianoche a alguien caminando sobre el lago no es lo normal. Eso parece de ciencia ficción. Pero no era de ciencia ficción. Eras tú, en persona.

Al grito, por miedo, de los apóstoles, respondes: *"¡Animo!, que soy yo, no temáis" (Mc 6,50).* ¿Y quién iba a ser, si no? Los fantasmas no existen, a no ser en nuestra imaginación. ¿En qué irían pensando para no reconocerte? ¿Qué sueños de grandeza se estarían imaginando tras haber sido testigos del banquete que les diste en pleno despoblado?

La gente quería hacerte rey. *"Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo"* (Jn 6,15). Posiblemente, de esta decisión de la gente, participaran también los apóstoles. Entonces, si al jefe lo hacen rey, nosotros seremos los primeros ministros del gobierno. Sueños de

grandeza. Es decir, todo lo contrario de lo que tú, Cristo Jesús, pensabas. Po eso los despediste y te fuiste a orar. *"Después que se saciaron los cinco mil hombres, Jesús enseguida apremió a los discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran hacia la orilla de Betsaida mientras él despedía a la gente"* (Mc 6,45).

Apremiar es incitar, acelerar. Que se fueran cuanto antes. Te resultaba más fácil despedir a cinco mil hombres que a un puñado de discípulos. ¿Por qué? La gente era más dócil. Los discípulos, según iban viendo los acontecimientos, iban tomando posiciones. Pensaban en escalar puestos. Mentalidad política, a todas las luces. *"Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino uno a tu derecha y el otro a tu izquierda"* (Mt 20,21). Quien tal petición te hace es la madre de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo. Algo habrían hablado en familia cuando sus planes son ya abiertamente de estrategia política. ¡Hala…! ¡Toda la familia a chupar del bote! Política al canto, futuro asegurado. Sueños son quimeras.

Pero tú los bajaste pronto del pedestal al que se habían subido por su cuenta y riesgo. La tentación del poder engaña. El poder por el poder, no convierte a nadie en persona culta, humilde o servicial. Más bien todo lo contrario. Cada quien es lo que es.

Tú buscabas gente para hacer el bien, no para mandar. *"El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor"* (Mt 20,26). Les costó entender tu mentalidad. Los planes de ellos, de los discípulos, eran muy distintos.

Ellos soñaban con grandezas. Tú, en cambio, despojado de toda apetencia terrenal, te imbuías de una fuerte espiritualidad, a través de la oración y el servicio a los demás.

¡Cómo no iban a gritar de miedo cuando, de pronto, todas las quimeras y sueños de grandeza les explotaron de golpe desvaneciéndose en su cabeza! Y gritaron de miedo. Con tu presencia, los hiciste volver a la realidad. Su grandeza consistía en ser pescadores de hombres. Les dijiste: *"¡No temáis, que soy yo!".*

51- Obras grandes

Jesús dijo: "Os lo aseguro: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". (Jn 14, 12-13)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

¿Quién no tiene interés por saber cómo es Dios? Sabías de sobra que los apóstoles no te conocían de verdad. De hecho, cuando les anuncias que ha llegado la hora de marcharte porque te vas al Padre, se quedan muy pensativos. Pero si no te conocen a ti, ¿cómo van a conocer al Padre? Parece lógico, por consiguiente, que uno de los apóstoles, Felipe, te diga, candorosa pero abiertamente: *"Señor, muéstranos al Padre y nos basta"* (Jn 14,8).

Les has dicho que saben el camino. Interviene Tomás y arguye que no, que no saben el camino, porque tampoco saben a dónde vas: *"¡Cómo podemos saber el camino!"* (Jn 14,5). *"Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14,6), es tu respuesta. Los has dejado boquiabiertos. Y te diriges directamente a Felipe: *"Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre"* (Jn 14,9). Les dices que crean en ti. *"Si no, creed a la obras"* (Jn 14,11). Además, les lanzas un reto: *"El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y aún mayores"* (Jn 14,12).

Cristo Jesús, se te nota un tanto decepcionado, casi enfadado. Después de tanto tiempo de estar juntos, de tanto explicarles las cosas en particular, que si quieres. Está visto que no han sido discípulos aventajados. *"Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado"* (Mc 4,34). Más claro, agua. Se ve que andaban distraídos. Alumnos poco atentos.

Eres la imagen del Padre. No te diriges a Dios con la palabra Dios. Resulta un tanto abstracta. En cambio, el vocablo Padre resulta cercano, atrayente, familiar. Palabra cargada de ternura.

Claro, en ti veían un simple hombre, como ellos. Felipe, y los demás apóstoles, no había sido capaz de ver en ti más allá del hombre. No habían caído en la cuenta, ni Felipe, ni Tomás, ni los demás, que viéndote a ti estaban viendo a Dios.

Es cierto, en descargo de ellos, que aunque te identificabas con Dios, *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30), nunca dijiste abiertamente que tú eras Dios. Lógico, pues, su despiste. Por otra parte, la idea que tenían de Dios era el Dios que presenta en general el Antiguo Testamento. Un Dios potente, guerrero, infinito, absoluto. El Dios fulminante del Sinaí. Truenos y centellas. Un Dios, en definitiva, que infundía temor, cuando no miedo.

En ti veían mansedumbre, cercanía, bondad. Te pasabas el día haciendo el bien. Curando los males del cuerpo y del alma. Ni por asomo se les ocurrió hacer una comparación. Y es que, el Antiguo Testamento no había descubierto a Dios como Padre. Posiblemente porque, aunque se sentían Pueblo de Dios, y a Dios lo sentían como su Dios, no habían caído en la cuenta que eran imagen de Dios. Por el contrario, habían convertido a Dios a imagen de ellos. Y sus pasiones, y sus venganzas, y sus cóleras, y su afán guerrero, se lo habían colgado a Dios. De este modo, Dios resultaba un Dios temible. Enormemente parecido a los humanos, pero en lo negativo. Un Dios vencedor en las batallas, sí; pero un Dios lejano, en definitiva.

Tú, en cambio, Cristo Jesús, siempre cercano, cariñoso, que compartes con ellos, y con nosotros, techo y comida. Si no somos capaces de entender tu cercanía, tu campechanía, andaremos más despistados que Felipe, Tomás, y compañía limitada.

Ayúdanos, pues, a comprender que eres el Dios-con-nosotros. El Enmanuel. Cercano y amigo.

52- Os haré pescadores de hombres

Dijo Jesús: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres". (Mc 1,17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Pescadores eran y pescadores continuaron siendo. Primero en el lago local de Galilea. Luego en el universal lago del mundo, donde otros peces con ideas propias necesitaban, y necesitamos, orientar su vida. Para eso se necesita un verdadero encuentro contigo.

Tú facilitaste el encuentro. Tú facilitaste que fuéramos atrapados en la red para poder encontrarnos contigo en el camino de la vida y facilitar nuestra salvación.

"Os haré pescadores de hombres" (Mc 1,17). Y de la pesca en frágiles barcas, pasaron a lanzar las redes de la evangelización por todo el mundo. Y la metáfora de ser pescadores de hombres se convierte en vocación, realidad de cumplimiento, y gozo de éxito en el deber cumplido.

Contigo, Cristo Jesús, termina una etapa en el devenir religioso de la humanidad, y empieza otra etapa. Termina el Antiguo Testamento y comienza el Nuevo. Se ha cumplido el tiempo de las promesas. Ha llegado el tiempo de dar entrada a su cumplimiento. Anuncias, en consecuencia, que ha llegado el Reino de Dios. *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15).

Ahora pides conversión y fe. No hablas simplemente de Dios. Eso resulta muy abstracto. Hablas del Reino de Dios. Y esto sí que suena a realidad muy cercana y presente.

El Reino de Dios nos involucra a todos. Y por lo mismo, nos exige un cambio de mentalidad y de vida. Conversión. Tu presencia en medio de nosotros es presencia del Reino de Dios. Dios con nosotros. No estamos subiendo a una montaña para divisar el horizonte. Estamos ya arriba de la montaña desde donde vemos a

toda la humanidad acampada, congregada, como un inmenso rebaño, en torno a un único Pastor.

Una humanidad sedienta de recibir el agua de la Vida. Una humanidad agobiada por los diarios desencuentros, cansada, enferma, que ha encontrado al Médico que cura toda dolencia del alma y del cuerpo.

Entendemos de este modo por qué el Evangelio es Buena Noticia. Porque tú, Cristo Jesús, has llegado, estás en medio de nosotros. Y de tal modo nos asocias a ti que formamos un solo cuerpo. *"Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo"* (1Cor 12,13). Un solo Pueblo. Una sola Familia.

A los apóstoles los invitaste a seguirte: *"Venid en pos de mí"* (Mc 1,17), para continuar siendo pescadores, pero en otra línea y dimensión transcendente. Ellos te siguieron y nosotros te seguimos. Te siguieron. Quizá de modo un tanto romántico en un primer momento. No pensaron que lo dejaban todo, No pensaron en el día de mañana. Simplemente, te siguieron. Más tarde fueron cambiando. Comenzaron a ver las cosas de otra manera. Comenzaron a preocuparse por la familia, por el día de mañana, por tantas cosas. *"Entonces dijo Pedro a Jesús: Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?"* (Mt 19,27).

Buena pregunta la de Pedro. Y sin embargo, con Jesús no nos falta nada. Tu respuesta, Cristo Jesús, no exenta de ironía, tranquiliza a Pedro. *"Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna"* (Mt 19,29).

Elegiste gente sencilla, precisamente porque les ibas a encomendar una inconmensurable tarea. Te fiaste de ellos. No te defraudaron. Fueron buenos pescadores de hombres. Ayúdanos a nosotros también a seguir su ejemplo.

53- Os he dado ejemplo

Les dijo Jesús: Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. (Jn 13, 13-15)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Leyendo el Evangelio, además de empaparse de vida y humanismo, y de encontrar sentido a la vida y para la vida, uno aprende también otras cosas. Por ejemplo, que tú fuiste un buen gestor. Tus tiempos eran otros. Todo ha cambiado. Hoy hay grandes empresas. Están las multinacionales. En fin, un mundo en constante movimiento. Para que todo funcione bien es necesario que al frente de las distintas empresas haya gente capaz, buenos gestores.

Tú fuiste un buen gestor. Organizaste muy bien la comunidad cristiana, principio de la naciente Iglesia. Organizaste la sociedad y la convivencia entre las gentes desde la clave del amor fraterno y universal. En fin, nos diste las claves con el ejemplo personal de tu vida. Otra es si hemos, a continuación, seguido tus gestos e indicaciones.

Pero no hiciste las cosas desde una oficina de mando, o desde un organigrama sociológicamente bien estructurado y montado. No. Sino que lo hiciste desde la base del ejemplo personal, consistente en la humildad y la servicialidad.

Fue antes de la fiesta de Pascua. Sabías que había llegado tu hora de pasar de esta vida al Padre. Reuniste a los apóstoles. Una cena de amigos, pero que era también de despedida. De pronto, se te ocurre algo que deja atónitos a tus amigos. Te pones a lavarles los pies. Eso era tarea propia de los esclavos. Hubo quien se negó a que le lavaras los pies. Fue Pedro. Tenía la cabeza sobre los hombros. Hombre sensato, sabía guardar las distancias. Sabía

distinguir entre amo y criado. Te dice: *"Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? No me lavarás los pies jamás"* (Jn 13,6-8).

Ante la amenaza que le lanzas de perder tu amistad, accede. Se deja lavar los pies, bien que a regañadientes. Y de los hechos, pasas a la lección que deben aprender: *Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.* (Jn 13, 13-15).

Fue una lección práctica. Nada de enunciados teóricos. Les lavaste los pies físicamente. Pero bien entendieron que con ese gesto estabas yendo más lejos. Los pies pasaban a ser el signo de humildad con el que debían, y debemos, andar por la vida.

En la vida hay muchas más cosas que lavar, no sólo los pies. Están las heridas del alma. Las heridas de la incomprensión. Las heridas de la injusticia, de la falta de honradez, de la convivencia desajustada. Hay tantas heridas, hay tantos pies que lavar.

Ejemplo de humildad y de servicialidad. La mejor fórmula desde el mejor gestor. Válida para todos los tiempos. "Lo que yo he hecho con vosotros es para que también vosotros lo hagáis" (Jn 13,15).

No es fácil ser humilde ni servicial. Se necesita mucho amor, sin el cual, todo lo demás no funciona. Por eso, en la base y centro de todo, y condición indispensable para seguirte y ser cristiano, pusiste el Amor. *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros"* (Jn 13,34-35).

Cuando las cosas no marchan bien, es señal de que no hemos cumplido. De que no hemos "lavado los pies". Ayúdanos, Cristo Jesús, a seguir tu ejemplo de humildad y servicialidad.

54- Ovejas golpeadas

Jesús dijo: "Tengo también otras ovejas, que no son de este redil; también a ésas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor". (Jn 10,16)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Tu queja, o lamento, se debe a que siendo tú el Buen y único Pastor, ves que hay ovejas que se han quedado fuera del aprisco. Fuera de la salvación. No han oído tu voz. O han preferido otras voces. Por eso exclamas: *"Tengo también otras ovejas, que no son de este redil"* (Jn 10,16).

Viniste a implantar el Reinado de Dios. Se trataba de derrotar al maligno. De poner las cosas en su sitio. De dar sentido a la vida. De sacar a la gente de la opresión en que vive por culpa del pecado, alias *el maligno*. Porque no hay mal peor que el pecado. Pero el pecado es sibilino. Se cuela con apariencias de bien y de bienestar. Sabe vender bien la mercancía. De ese modo, mucha gente vive, en apariencia, bien. Parece ser que se vive mejor tumbado en la poltrona del pecado. La realidad resulta luego ser muy distinta.

"También a ésas las tengo que conducir y escucharán mi voz" (Jn 10,16). Y escucharán tu voz. Sí, Cristo Jesús, escucharán tu voz. Tu voz se oye dentro y fuera de la majada.

Ojalá que quienes hemos tenido la suerte inmerecida de pertenecer a tu rebaño no nos volvamos sordo a tu voz. Y ojalá que quienes aún no la han oído, o se han hecho los desentendidos, recapaciten y entren a formar parte de tu rebaño.

Este rebaño tiene un nombre: la Iglesia. En ella has puesto un lugarteniente tuyo: el apóstol Pedro. Tú le pusiste ese nombre pétreo. Piedra. Quiere decir que, como la piedra, tiene consistencia. Porque Pedro no está solo. El Pastor eres tú. Y tú lo vas guiando. A él y todos nosotros, tus ovejas.

Resulta idílico y precioso el símbolo que has empleado. Ya en el Antiguo Testamento se empleó. *"El Señor es mi Pastor"* (Sal 23). Sólo Dios. El pueblo lo captó muy bien. Lo mismo los profetas. Sólo Dios. Porque hubo falsos pastores, que no supieron guiar al pueblo. Reyes que no dieron la talla. Con una total falta de ética, se aprovecharon del pueblo. Se enriquecieron a costa del pueblo. Los profetas los denunciaron, por ser pastores infieles.

Cuando tú, Cristo Jesús, te presentas como el Buen Pastor, no es en realidad porque haya pastores malos. Sino peor. Son mercenarios. No les interesa el rebaño. No buscan la oveja descarriada, o enferma, o necesitada. Se buscan a sí mismos. Se aprovechan del rebaño.

Cuando en la actualidad asistimos al bochornoso espectáculo de ver que hay mercenarios dentro del mismo clero cualificado, nos quedamos aturdidos y, con razón, escandalizados. Y nos duele la imagen negativa que dan de la Iglesia.

Cabe preguntarse: estos mercenarios, ¿entraron en la Iglesia con rectas intenciones? ¿O fueron infiltrados? ¿Buscaban servir, o ser servidos? ¿Qué buscaban?

Ciertamente, es la conclusión, no les importaban las ovejas que tenían que apacentar en tu nombre. Han hecho, siguen haciendo, estragos. Convertidos en piedra de escándalo, son lobos rapaces que se comen a las ovejas; o las dispersan con sus ejemplos nefastos.

Menos mal que, a pesar de todo, nadie podrá con tu rebaño. *"Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará"* (Mt 16,18). Pero mientras tanto, hay muchas ovejas que quedan lisiadas. Ven truncada su alegría de pertenecer a tu rebaño. Su fe queda debilitada.

Por eso, Cristo Jesús, queremos pedirte por las ovejas fieles, y por las que han sucumbido por el pecado de los pastores indignos.

55- Paz a esta casa

En la casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa." (Lc 10,5)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Querías a la gente en acción. Así que, convocaste a los discípulos. Setenta y dos. Y los mandaste de dos en dos. De dos en dos. Por lo menos tendrían con quién hablar, aunque no fuera más que entre ellos. Buen modo de no aburrirse, como puede ocurrir si va uno solo de camino. También podrían planear su estrategia. Cómo presentarse, qué decir. Yendo dos, se apoyarían mutuamente. Salieron y se repartieron por las aldeas.

¿Razón del envío? Les dijiste por qué los enviabas *"La mies es abundante y los obreros pocos"* (Lc 10,2). Urgía la tarea. Tarea, por lo demás, ingente. La mies estaba en sazón. La gente, hambrienta de la Palabra. Y todos necesitados de salvación. Así que se pusieron en camino.

Eso sí, les advertiste que el trabajo estaba difícil, complicado. Peligroso, incluso. *"Mirad que os mando como corderos en medio de lobos"* (Lc 10,4). Así de claro. Que vieran que no los engañabas. Que la tarea era ardua. El que no tuviera agallas, que no fuera. Todos fueron. Ninguno se echó atrás.

También les dijiste que su presencia era de paz. Lo mismo que su mensaje. No iban de turismo. Llevaban una misión seria. Importante. Pero todo bajo el signo de la paz. *"Cuando entréis en una casa, decid primero: ¡Paz a esta casa!"* (Lc 10,5).

Otra cosa importante que les recalcaste, Cristo Jesús, es que fueran con humildad. De tal manera que no anduvieran fisgoneándolo todo. *"Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el obrero merece su salario"* (Lc 10,7). No iban cobrando un sueldo. Pero la comida la necesitaban. Un misionero muerto de hambre poco o nada puede hacer. Era

justo. No era mucho pedir un plato de comida. No se trataba de un trueque, pero ellos a cambio daban mucho más. Consigo llevaban la paz. Y algo más. *"Curad a los enfermos que haya, y decidles: El Reino de Dios ha llegado a vosotros"* (Lc 10,9).

A ti, Cristo Jesús, al enviar a los discípulos, no te preocupaba la exposición, más o menos ortodoxa, que pudieran hacer de tu doctrina. Sí un cierto orden al distribuirse por las aldeas. No iban en masa, en aluvión, sino ordenadamente, de dos en dos. Tampoco te preocupaba qué iban a llevar consigo. De hecho nada. *"No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino"* (Lc 10,4). Ligeros de equipaje, por consiguiente. Y en cuanto a no saludar, se entiende que ahí no entraba el negar los buenos días, o buenas tardes. Se entiende que no deben perder el tiempo en pláticas vacías, charlando con unos y con otros de cosas insustanciales. Ellos van con una misión concreta que cumplir.

Querías, en suma, total trasparencia en ellos y en la misión encomendada. De otro modo, la paz transmitida estaría vacía.

Esto es una gran lección para nosotros. La preocupación de un cristiano no es, no debe ser, tener una cuenta corriente en el banco. Cuanto más dinero se tiene en el banco, menos creíble se es.

El cristiano que se precie de serlo, tiene que ser gente de paz. Las divisiones rompen la unidad que tú nos mandaste. Y por encima de todo esto el amor. *"Y por encima de todo esto el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta"* (Col 3,14).

Sabemos que volvieron encantados de haber cumplido, y con éxito, la misión encomendada. Es lógico. Tú estabas con ellos. Tu Espíritu los guiaba.

Cristo Jesús, hoy como entonces nos sigues diciendo que la mies es mucha, pero que hacen falta brazos que se apliquen para recoger la cosecha. Te pedimos que envíes muchos y buenos trabajadores al campo inmenso de la vida, donde crece en paz la mies sembrada por el Evangelio.

56- Pedid y se os dará

Dijo Jesús: "Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; golpead y se os abrirá. Porque todo el que pide obtiene; y el que busca encuentra; y al que llama, se le abre". (Mt 7, 7-8)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Está claro que un padre o una madre no dan una piedra en vez de pan al hijo que pide comida. Sería el colmo de la desnaturalización. Y encima, demostrarían no tener ni pizca de amor hacia el hijo.

"Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?" (Mt 7,9). Pues no. Suele decirse que un vaso de agua no se le niega a nadie. Menos todavía a un hijo. Todo ser viviente, sea de la especie que sea, tiene amor a sus criaturas. Y sin embargo, hay aquí una expresión que llama la atención: *"Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos…"* (Mt 7,11). Que sois malos. Nos llamas malos, Cristo Jesús, porque lo somos. Y sin embargo, ya ves, a pesar de nuestra maldad, siempre nos queda un resquicio de amar que sobresale.

Cuando escalamos una montaña, es muy frecuente al llegar a cierta altura encontrarnos con que, por debajo de nosotros, se ha formado una niebla espesa. No deja ver nada por debajo de la niebla. Pero por encima de la misma sobresalen, como isletas, los picos de otras montañas. Es un espectáculo fascinante. Es como si estuviéramos en un acantilado y por delante de nosotros el mar. Esa es la impresión que da la niebla tendida y extendida a nuestros pies.

Si vale el símil de la niebla, algo así pasa con nosotros. Somos malos. Cierto. Pero tenemos picos que sobresalen. Es el poquito de amor que aún queda en nosotros. Y que de vez en cuando aflora. Ya sea hacia los hijos, hacia los amigos, o hacia quien sea. Siempre hay un poquito de amor. ¿Sí? Sí. *"Sabéis dar cosas buenas a*

vuestros hijos" (Mt 7,11). Menos mal, pues, que aún nos queda algo de bien.

Es evidente que el grado de maldad no es el mismo en todas las personas. Hay un mal adherido a nuestra constitución humana. Tan adherido como nuestra propia piel. Es molesto. No lo quisiéramos tener. Pero ahí está. Pero hay otro mal más hondo, distinto del habitual. Ese depende de nosotros mismos. El timón de nuestra vida, de nuestros actos, lo manejamos cada uno. De nosotros depende entonces qué hacemos con nuestra vida, con nuestros actos. La responsabilidad es inherente y exclusiva de cada quien. No es lo mismo, en un momento de enfado, de estrés, dar un puñetazo a alguien, que clavarle un puñal. Y aún peor es actuar con cinismo y sadismo, como cuando se cae en la barbarie atroz de una violencia satánica.

Ahora bien, admitiendo que somos malos, que lo somos, tú, Cristo Jesús, nos sigues amando. Y porque sabes que estamos faltos de muchas cosas nos dices: *"Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide obtiene; y el que busca encuentra; y al que llama, se le abre".* (Mt 7, 7-8).

Ese es tu punto de vista. Felizmente para nosotros. Porque somos como el niño pequeñito que, sintiendo su desvalimiento, y a falta de otros recursos, echa mano del lloro. Así es como se hace notar. Es su modo de llamar a su madre para que venga a ayudarlo. Y vaya que si la madre acude, lo acaricia, lo besa, lo colma de ternura.

Tú eres el Dios de la ternura. Sabes lo que necesitamos. Pero te gusta oír nuestro llanto. Llanto que es petición, que es oración, que es súplica. Que es mostrarte nuestro desvalimiento, a sabiendas que siempre nos escuchas y atiendes, con la misma ternura, y más, que una madre.

Cristo Jesús, que no nos falte esa gotita de ternura cuando, por tu medio, nos dirigimos al Padre para exponerle nuestras carencias.

57- Por qué lloras

Jesús le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" (Jn 20,15)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Siempre hay a quién amar, y por quién llorar. La vida es como es. Y amar y llorar, es parte de la vida. Y qué bueno que así sea, porque es la parte más hermosa de nuestra sensibilidad: amar y llorar.

Cuando se llora por alguien es porque ese alguien es un ser amado. Llorar es una forma de amar. Y así expresaba María Magdalena el amor entrañable que te tenía. Lo sabías muy bien. Sabías que te amaba. Era mujer agradecida. La habías liberado de sus demonios. Recobró su libertad. Se sintió, a partir de ese instante, mujer de verdad.

Acababas de resucitar. El sepulcro vacío. María llorando a lágrima viva junto al sepulcro. Le das la gran sorpresa. Te apareces junto a ella, pero sin darte a conocer. Por eso era sorpresa. Doble sorpresa: por ser tú, y porque habías resucitado. Naturalmente, no te reconoció en el primer momento. Ibas disfrazado de Jardinero en el Jardín de la Resurrección. Eso pensó ella, que eras el jardinero. Cuando entre sus lágrimas logra verte, humilde y tierna a la vez, que pide que le digas dónde has colocado el cuerpo, que ella se hará cargo.

Le habías preguntado: *"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?"* (Jn 20,15). ¿A quién iba a buscar, sino al amado de su corazón?

Te conmovió su ternura. Y te diste a conocer. La sorpresa dio paso a la alegría. *"¡María!"* (Jn 20,16). Alegría mutua. *"¡Maestro mío!"* (Jn 20,20). Así dice el Evangelio, pero en realidad estaba diciendo: ¡*Amor mío!*.

Les haces comprender que estás en otra dimensión. Que siendo el mismo, no eres el mismo. Que tu cuerpo ya no es el cuerpo frágil que hace unas horas pendía de una cruz entre el cielo y la tierra. Que tu cuerpo ahora es glorioso, resucitado. *"No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro"* (Jn 20,17). Mayor fraternidad imposible. ¡Padre mío y Padre vuestro!

Y en ese momento la conviertes en la apóstol número uno. La "*envías"* a *"mis hermanos"*. Fue tu primera embajadora ante el mundo universo, para llevar la mejor y gran exclusiva: ¡Cristo a resucitado! ¡Cristo vive!

Fuiste el gran liberador de toda mujer. Siempre habías tratado con deferencia a las mujeres. Tú sí, Cristo Jesús, te preocupaste de ellas. Las tuviste en cuenta. En gran aprecio. Supiste valorarlas. Les devolviste la dignidad que los hombres les habían quitado.

Con esto volvías a la primera página de la Creación, cuando Dios creó al Hombre, varón y mujer, de igual dignidad. Con el correr del tiempo, muchas cosas habían cambiado. Muchos valores se habían perdido. Tú venías a poner cada cosa en su sitio.

De este modo, María Magdalena se convierte en la mujer líder de toda mujer liberada. De toda mujer valorada.

¿Por qué, una cultura impregnada de puritanismo, de cuál, había caído tan bajo? ¿Por qué, seguimos dando pábulo a una cultura que ha perdido color? ¿Nos hemos olvidado de aquella mañana radiante, primaveral, de la Resurrección? Fue la mañana donde la Mujer recobró, desde ti, Cristo Jesús, su dignidad. No se la quitemos.

Aquellas fueron lágrimas de amor. Ayúdanos, Cristo Jesús, a hacer memoria de tu Resurrección.

58- Perdón y sanación

Jesús les dice: "¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o decir: "Levántate, toma tu camilla y anda?" (Mc 2,8-9)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

La vida nos enseña que hay muy distintas dolencias. Solemos dar, en general, mucha importancia a las dolencias del cuerpo. Hay enfermedades menos graves, pasajeras, y las hay graves. En cuanto sentimos un malestar, y desconociendo el nivel de gravedad, corremos en busca del médico. Y esperamos su diagnóstico.

Pero hay enfermedades peores que las corporales. Son las enfermedades del alma. Las que, aparentemente, no se curan con nada. Al no ser enfermedades corporales, acudimos a otro tipo de médicos, como son los psicólogos, o los psiquíatras. ¿Resultado?

Parece ser un hecho cierto. Hasta no hace mucho tiempo, y en un ambiente de cristiandad, la gente acudía a los templos. Se acercaban al confesonario. Confesaban sus pecados y salían con una enorme sensación de libertad. Sus pecados habían sido perdonados. Se sentía la alegría de una liberación interior que, efectivamente, hacía a la persona sentirse libre. Lo era.

Al paso del tiempo, y en la misma proporción que la gente ha dejado de acudir al sacramento de la reconciliación, han aumentado los bufetes de psicólogos y parapsicólogos. También han aumentado los enfermos que necesitan del psicólogo. Enfermos del alma.

Sí, Cristo Jesús, enfermos del alma. Tú te los encontrabas a cada paso. Como aquel día en Cafarnaúm. Se enteraron que estabas en casa y comenzó la gente a llegar trayendo toda clase de enfermos. Aquejados de distintos males, sólo una cosa buscaban, la curación. Todos queremos estar sanos. Tener salud.

Ocurrió algo totalmente inusual. Llegaron cuatro trayendo en una camilla a un paralítico. Por el gentío, no podían entrar en la casa. Entonces, *"Levantaron la techumbre encima de donde él (tú) estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico"* (Mc 2,3-4). Desde luego, le echaron valor. La fe mueve montañas.

El Evangelio no lo dice, pero se supone, la cara de asombro que todos debieron poner. Tú, por el contrario, te fijaste en la fe que tenían. Y fuiste directo al grano. En el caso, al paralítico: *"Hijo, tus pecados te son perdonados"* (Mc 2,5). ¡Buena la armaste! Ahora el asombro iba en otra dirección. Lograste escandalizar a los escribas que andaban por allí. *"Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?"* (Mc 2,7). Razón no les faltaba. Sólo Dios puede perdonar los pecados. Pero se adelantaron en su sentencia.

Te encaraste con ellos: *"¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralitico tus pecados te son perdonados, o decir, levántate, coge la camilla y echa a andar?"* (Mc 2,8-9). Se hizo un silencio tenso. Nadie perdía detalle. Todos pendientes de tus palabras y de tus gestos. Te diriges a todos: *"Pues, para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, dices al paralítico: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa"* (Mc 2,10.11). ¡Vaya que si se levantó! De un salto. Feliz, contento. Estaba curado. Se fue dando gloria a Dios.

Así es. Hay males del cuerpo y hay males del alma. En este caso, cuerpo y alma estaban enfermos. Tú, Cristo Jesús, comenzaste por curar lo más importante y urgente: el alma. Pero querías la salud total de aquel hombre. También su plena felicidad. Y le curaste el cuerpo. El que fuera traído en camilla, ahora se iba por su propio pie. Perdón y sanación fueron a la par.

Por eso te pedimos, Cristo Jesús, que nos des la entereza de acudir siempre a ti. Tú eres el médico del cuerpo y del alma.

59- Quien guarde mi palabra vivirá

Dijo Jesús a los judíos: "Yo os aseguro: quien guarda mi palabra, no sabrá lo que es morir para siempre". (Jn 8,51)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Lo peor que podían llamarte: endemoniado. Pues te lo llamaron. Fueron los judíos mismos. Una lástima, porque tú también eras judío. Ocurre que cuando se cae en el fanatismo, o la intolerancia, de poco sirve la nacionalidad. Les dijiste: *"Os aseguro que quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre"* (Jn 8,51). No había, por tu parte, menosprecio ni la más mínima falta de respeto. Pero la tenían tramada contra ti. Empecinados. Posturas tomadas. Intransigencia.

Los ánimos estaban caldeados. En la polémica suscitada, les habías dicho: *"Si permanecéis en mi palabra, seréis discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"* (Jn 8,31). Esta frase iba, mira por dónde, *a los judíos que habían creído en ti* (Jn 8,31). Debían ser pocos. Y una de dos, o no andaban tan firmes en cuanto a creer en ti y se callaron, o se pasaron a los abiertamente contrarios, que debían ser bastantes más, porque tus contrarios gritaron: *"Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie"* (Jn 8,33). No coincidisteis tampoco en el concepto de libertad. Tú hablabas de la verdadera libertad: No ser esclavos del pecado. Ellos la asociaban a la estirpe y raza. Con tan distinta interpretación de la libertad, poco acuerdo podía esperarse.

Una cosa es ser hijo y otra ser esclavo. Les aclaraste la diferencia: *"El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Pero si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres"* (Jn 8,35-36). No les negaste ser descendientes de Abrahán. Pero valientemente, añadiste: *"Sin embargo, tratáis de matarme porque mi palabra no cala en vosotros"* (Jn 8,37). ¡Tratáis de matarme! Se dice pronto. Pues mira que se habían tomado las

cosas por la tremenda. Diálogo de sordos. Ánimos encrespados y sentencia al canto.

Siguiendo su argumentación, les argüiste: *"Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme, a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios; y eso no lo hizo Abrahán"* (Jn 8,39-40). La cosa se ponía cada vez peor. ¿Qué concepto tendrían ellos de Dios? No atendían a razones. Y tú, Cristo Jesús, no bajaste la guardia. Les soltaste un golpe directo a la mandíbula, que diríamos en el argot boxístico: *"Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre"* (Jn 8,44).

Te llamaron endemoniado. Pero mira quiénes eran los endemoniados. Hijos del diablo. Les retaste: *"¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?"* (Jn 8,46). No podían acusarte de pecado. Y añadiste: *"El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios"* (Jn 8,47). Mucho alegar que eran hijos de Abrahán, cosa que no les negaste. Pero resultó que *no eran de Dios.* Así se escribe la historia.

Viéndose derrotados, acudieron entonces a la salida fácil: *"¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes un demonio?* (Jn 8,48). Te negaban hasta la nacionalidad. Ahora te tachaban de samaritano. Cierto que andaban a la greña, judíos y samaritanos. Te lo había recordado la samaritana: "*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana; porque los judíos no se tratan con los samaritanos*." (Jn 4,9). Se sentían samaritanos a mucha honra. Lo mismo podían decir los judíos. Pero aquí la cuestión era muy otra. Les hablabas de la Verdad. La misma que nos hace libres. Y de que guardaran tu palabra: *"Quien guarda mi palabra, no sabrá lo que es morir para siempre".* (Jn 8,51).

Cristo Jesús, que sepamos aprender la lección.

60- Quién es mi madre

Dijo Jesús: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" (Mc 3,33)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Te buscaban. Alguna razón tendrían. Alguna urgencia. Algo importante que comunicarte. El caso es que a la puerta, fuera, están tu madre y hermanos. Quieren hablar contigo. Te pasan el aviso: *"Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan"* (Mc 3,32).

No parece que en ese momento te sentara muy bien que te interrumpieran tu charla. De todos modos, aprovechas la interrupción para dirigirte a tus oyentes y decirles: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?"* (Mc 3,33). ¡Como si no los conocieras! Tu pregunta debió dejar un tanto desconcertados a los oyentes. ¡Cómo!, ¿este no sabe quién es su madre, y sus hermanos? ¡Apañados estamos!

Tu pregunta iba más allá. Mucho más allá de la simple familia biológica. De otra familia, mucho más transcendente, querías hablarles. Y aprovechaste la oportunidad para explicar: *"Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre"* (Mc 3,34-35).

Hay dos frases en esta oración gramatical. La primera es la que señala a todos en general: *"Estos son mi madre y mis hermanos"* (Mc 3,34). Todos. ¿Por qué todos? Porque tú has venido a llamar a todos al Reino de los Cielos. Has venido a hacer de todos una gran familia, nueva y universal. Todos somos hijos de Dios.

La segunda frase tiene unos destinatarios más concretos, más específicos: *"El que cumple la voluntad de Dios"* (Mc 3,35). En cuanto a cumplir la voluntad de Dios, la primera había sido tu madre biológica, la santísima Virgen María. Ella acogió con fe la palabra que el ángel le comunicaba de parte de Dios. Había dado el *"Sí"* más transcendente de la Historia. Luego, no hablabas como si ella no

hubiera cumplido la voluntad de Dios. Más, es que ni siquiera estabas refiriéndote a ella. Te referías a ellos, a los que estaban dentro escuchándote. Les dijiste claramente que si no hacían la voluntad de Dios todo lo demás caía en saco roto.

Pero hay algo más. Ocurre que, de cuando en cuando, comienzan a correr rumores sobre alguien. Cuando corren rumores, suelen ser de índole negativa. Y de pronto, ya puede tratarse de la persona más inocente, que como le cuelguen un sambenito está perdida. Algo de esto ocurrió contigo, Cristo Jesús. Porque el Evangelio señala algo muy llamativo: *"Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí"* (Mc 3,21). O sea, que estabas pirado, loco, o algo semejante. ¡Lo que te faltaba! ¿Mira que dijeron cosas de ti! ¡Vamos!, que no te dejaban ni a sol ni a sombra. Y no sólo porque continuamente te asediaban para escuchar tu palabra. Sino porque había gente tramando contra ti a la sombra. La ojeriza que te tenían era fruto de la envidia. Un rencor enconado. Estabas sacándoles a la luz del sol sus malas conciencias. Y eso no lo toleraban.

Total, que vaya usted a saber qué chismes habrían ido a contarle a tu buena madre, que la asustaron. Llena de preocupación y angustia, va corriendo a buscarte. No quiere que seas el hazmerreír de la gente. ¡Qué le habrían contado a la pobre madre!

Todo andaba un tanto revuelto. Te habían tachado de loco, y encima añadieron: *"Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios"* (Mc 3,22). ¡Vamos!, es para reírse por la contradicción *in términis.* O sea, que estás endemoniado pero al mismo tiempo expulsas a los demonios. ¡El colmo!

Pero por encima de todo, queda en pie la pregunta: *"¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?"* (Mc 3,33). El que cumple la voluntad de Dios. Ayúdanos, pues, Cristo Jesús, a todos, para poder ser parte de tu Familia.

61-Quiero ver

Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?" El ciego le dijo: "Maestro, ¡que vea!". (Mc 10,51)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Quienes gozamos del don de la visión, quienes podemos ver las cosas con nuestros propios ojos, difícilmente podremos imaginarnos cómo, a su vez, se imaginará un invidente las cosas. Las cosas, todavía; pero, ¿y los colores? Si nunca ha visto la luz, desde la cual se irisan los colores. Sin embargo, a falta de la luz externa, otra luz más íntima, la de tu amor, ilumina por dentro el alma de los invidentes.

Esto no quita para que aquel día, en Jericó, aquel pobre ciego, Bartimeo, al enterarse que eras tú quien pasaba, comenzara a gritarte: *"Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí"* (Mc 10,47). Sabía tu nombre. Conocía tu poder de sanar, y sobre todo, de devolver la esperanza a quien no la ha perdido. La esperanza es lo último que se pierde. Eso se dice. Y resulta ser verdad. Quería, necesitaba, conocer la luz, también por fuera. Quería ver.

Ver, no veía, pero la voz la tenía en buen estado. Y comienza a gritar. Desea vivamente que le atiendas. Tiene fe en ti, Cristo Jesús. Y por supuesto que le atendiste, por encima de los que estaban molestos por los gritos que daba el pobre ciego. Pobre, en el doble sentido de: cariñosamente; y en el real. Por eso andaba pidiendo limosna, y poder sobrevivir. ¡Cómo no ibas a tener misericordia de él, si era uno del gremio de tus preferidos: los pobres!

En cuanto supo que te interesabas por él, que lo llamabas, dio un salto y corrió a tu encuentro. No le importó que podía caerse y romperse la crisma. Otra luz le guiaba por dentro. Era la luz de la fe y de la esperanza. Y el milagro se hizo. La luz para sus ojos se hizo.

"¿Qué quieres que haga por ti?" (Mc 10,51). Los dos sabíais qué es lo que quería. *"Maestro, que pueda ver"* (Mc 10,51). Y tu respuesta: *"Anda, tu fe te ha salvado"* (Mc 10,52). Le dices algo que no pasa desapercibido. Que va más allá de una simple curación: "Tu fe te ha *salvado*". Aquí hay algo más que el hecho de recobrar la visión. La salvación.

Esto ocurre, como queda señalado, en Jericó, la primera ciudad conquistada por Josué al entrar en la Tierra Prometida. Jericó, asentada en la fértil llanura del Jordán. No eran infrecuentes tus visitas a esta ciudad. Se está bien allí. Pero nunca te quedaste más de lo necesario. Y menos para instalarte en ella. Sabías que tu meta final estaba en Jerusalén. La ciudad sobre la que un día te lamentarás, echándole en cara: *"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, y no habéis querido"* (Lc 13,34). En Jerusalén consumarías la Pasión.

Pero sigamos en Jericó. *"Al momento recobró la vista y lo seguía por el camino"* (Mc 10,52). Y no solamente el camino, en el sentido literal, que también, sino el Camino en sentido figurativo. Tú eres el Camino, y la Verdad, y la Vida.

¿Y quién es el que te sigue? No es un simple ciego que ha recobrado la vista. Es algo más. Es el hijo de Timeo. Nombre griego. Significa *honrado*. No deja de tener trasfondo esta palabra. ¡Qué casualidad que los *honrados* de este mundo sean los que andan en el desamparo y pobreza! Por lo mismo, son los que están más cerca del Reino de Dios.

Gran lección la que, sin él darse cuenta, nos ha dado el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo.

Por consiguiente, Cristo Jesús, no nos queda otra que, igual que el ciego, acudir a ti, y a pleno pulmón gritar: ¡Señor, quiero ver! ¡Queremos ver! Que no nos falte la luz de la fe y de la esperanza.

62- Quiero, queda limpio

Jesús extendió la mano y tocó al hombre, diciéndole: "Quiero. ¡Queda limpio!". (Mc 1,41)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Todavía hoy en día, la lepra sigue siendo una enfermedad muy dura. No se ha logrado erradicar.

En tu tiempo había muchos leprosos. El Evangelio lo constata. Su vida era terrible. Tenían que vivir en descampado, fuera de las poblaciones. No podían vivir en sociedad. Era el modo de evitar contagios. La pobreza consecuente se unía a su forzada soledad.

También ellos, los leprosos, sabían de ti. No les importaba saltarse las severas normas que sobre ellos pesaban, y en cuanto podían se te acercaban. Nunca los rehuiste. Por más que la presencia de muchos de ellos produjeran escalofríos, al ver sus rostros desfigurados. A unos les faltaban los pómulos, a otros la nariz. Las llagas eran repugnantes. Tú, Cristo Jesús, no te preocupaste de la repugnancia que pudiera producir su aspecto. Tampoco te importó el posible contagio. Por encima de todo estaba la misericordia, la compasión, hacer el bien. Ellos lo sabían. Te tenían confianza. Acudían a ti.

Se te acerca aquel leproso, y de rodillas, con suma humildad, y con esperanza profunda, te dice: *"Si quieres, puedes limpiarme"* (Mc 1,40). No exige, simplemente implora. Con profunda humildad. ¡Cómo no vas a querer! ¡Si has venido al mundo para hacer el bien! Tu respuesta: *"¡Quiero, queda limpio!"* (Mc 1,41). Sentiste lástima por él. Por él y por todos los parias de la humanidad. No solamente dejaste que se te acercara. Es tú mismo extendiste la mano y lo tocaste. ¿Quién que no fueras tú lo habría hecho? Y lo curaste. *"La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio"* (Mc 1,42).

Según tu costumbre, y en gesto de profunda humildad, sin hacer alarde de tu poder curativo, le dices que no divulgue el hecho.

Eso sí, que vaya al sacerdote para que le dé el acta correspondiente que acredite que está curado y pueda volver a la familia, y hacer vida social. Pero un favor tan grande, cómo quieres que no lo divulgue. Imposible. Está exultante de gozo y alegría. Está curado. Una nueva vida se le abre de par en par. *"Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo"* (Mc 1,45).

Un corazón agradecido no puede estar silenciado. Es cierto que a ti te complicó la vida, porque *"ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes"* (Mc 1,45).

Acudían a ti de todas partes. Por más que trataras de pasar desapercibido, no lo lograste. Es que la gente tiene un olfato exquisito para distinguir dónde está el bien y dónde está el mal. No acudían a los sacerdotes del templo, ni a los escribas y fariseos. No acudían a quienes ostentaban la autoridad. Ellos no curaban. Por eso, nadie los buscaba. Te buscaban a ti, Cristo Jesús. Y siempre te encontraban. Eso es lo bueno, siempre te encontraban.

Es lógico que la gente acuda hoy en día a los médicos. Es lógico. Ellos son los profesionales de la medicina. Y ésta, por suerte, ha avanzado mucho. Pero cabe reflexionar que no solamente hay enfermedades del cuerpo. Para estas enfermedades se va al médico. Es lo correcto. Hay también otras enfermedades que no son del cuerpo, sino del alma. Enfermedades cuya curación no está en las manos experimentadas de los médicos. Enfermedades, en suma, que sólo tú, Cristo Jesús, puedes curar. Sin embargo, cuántos hay que no acudimos a ti. Es nuestro error. Grave error. Sólo tú eres el médico que puede curar nuestras dolencias del alma.

Cristo Jesús, te pedimos que abras nuestra inteligencia, que nos hagas recapacitar en la enorme necesidad que tenemos de ti. Que no te demos la espalda porque nuestra fe se ha debilitado. Sólo de ti podemos escuchar: *"Quiero. ¡Queda limpio!". (Mc 1,41).*

63- Recibid el Espíritu Santo

Jesús les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos". (Jn 20, 22-23)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Sucede el mismo día de la Resurrección. Te apareces a los apóstoles. Andaban asustados. Tanto, que habían trancado, y bien trancadas, las puertas. Ahora tu cuerpo es glorioso, inmortal. Es el mismo, pero no es el mismo. Ya no es un cuerpo de carne mortal. Es inmortal. Pertenece a la glorificación. Por la mañana te apareciste a María Magdalena. Escena idílica, preciosa. Encuentro en el más limpio y sublime amor. Ahora es ya noche. Te presentas en medio de los discípulos. Hay un momento de sorpresa y estupor. Silencio absoluto. No se oye ni la respiración. Y tú: *"Paz a vosotros"* (Jn 20,19).

Este será en adelante y para siempre tu signo: la paz. A continuación, les enseñas las manos y el costado. Ellos ven las llagas. Llagas que ya no son tales. Tu cuerpo está glorificado. Jamás podrá sentir dolor. Pero dejas que te vean como si tu cuerpo fuera aún mortal. La alegría es inmensa. Han visto que eres tú. Repites: "Paz a vosotros" (Jn 20,21).

Es en este momento cuando vas a oficiar el envío. Serán a partir de aquí tus enviados. No irán solos. El Espíritu Santo estará con ellos. Tampoco es eso solo. Les das el tremendo poder de perdonar los pecados. Hasta ahora ese poder lo habías ejercitado tú solo, Cristo Jesús. En adelante, ellos serán quienes lo ejecuten. Solemnemente, con toda tu majestad de resucitado, proclamas: *"Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo"* (Jn 20,21). Y de inmediato: *"Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos"* (Jn 20,22).

Así pues, te has hecho presente e identificado ante ellos. Ellos son el núcleo principal y primero de la nueva Comunidad, la Comunidad de los Salvados por ti. Los envías, para que sean ellos quienes continúen tu labor misionera de evangelizar a todas las gentes. Les das tu Espíritu. Tú te vas. Pero no te vas. Les queda tu Espíritu.

Vendrá luego Pentecostés. Es decir, coincidiendo con ese día, tan importante para los judíos, y que tanta gente congregaba en Jerusalén, envías oficialmente al Espíritu Santo. Él los transformará. Todo un símbolo el fuego. *"Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos"* (Hch 2,3). Fuego que purifica, que calienta, que transforma, que ilumina, que se reparte, porque se comparte. Fuego, símbolo del Espíritu. Y Pentecostés, referencia directa al Espíritu Santo.

Será a partir de Pentecostés cuando esta Comunidad comenzará a actuar, a expandirse, a crecer. Núcleo base de la autodenominada Iglesia.

Ella, la Iglesia, será tu memoria viva a través de los siglos. Ella, la Iglesia, irá progresando en el aprendizaje de la Verdad plena, bajo la presencia y guía constante del Espíritu Santo. Ella, la Iglesia, ejercitará el ministerio evangélico, como testigo fidedigno de tus enseñanzas, Cristo Jesús.

Otras apariciones tuyas seguirán a ésta. Pero la de esta noche, del día mismo de tu Resurrección, ha sido sublime.

Ellos, los discípulos, han quedado marcados para siempre bajo el signo de la Paz. Sólo tú podías darles una paz que conecta para siempre con la Paz de la Gloria eterna.

Cristo Jesús, enviado del Padre, concédenos también a nosotros, puesto que somos parte de ti, y continuadores de tu misión salvadora, recibir tu Paz con la misma alegría con que la recibieron tus discípulos aquella noche del día de tu Resurrección.

64- Salvar el mundo

Jesús dijo: "Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él". (Jn 3, 17)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Viniste al mundo a salvarnos. El pecado era la gran barrera que se interponía para que pudiéramos ir al encuentro de nuestro destino final, y natural, que es Dios.

Tu venida, por otro lado, algo nos ha dejado muy claro. Que Dios no puede estar satisfecho con nuestro comportamiento, eso está más que claro. Lo único que ofende a Dios es el pecado. Es obvio. Sólo que a veces podemos pensar que tu venida al mundo se debió a eso, a que Dios estaba ofendido. Ofendido, sí. Pero si el Padre, Dios, te ha enviado ha sido por puro amor. Porque nos ama. Algo que, a veces, se nos olvida.

En la plática que mantuviste aquella noche con Nicodemo, la mar de interesante, y además, de enorme trascendencia, le dijiste con suma claridad: *"Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el cree en él no perezca, sino tenga vida eterna"* (Jn 3,17). No hay pues lugar a equívocos. Dios actúa, no por estar ofendido, sino por amor. Dios es amor. No un ser malhumorado. Si pudiéramos contemplar el rostro de Dios, lo veríamos sonriente. No puede ser de otra manera. Es un Padre. El verdadero Padre. Si es que, Cristo Jesús, no te cansaste de decírnoslo a todas horas en el Evangelio.

Lo dicho. *"Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él".* (Jn 3, 17). No hay cuestión de mal humor, sino de Amor.

En el comportamiento que cada uno tengamos está también nuestro destino. La salvación no va a depender de la religión que cada quien profese, sino del amor que sea capaz de dar.

Estamos hechos de amor y para amar. Amarnos unos a otros. Fue tu consigna. Fue tu mandamiento. En consecuencia, se nos pide ser transparentes en nuestro comportamiento. Ser honrados, honestos. Hacer el bien.

Es cuestión de ética. Hay que andar por la vida dejándonos iluminar por la luz que tú eres, Cristo Jesús. Y a la vez, difuminando, extendiendo, esa luz. Que alumbre a todos.

La carta a los filipenses nos recuerda: *"Es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor"* (Flp 2,13). Quien actúa con amor está realizando las obras según Dios.

Cada religión motiva a sus seguidores a ser buena gente, buenas personas. La religión cristiana, no sólo motiva, tiene también un modelo de vida y santidad. Eres tú, Cristo Jesús.

A Nicodemo, además de decirle que Dios no envió a su Hijo para condenar, también le dijiste. *"El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios"* (Jn 3,18). Es decir, nos pides fe. Es lo que siempre pedías a las personas que acudían a ti para que las curaras, fe. Ahora bien, si no hay fe tampoco habrá amor.

¿Y dónde está la condenación, cuál es su causa, en qué consiste? *"Que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz"* (Jn 3,19).

¿Cuándo se huye de la luz? También se lo aclaraste a Nicodemo: *"Porque sus obras eran malas"* (Jn 3,19).

Qué triste resulta ver que mientras tú te afanas por salvarnos nosotros nos empeñamos en seguir nuestros caprichos, nuestras veleidades, nuestros intereses y egoísmos. Realmente, ¿sabemos lo que hacemos? Cuando estabas en la cruz por culpa de nuestros pecados, nos excusarte ante el Padre, diciendo que no sabíamos lo que hacíamos. *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34). Cristo Jesús, te pasaste de bueno. Pero es que, así eres tú, todo amor. Gracias, Cristo Jesús.

65-Sed compasivos

Jesús dijo a sus discípulos: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados". (Lc 6, 36)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

En este pasaje nos revelas otra de las características del Padre. Dios es compasivo. Es misericordioso. ¡Ay que ver, cuántas veces nos lo dices a lo largo y ancho del Evangelio! Dios es compasivo, Dios es misericordioso. Nos pones al Padre como referente obligado. A la par que nos urges a que también nosotros seamos compasivos, misericordiosos. *"Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso" (Lc 6,36).*

La verdad es que si te hubiéramos tomado más en serio, otro gallo nos cantara. Estamos ya en el siglo XXI. Es igualmente cierto que a lo largo de los siglos hemos tratado de seguirte, y de vivir según el Evangelio. Pero hemos dejado muchos resquicios, muchas gateras abiertas, por donde se nos han colado otras cosas que nada tienen que ver con el Evangelio. Por ejemplo, las guerras. La mayor barbarie imaginable. Las guerras son una ofensa a la razón.

Cuando no surgían de las mismas religiones, éstas las amparaban. Las guerras han estado siempre presentes sobre la piel del planeta. Han sido, y siguen siendo, la mayor prostitución de la razón. Lo más salvaje e incivilizado. Deshonra de la inteligencia humana. Pero tú, Cristo Jesús, ya nos habías indicado el buen camino a seguir: *"No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados"* (Lc 6, 37). Demasiado fáciles somos para juzgar. Con el agravante de que la culpa siempre la tiene el otro. Y como la culpa la tiene el otro, le declaramos la guerra. ¡La manera más incivil de solucionar las cosas! Pero es que, además de decirnos que no juzguemos, nos mandas perdonar. Y añades que si perdonamos seremos

perdonados. Luego, la culpa no la tiene sólo el otro. En ese caso, de nada tendríamos que ser perdonados.

Será concomitancia de nuestra flaqueza humana, pero no cabe duda de que somos cínicos con ganas. Como quien barre la basura de su acera y la echa a la acera de enfrente, echamos nuestros males al vecino. Y nos quedamos tan panchos.

Necesitamos que se nos quiera. Todos lo necesitamos. Por eso nos has hablado del amor por activa y por pasiva. Es más, nos has dicho que debemos amar también a los enemigos. Reconocer que hay enemigos significa que hay una verificación constatada de los mismos. En la arcilla de la que estamos hechos existe el bien y el mal. Es indudable. Y con razón hablas entonces, Cristo Jesús, de enemigos. Pero tú, divino Alfarero, quitas las motas del mal infiltradas en nuestra arcilla. ¿Cómo? *"Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada"* (Lc 6,35).

Amor universal, incluidos los enemigos. Y dices más. *"Y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos"* (Lc 6,35). Algo de ración nos toca en eso de *malvados y desagradecidos*. Bueno sólo Dios.

Todo esto que nos dices, Cristo Jesús, pertenece al corazón mismo del evangelio. Lejos de reprendernos, o echarnos en cara nuestros comportamientos malos, nos tratas con misericordia. Por cierto, hablamos a veces de las obras de misericordia. La primera es la Misericordia en sí misma. De ella derivan las demás, entre las que señala el catecismo: "Dar de comer al hambriento, y de beber al sediento. Vestir al desnudo. Acoger al forastero. Liberar al cautivo. Visitar al enfermo. Enterrar a los muertos. Poner en el buen camino al pecador. Enseñar al que no sabe. Aconsejar bien a quien duda. Consolar al triste. Soportar con paciencia a quien nos molesta. Perdonar de corazón. Orar por los vivos y los difuntos". Y un largo etcétera.

Cristo Jesús, ayúdanos a ser misericordiosos, como el Padre.

66- Sí, Señor, te amo

Dijo Jesús a Simón Pedro: "Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?". (Jn 21,15)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Cuando le preguntaste al apóstol Pedro si te amaba, te respondió que sí. Tres veces le hiciste la misma pregunta. Sin duda, no porque dudaras de su sinceridad al responder. Querías que no respondiera al tun-tun, sino que fuera muy consciente de que la pregunta, y en consecuencia la respuesta, tenía una enorme transcendencia.

Muchas veces nos has hecho a cada uno la misma pregunta. Siempre te hemos respondido, como Pedro, que sí, que te amamos. ¿Será verdad? Teóricamente, y a primer golpe de vista, sí. Es verdad. Luego viene la práctica. Ahí es donde patinamos. Hacemos una meditación seria, vamos a unos Ejercicios espirituales, salimos encandilados con tu figura. Todos son buenos propósitos. ¿Cuánto nos duran?

Se dice que la triple pregunta estaba conectada con la triple negación que de ti había hecho el bueno de Pedro. El nerviosismo, el miedo escénico al verse descubierto e identificado, paralizaron su libertad. Y te negó. Pudieron más las circunstancias. Pero bien sabes, Cristo Jesús, que su corazón seguía estando contigo. Nunca tuvo las aviesas intenciones que tuvo Judas. Eran muy diferentes el uno del otro.

Si le haces la triple pregunta, es porque vas más allá. Lo habías elegido para ser el líder del grupo. Por eso, a cada respuesta de Pedro le vas diciendo: *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"* (Jn 21,15-16).

No se trataba, pues, de restablecer una amistad, aparentemente rota, cuando en realidad nunca se había roto de

verdad. Ni de mentira. No se había roto. Tampoco desconfiaste de él. Cuando le haces la famosa triple pregunta, ya has resucitado. Estás glorificado para siempre. Y sin embargo, te muestras enormemente humanizado. De hecho, era la tercera vez que te aparecías a los apóstoles después de la resurrección. Y como si aún tu cuerpo fuera mortal, te pones a comer con ellos. Comer, lo que se dice comer, comieron ellos. Tu comida consistía en hacer la voluntad del Padre: *"Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra"* (Jn 4,34). Cumpliste a la perfección la voluntad del Padre, llevando a cabo su obra.

El bueno de Pedro, viendo que tres veces le haces la misma pregunta, se mosquea. No estaba sordo para que le preguntaras por tres veces si te quería. *"Señor, tú lo sabes todo, bien sabes que te quiero"* (Jn 21,17). Fue su respuesta final. Hasta es posible que alguna lágrima asomara a sus ojos. ¡Cómo no te iba a querer si estaba dispuesto a dar la vida por ti! *"¡Yo daré mi vida por ti!"* (Jn 13,37).

Y lo nombras, de manera oficial, responsable del rebaño cuyo Pastor eres tú. Deberá cuidad de los corderos y de las ovejas. Es decir, de la comunidad y de sus dirigentes o responsables. La total responsabilidad acabas de ponerla sobre los hombros de Pedro.

Pedro será, a partir de este momento, tu lugarteniente, tu mano derecha, el que prolongue a través de la Historia el servicio del Buen Pastor. *"El buen pastor da su vida por las ovejas"* (Jn 10,11). Tú, Cristo Jesús, fuiste el primero en dar la vida por tus ovejas. También Pedro la dará. No te fallará.

Quien está dispuesto a dar la vida es porque está despojado de todo interés personalista. Es porque cree de verdad en la tarea encomendada, y en quien se la encomendó. Es cuestión de amor.

Cristo Jesús, que con la misma fe, y con la misma firmeza que Pedro, también nosotros te digamos de verdad: ¡Sí, Señor, te amo!

67-Sígueme

Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: "Sígueme". Él se levantó y le siguió. (Mc 2,14)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Andabas por Cafarnaúm. Habías curado, por dentro y por fuera, en este orden, a un paralítico. Primero le habías perdonado los pecados y luego restituido la salud al curarlo de la parálisis. Aquello fue motivo de escándalo para los escribas que por allí andaban. ¿Tenían realmente interés por tus pláticas, o simplemente iban en plan de espías? Se supone que lo segundo. No obstante, la gente estaba admirada, encantada. *"Nunca hemos visto una cosa igual"* (Mc 2,12). Eso decían. Luego saliste a dar un paseo por la orilla del lago. Necesitabas un descanso. Difícil lo tenías. No te dejaban ni a sol ni a sombra. *"Toda la gente acudía a él y les enseñaba"* (Mc 2,13).

En esto, viste a Leví. *"Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: Sígueme"* (Mc 2,14). Así, sin más, sígueme. Es de suponer que os conocíais. Y que más de una plática habríais tenido. Él tenía su oficina de impuestos en Cafarnaúm. Y tú ibas mucho por Cafarnaúm. Algo debió ver en ti. Porque con sólo decirle sígueme, *"se levantó y lo siguió"* (Mc 2,14). A un desconocido no se le sigue así como así. Y menos teniendo un trabajo seguro. Un trabajo de cierta responsabilidad, además.

Terminasteis en casa de Leví. Erais bastantes, porque *"mientras estaba él (tú) sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran ya muchos los que le seguían"* (Mc 2,15). Te seguían. Muchos. Adverbio de cantidad.

Hubo quien se extrañó de que te juntaras con determinada gente. *"Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come con publicanos*

y pecadores?" (Mc 2,16). Eso demuestra que tenían buen concepto de ti, al menos por el momento. Pero eso de juntarte con esa chusma, pecadores y publicanos, como que comenzó a darles cierto tufillo nada agradable.

A publicanos y pecadores los metían en el mismo huacal. Publicanos, la gente que trabajaba para el gobierno. Pecadores, que no frecuentaban el templo. Para los fariseos, venían a ser lo mismo. Pues si los fariseos de entonces levantaran la cabeza hoy, se asustarían de ver cómo ha crecido la colección.

A ti te traía al pairo tal comentario. No te importaba en absoluto lo que pensaran. Ni de ellos, publicanos y pecadores, ni de ti. Tú habías venido a lo que habías venido. Precisamente, a salvar a los pecadores. Entre los que no se encontraban los fariseos. Peor para ellos. No eran pecadores, se tenían por buenos. Sí, tanto que, basta leer la parábola de aquel que subió al templo para orar. (Lc 18,9-14). ¡Vaya pieza! Dime de qué presumes y te diré quién eres.

No obstante, no te quedaste callado, y les soltaste aquello de: *"No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores"* (Mc 2,17). Punto.

Leví, por oficio, era publicano. Aunque, a juzgar por los hechos, buena persona. Que lo miraran de reojo por culpa de su oficio, allá ellos. Se ganaba el pan honradamente. No había, pues, nada que decir.

Tú, Cristo Jesús, sí le dijiste: *"Ven, sígueme"* (Mc 2,14). Y te siguió. ¡Vaya que si te siguió! Terminó siendo uno de tus apóstoles y evangelista, conocido como Mateo.

Tu gesto, el ir a comer a su casa, fue un escándalo para los fariseos. Escándalo farisaico, nunca mejor dicho. Para Leví, significó ver el cielo abierto.

Cristo Jesús, que también nosotros tengamos la valentía, como Leví, de dejarlo todo y seguirte.

68-Sois dioses

Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra Ley: Yo os digo: Sois dioses?" (Jn 10,34)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Ambiente tenso, muy tenso. Tan tenso que *"los judíos agarraron de nuevo piedras para apedrear a Jesús"* (Jn 10,31). No se andaban con chiquitas. ¡Y dale con las piedras! ¡Qué manía ésta, de recurrir a la violencia! ¿Es nunca vamos a ser capaces de dirimir los pleitos por las buenas? ¿Para cuándo dejamos el diálogo? El Evangelio dice que de nuevo, así que no era la primera vez.

Sucede este altercado en la fiesta de la Dedicación del Templo. *"Era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón"* (Jn 10,23). Se veía venir la tormenta. Y no por ser invierno. Los judíos estaban intrigados, y molestos al mismo tiempo. Querían, de una vez por todas, saber quién eras, en definitiva. *"Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente"* (Jn 10,24). ¿Y para qué querían saberlo, si a juzgar por todo el conjunto de cosas, ellos ya tenían tomada su determinación, que no era precisamente creer en ti? Y menos seguirte.

Ya se lo habías dicho. Pero ellos habían hecho oídos sordos. Sin embargo, por enésima vez, se lo volviste a decir. *"Os lo he dicho, y no creéis"* (Jn 10,25). Es inútil. Para el que no quiere creer no hay ningún argumento. Sobran las palabras. Pero tú, Cristo Jesús, con infinita paciencia, insistes: *"Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas"* (Jn 10,25-26). ¿Entenderían tu metafórico lenguaje? Desde luego, no eran de tus ovejas. Tenían la mente obtusa. Así que, su contra-argumento fue acudir a las piedras. La violencia, arma contundente de los cobardes.

"Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿Por cuál de ellas me apedreáis?" (Jn 10,32). No huiste para

ponerte a salvo ante las piedras que estaban a punto de ser estampadas en tu humanidad. No eras cobarde, y no les tuviste miedo. Seguiste dialogando. Estaban más que acelerados. Te contestaron, no obstante: *"No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios"* (Jn 10,33).

Se supone, aunque quizá sea mucho suponer, que conocían la Biblia. Así que les citaste el pasaje del salmo 82,6, al tiempo que, en forma de pregunta, decías: *"¿No está escrito en vuestra ley: Yo os digo: sois dioses?"* (Jn 10,34). Y seguiste argumentando: *"Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura, a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros: ¡Blasfema!?"* (Jn 10,35).

Tu lenguaje les quedaba muy elevado. Inalcanzable. Diálogo de sordos. Tú actuabas con bondad, ellos con tozudez. De Dios se habían formado una imagen inaprensible e inaccesible. No les entraba en la cabeza que Dios podía humanizarse, y en consecuencia, encarnarse profundamente en lo humano.

Y en lo humano está, porque procede de lo divino, la bondad, la belleza, el amor. Y la capacidad de sufrimiento hasta dar la vida por los demás. Eso exactamente es lo que hiciste: entregar la vida por nosotros.

Había que dar fin a un diálogo de sordos. Así que, finalmente, añadiste: *"Si no me creéis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre"* (Jn 10,37). Con qué ojos de odio debieron mirarte. Estaban que te comían. *"Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos"* (Jn 10,39).

No había llegado tu Hora. Y te fuiste al otro lado del Jordán. Era invierno. Soplaban malos vientos. Los dejaste rumiando su enfado, su odio y su terquedad. Pero la lección ahí les quedó, por si un día se les ocurría reflexionar. Y entrar por el buen camino. Es lo que te pedimos, Cristo Jesús, entrar por el buen camino.

69-Toda una vida: 38 años enfermo

Le dijo Jesús: "Levántate, toma tu camilla y anda" (Jn 5,8)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Los llevaban en unas parihuelas, o camillas, los dejaban en el sitio más adecuado posible, y ahí quedaban. A su suerte. Con su dolor a cuestas. Con su ración de sufrimiento diario. Gente que no se podía valer por sí misma. Paralíticos, en general. Este es el caso presente. Ocurre en Jerusalén. Los detalles los da el Evangelio. *"Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda"* (Jn 5,2).

Era el lugar de concentración de todos los enfermos y desahuciados de la ciudad. ¿Motivo? Cuando el agua de la piscina era removida, el primero que se metía al agua quedaba curado. Era la creencia. La fe obra milagros.

Pasabas por allí, Cristo Jesús, entre tantos que había, ciegos, cojos, paralíticos, te fuiste a fijar en uno en concreto. Le hiciste una pregunta. Sencilla, por lo demás. Aunque quizá nadie antes se la había hecho. *"¿Quieres quedar sano?"* (Jn 5,6). Qué otra cosa iba a querer el pobre. Pero en su situación, difícil lo tenía. *"Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado"* (Jn 5,7). No se podía valer por sí mismo. Y ¿quién iba a estar pendiente de si el agua se removía o no? ¿Cuándo y cada cuánto tiempo ocurría esto? Vaya usted a saber. Tal vez era de vez en cuando. En cambio, era mucho el tiempo que el paralítico llevaba allí. Posiblemente fuera el decano de todos los paralíticos.

"Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo" (Jn 5,5). ¡Total, nada! ¡Una friolera de años! Treinta y ocho. Toda una vida. Y es cuando intervienes tú, Cristo Jesús. *"¡Levántate, toma tu camilla y echa a andar"* (Jn 5,8). Ni él mismo debió creerse estas palabras. ¿Levantarse? Pero si no podía

moverse. No obstante, tu voz era un mandato. Y obedece. Se levanta. Siente que puede moverse, que puede andar. ¡Dios mío! ¿Pero qué esto? Puedo moverme, puedo andar.

Hay que imaginar la alegría de aquel hombre al sentirse curado después de treinta y ocho años sin poder valerse por sí mismo.

Pero mira por dónde, resulta que aquel día era sábado. Ya estamos a vueltas con el sábado. Tú, Cristo Jesús, muy a posta escogías el sábado para realizar las curaciones. Resulta que el sábado era un día en el que prácticamente no se podía hacer casi nada. Desde luego, llevar la camilla no.

De inmediato, los guardianes de la ortodoxia se le echan encima al feliz enfermo, ahora sano. *"Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla"* (Jn 5,10). Si tan atentos estaban para que se cumpliera la ley, ¿por qué no lo estaban para cuando se removía el agua, y meter al pobre enfermo en la piscina? La ortodoxia tiene a veces un ribete de hipocresía. El buen hombre no sabía ni quién era el que lo había curado, para dar respuesta a quienes le preguntaron. Mientras tanto, tú, Cristo Jesús, ya te habías marchado. Más tarde, te encuentras con él en el templo, y le dices: *"Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor"* (Jn 5,14). Al buen hombre, le faltó tiempo para decir a los judíos que eras tú, Cristo Jesús, quien lo había curado. *"Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado"* (Jn 5,16). ¡El colmo! O sea, que el sábado para los judíos, el domingo para los cristianos, ¿no se puede hacer el bien? Lo que nos faltaba.

Si nos dejamos llevar por ella, por nuestra hipocresía, ésta puede llevarnos hasta escurrir el bulto ante el dolor ajeno. Corremos el peligro de dar prioridad a las prácticas o deberes religiosos, antes que atender a quien nos necesita. Olvidamos que el primer culto es atender al necesitado, con el que Dios se identifica. La religión no es cuestión de culto, sino de Amor.

70-Vámonos a predicar a las aldeas

Jesús les dice: "Vámonos a otra parte, a las aldeas vecinas, para predicar también allí; que para eso he venido". (Mc 1,38)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Eres Dios. El Dios humanado. El Dios hecho Hombre. Tu misión consiste en implantar el Reinado de Dios, siendo nuestro Redentor. Eres también Hombre. Te gusta llamarte *el Hijo del Hombre*, como vemos tantas veces en el Evangelio.

Pues bien, siendo Dios y Hombre al mismo tiempo, si nos fijamos sólo en tu condición de Hombre verdadero, de inmediato descubrimos que eres hombre de oración. Más aún. Eres hombre de profunda espiritualidad. La espiritualidad es la quintaesencia de la oración.

La escena que sirve de fondo a esta reflexión se desarrolla a unos metros de la sinagoga. Estamos en Cafarnaúm. Tus apóstoles predilectos: Pedro, Santiago y Juan. Ellos, y algunos más, te acompañan. Da la casualidad, más que casualidad, diríamos realidad, de que Pedro vive en la casa de su suegra. A unos metros de la sinagoga. Está casado, por consiguiente. Suele decirse, *el casado casa quiere*. Es como decir que, al casarse, la nueva pareja de esposos se van a vivir a otra parte, o a otra casa. No obstante, cada nueva pareja tiene sus circunstancias personales, marcadas muchas veces por la economía, conveniencias familiares, etc. Posiblemente fuera la misma suegra quien quiso que se quedaran a vivir en su casa. Tal vez por no quedarse sola. Sea como sea, ahí vive Pedro, a juzgar, al menos, por las apariencias.

En la sinagoga habías expulsado un demonio, o más de uno, pues parece que se habían concentrado en uno. De hecho, cuando increpas al espíritu inmundo, éste responde: *"¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros?"* (Mc 1,24). Nosotros, es un plural. Por lo visto, a los

malos espíritus les gustaba ir a la sinagoga. ¿Qué pintan allí? Fastidiar a los creyentes y practicantes. Es lo primero que se le viene a uno a la mente. El diablo no duerme. Por lo mismo, el apóstol Pedro nos advierte: *"Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar"* (1Pe 5,8).

A continuación vas a la casa de Pedro. Resulta que su suegra está en cama, con fiebre. Y tú, Cristo Jesús, como siempre: *"Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles"* (Mc 1,31). Con qué facilidad, solucionabas los problemas. Por donde quiera que pasaras, siempre pasabas haciendo el bien. La gente se enteraba enseguida. Y a continuación te traían a todos los enfermos que tenían. *"La población entera se agolpaba a la puerta"* (Mc 1,33). A todos los curaste. La noche fue tranquila. Y tú pudiste dormir tranquilamente aquella noche. Pero madrugaste. Te fuiste temprano a las afueras de la población, a orar. Viendo que no estabas en casa, fueron en tu busca. Te encontraron enseguida. Se acabó la calma. Te dijeron: *"Todo el mundo te busca"* (Mc 1,37). Vale.

Pero tú: *"Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido"* (Mc 1,38).

La gente te buscaba por los milagros. Pero tú sabías que necesitaban también del Pan de la Palabra. Una buena catequesis. Que conocieran a Dios. Que pensaran en algo más que en el pan material, o en una solución momentánea de sus problemas. Debían pensar también en su vida espiritual.

La espiritualidad. Fuiste profundamente espiritual, Cristo Jesús. Y trataste de infundir esta espiritualidad en la gente. Es la base de la humanidad. Por eso fuiste tan humano, porque eras profundamente espiritual.

Cristo Jesús, infúndenos tu espíritu, para que acudiendo a ti, imitándote a ti, nos humanicemos de verdad.

71-Y sobrevino una gran bonanza

Jesús increpó al viento y dijo al mar: "¡Calla, enmudece!" El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. (Mc 4,39)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Donde tú estés hay paz, hay bonanza. Se está bien. Siempre se está bien. Y si no, que se lo digan a Pedro, en la cima del Tabor. "Señor, ¡qué bien se está aquí" (Mt 17,4).

En esta ocasión, no estamos en el Tabor, cuando la Transfiguración. Estamos en medio del lago. Te habías pasado el día predicando. Enseñando a la gente. Eras el Maestro. Así te llamaban los discípulos. Y nunca pusiste objeción. *"Vosotros me llamáis el Maestro, y el Señor, y decís bien, porque lo soy"* (Jn 13,13). Efectivamente, eres el Maestro. Y tus lecciones calan muy dentro del alma.

Al atardecer. Era hora ya de retirarse. Les dijiste: *"Vamos a la otra orilla. Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban"* (Mc 4,35-36).

Podemos imaginar la alegría de la gente. ¡Qué felices iban, sin duda, en sus barcas! Tú infundías paz. Hacías a la gente feliz. Había, pues, gozo, alegría, felicidad. Todo el mundo contento. Suponemos las bromas, en medio de la alegría.

De pronto, comienza a notarse una brisa que va en aumento, hasta convertirse en viento, que poco a poco comienza a arreciar. Tempestad a la vista. Se hace el silencio. Cesa la algarabía. Cesan los cantos. Silencio. Preocupación en los embarcados. *"Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua"* (Mc 4,37). El Evangelio, en estos momentos, menciona una sola barca. Sin duda, la barca donde vas tú. No es que no soplara el viento sobre las otras. El problema está en que es en la tuya donde comienza a entrar el agua. El oleaje, al romper

sobre la barca, salpicaba. De tal manera que entraba el agua a raudales. Y la barca se iba llenando. Difícil achicar el agua. Peligro a bordo.

¿Y qué hacías tú, Cristo Jesús, en esa situación? Increíble, pero cierto. Lo dice el Evangelio. *"Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal"* (Mc 4,38). Dormido. Estabas cansado. Pero había tempestad. Y tú dormido. Lo que es tener la conciencia en paz. Y bien dormido. Tuvieron que despertarte. *"Maestro, ¿no te importa que perezcamos?"* (Mc 4,38). El miedo era palpable en los discípulos. Tú, dormido. ¿Qué broma era aquella? ¿Ibas a permitir que aquella tempestad terminara en tragedia?

Tranquilamente, te levantas. Te pones en pie. La ropa chorreando agua. Te habías echado una buena siesta. Fuiste el único que no perdió los nervios. Con pasmosa tranquilidad increpas al viento. Y al mar. *"¡Silencio, enmudece!"* Mc 4,39). Y de inmediato vino otra vez la calma. *"Cesó el viento y vino una gran calma"* (Mc 4,39).

Una vez más estabas actuando como Maestro. Les diste, nos diste, varias lecciones en una. Contigo hay paz, hay calma. Cuando tú estás, no hay peligro de zozobrar. Pero avisabas. Era un aviso a navegantes. La Iglesia, que pronto comenzaría igual que una semilla a germinar, es como una barca. Navega por un mar bravío. Hay muchas olas intencionadas que rompen contra ella. Sin embargo, nada hay que temer. El miedo no tiene cabida en la Iglesia. Tú, Cristo Jesús, eres el timonel.

Las olas golpean, el agua entra dentro de la barca. La barca se tiñe de color sangre. Los mártires son testigos de la bravura del oleaje. Pero la barca no se hunde. No puede hundirse. Tú vas en ella.

La fe es seguridad. El miedo significa falta de fe. Es ésta otra lección que nos das. *"No tengáis miedo, soy yo"* (Mt 14,17).

Cristo Jesús, enséñanos a poner nuestra fe en ti, y no en nosotros. En ti hay bonanza. Siempre.

72-Yo soy de allá arriba

Les decía Jesús: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo" (Jn 8,23)

Cristo Jesús, escucha mi voz:

Esto es la mar de interesante. Tenías la habilidad de dejar a la gente desconcertada. A cuantos te rodeaban, te veían, o te seguían, no les podía entrar en la cabeza que tú fueras el Dios hecho Hombre. No les podía entrar eso en la cabeza. Y humanamente hablando, tampoco había por qué. En primer lugar, nunca dijiste a nadie que tú eras Dios. Eso sí, que tú y el Padre erais uno, eso sí lo dijiste. *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,20).

En ti, Cristo Jesús, veían la Humanidad. Es decir, un hombre como otro cualquiera. Y es que, la divinidad no se ve. *"A Dios nadie lo ha visto jamás"* nos recordará san Juan (1Jn 4,12). Tampoco tú les dijiste nunca: ¡Eh, señores, que yo soy Dios! Pero algo había en ti, algo veían en ti, que los dejaba desconcertados. Tu comportamiento, tu modo de actuar, de tratar a la gente, era visiblemente diferente a los demás hombres.

En cierta ocasión, te preguntaron: *"¿Dónde está tu Padre?"* Jn 8,19). Tu contestación: *"Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre"* (Jn 8,19).

La pregunta que te hacen indica a las claras el desconcierto que tenían. A lo que cabe añadir que tampoco se dirigían a ti de buena fe. No indagaban con nobleza. Habían fijado su postura, y de ahí no salían. Así que, les hiciste ver por dónde andaban. *"Vosotros sois de aquí abajo; yo soy de allá arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo"* (Jn 8,23). Es la diferencia. Aunque, en este caso, la diferencia no se refiere tanto a la distancia entre divinidad y humanidad, cuanto al empecinamiento que tienen, tenemos, para no abrir su corazón a la fe.

Y lo mismo que en el pasaje del Éxodo, cuando el episodio de la zarza ardiendo a la vista de Moisés, Dios no revela su ser, es decir, cómo es, sino su modo de actuar, y simplemente dice: *"Soy el que soy"* (Ex 3,14), así igualmente tú, Cristo Jesús. Te remites a las obras, al actuar.

Llega un momento en que te cansas de perder el tiempo hablando con gente que no quiere entender. *"Después de todo, ¿para qué seguir hablándoos? Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz y yo comunico al mundo lo que he aprendido de Él"* (Jn 8,26). Y puntualiza el Evangelio: *"Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre"* (Jn 8,27).

No somos tan diferentes nosotros de ellos. Muchas veces damos más importancia a lo inmediato. Como que nos fiamos más de nosotros mismos. Y ponemos más fe en nuestra propia inteligencia, en nuestro propio esfuerzo, en los avances de la técnica y la ciencia, que en ti, Cristo Jesús.

Necesitamos hacer una revisión seria de nuestros comportamientos, y de nuestra fe en Dios. Es claro que Dios no es evidente. No se deja ver. *"A Dios nadie lo ha visto jamás"* (1Jn 4,12). Dios es un enigma. Cierto. Por eso, tú te has encargado de revelárnoslo.

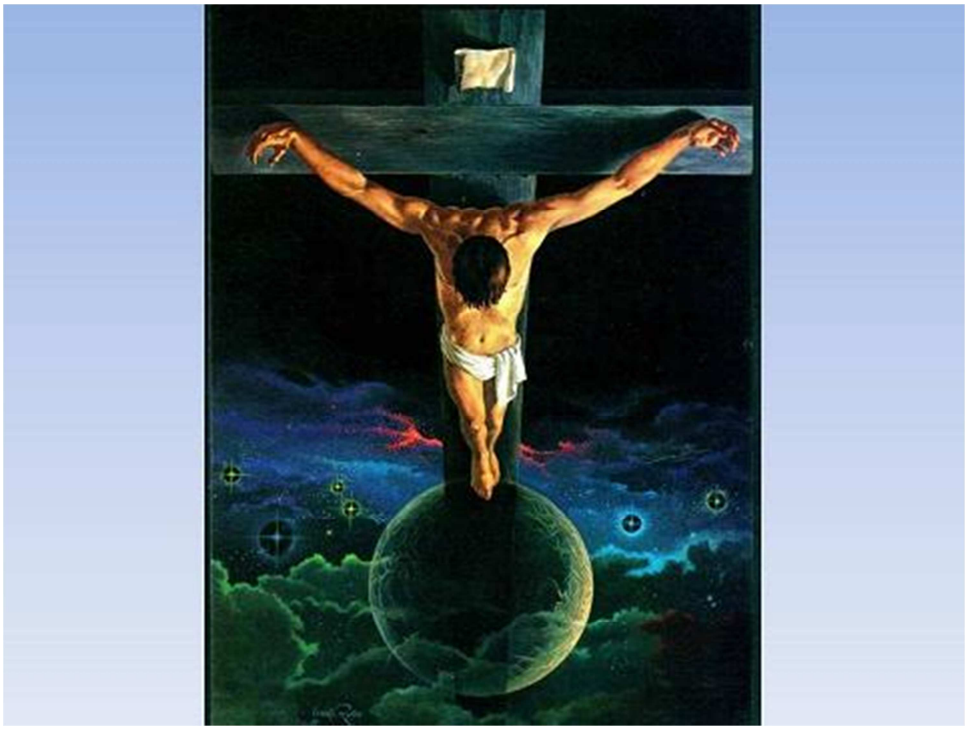
Nos has revelado al Padre como Amor. *"Dios es Amor"* (1Jn 4,8). Lo cual no significa que nos hayas revelado la esencia de Dios. Pero con tu comportamiento, con tu vida, con tus hechos, nos has dicho, más que suficientemente, cómo es Dios. Verte a ti es ver al Padre.

Finalmente, para conocer a Dios, y en el colmo de tu amor, nos has remitido a tu Pasión: *"Cuando levantéis en alto al Hijo del Hombre, sabréis que 'soy yo'"* (Jn 8,28). Así resulta que, el aparente fracaso que supone la cruz, se convierte en el punto de encuentro con Dios. Sinceramente, gracias, Cristo Jesús, por tu amor y por darnos a conocer al Padre.

ÍNDICE Pág.

1	A dónde vas	4
2	A quién buscáis	6
3	A vino nuevo, odres nuevos	8
4	Ábrete	10
5	Amad a vuestros enemigos	12
6	Amar como Él	14
7	Así amó Dios al mundo	16
8	Convertíos	18
9	Cuando recéis	20
10	Cuántos panes tenéis	22
11	Cumplimiento de la ley	24
12	Curación	26
13	Dar la vida en soledad	28
14	De qué conversáis	30
15	Destruid este templo	32
16	Dios actúa	34
17	Dos mandamientos en uno	36
18	Echad la red	38
19	El divorcio	40
20	El grano de trigo	42
21	El hijo del carpintero	44
22	El pan de los hijos	46
23	El perdón	48
24	El sábado se hizo para el hombre	50
25	Enviado del Padre	52
26	Está cerca el Reino de Dios	54
27	Esta generación perversa	56
28	Fe en Dios y modo de orar	58
29	Gritarán las piedras	60
30	Guardar la palabra	62
31	Haced lo que digan	64
32	Hipócritas	66
33	Hoy se cumple esta escritura	68
34	Id al mundo entero	70
35	Interés egoísta	72
36	La medida que uséis	74
37	La niña está dormida	76
38	La paz viene de Cristo	78
39	La puerta de entrada	80
40	La vid y los sarmientos	82
41	Llevó la cruz por nosotros	84
42	Los Bienaventurados	86
43	Los impuestos	88
44	Maestro bueno	90

45	Misión cumplida	92
46	Mundanidad contra Cristiandad	94
47	Nacer de nuevo	96
48	No matarás	98
49	No peques más	100
50	No temáis, que soy yo	102
51	Obras grandes	104
52	Os haré pescadores de hombres	106
53	Os he dado ejemplo	108
54	Ovejas golpeadas	110
55	Paz a esta casa	112
56	Pedid y se os dará	114
57	Por qué lloras	116
58	Perdón y sanación	118
59	Quien guarde mi palabra vivirá	120
60	Quién es mi madre	122
61	Quiero ver	124
62	Quiero, queda limpio	126
63	Recibid el Espíritu Santo	128
64	Salvar el mundo	130
65	Sed compasivos	132
66	Sí, Señor, te amo	134
67	Sígueme	136
68	Sois dioses	138
69	Toda una vida: 38 años enfermo	140
70	Vámonos a predicar a las aldeas	142
71	Y sobrevino una gran bonanza	144
72	Yo soy de allá arriba	146



Tanto amó Dios al Mundo

© Juan Manuel del Río
Jerez, febrero 2015